

NUEVOS CUENTISTAS CUBANOS

CASA DE LAS
AMERICAS

© 1961

Portada y Émplanaje

Julio Herrera Zapata

Impreso en Cuba

Tipografía Ponciano, S. A.

LA HABANA, 1961

AÑO DE LA EDUCACION



NUEVOS
CUENTISTAS
CUBANOS

selección y prólogo

Antón Arrufat y Fausto Masó

PQ7386 .S5A7

INDICE

PAGINA

DOBLE ESPEJO V́ctor Agostini	13	<i>ilustraci3n Portocarrero</i>
LA CINTA Jorge Guerra	27	<i>ilustraci3n Fresquito Fresquet</i>
CARTA DE UN JUEZ Oscar Hurtado	33	<i>ilustraci3n Carmelo</i>
MI AMIGO Ezequiel Vieta	47	<i>ilustraci3n Jorge Rigol</i>
EL RUIDO DEL TREN Jos3 Manuel Otero	55	<i>ilustraci3n Servando Cabrera</i>
EN EL POTOSÍ Calvert Casey	65	<i>ilustraci3n Raúl Milián</i>
FINI Rogelio Llopis	73	<i>ilustraci3n Gladys Triana</i>
CREALO O NO LO CREA Edmundo Desnoes	81	<i>ilustraci3n Luis Intcrián</i>
LA SUERTE ESTÁ ECHADA Andrés Moreno	89	<i>ilustraci3n Miguel Sánchez</i>
EL BASTÓN Lisandro Otero	93	<i>ilustraci3n Antonia Eiriz</i>
LA VÍCTIMA Ambrosio Fornet	103	<i>ilustraci3n Martínez Pedro</i>
EL HADA Sócrates Cobas	111	<i>ilustraci3n Héctor Mohé</i>
EN LA PRISI3N C3sar L3pez	119	<i>ilustraci3n Ruiz de Villa</i>
EL COLEGIO Ada Abdo	129	<i>ilustraci3n Herrera Zapata</i>
LA CASA BAJO UNA REJA Oscar Rodŕguez Mirabal	135	<i>ilustraci3n Jos3 Manuel Villa</i>
LA AMENAZA Esther D́az Llanillo	141	<i>ilustraci3n Raúl Mart́nez</i>
JUEGO INOCENTE Jesús Abascal	151	<i>ilustraci3n Osvaldo</i>
ESQUILOC Fausto Mas3	157	<i>ilustraci3n Tony Evora</i>
KIL3METROS, KIL3METROS Fausto Mas3	161	<i>ilustraci3n Tony Evora</i>
LOS POBRES ANDAN A PIE Mariano Rodŕguez Herrera	165	<i>ilustraci3n Julio Crews</i>

ENTONCES		
Aristides Arche	171	<i>ilustración Raffart</i>
MI AMIGO JUAN		
Aristides Arche	175	<i>ilustración Oscar Albuerna</i>
EL VIEJO		
Antón Arrufat	179	<i>ilustración Hugo Consuegra</i>
INSUBORDINACIÓN		
Manuel Díaz Martínez	193	<i>ilustración Cundo Bermúdez</i>
LUIS FELIPE		
Manuel Villabella	199	<i>ilustración Antonio Vidal</i>
EL RESPONSABLE		
Armando Entralgo	207	<i>ilustración Abela</i>
ESTE PEQUEÑO PUEBLO		
Luis Agüero	215	<i>ilustración Acosta León</i>
EL GATO		
Frank Rivera	225	<i>ilustración Miguel Jorge</i>
MUMSON		
Leslie Fajardo	235	<i>ilustración Sandú Darié</i>
IGUAL ES IGUAL A MUERTE		
Ana María Simó	243	<i>ilustración Amelia Peláez</i>
EMETERIA URQUIAGA		
Josefina Jacobs	249	<i>ilustración Guido Llinás</i>

PROLOGO

ESTA selección abarca desde 1948 a 1958, diez años de labor narrativa cubana. En ella están representados, creemos, diferentes modos de expresar la vida; y figuran algunos escritores que como Víctor Agostini y Ezequiel Vieta tenían ya una obra considerable y por derecho debieron figurar en otras antologías. Aquella decisión de nuestros antologistas, o tal vez aquella incomprensión, enriquece ahora este libro.

Algunos requisitos hemos tenido en cuenta. Hemos querido aportar nuevos nombres a la "cuentística nacional", y quizás nuevas obras. Eso lo decidirá el lector. Nosotros, por nuestra cuenta y riesgo, así lo hemos reconocido y los cuertos, por tanto, están aquí a la vuelta de la página.

Nos sorprendió la cantidad de nuevos escritores de ficción que comprende este libro; pero más nos sorprende, y casi nos deja desconcertados, el gran número de los que faltan todavía por incluir y que harían posible otra selección como esta. Nosotros también nos permitimos cumplir con la sentencia homérica y dejamos algunos cuentistas para que otros después puedan recogerlos. Esperamos, además, que el lector no sea muy aficionado a las antologías infinitas, pues su afición lo llevaría a desear algo sobrehumano, arrebatándole la tranquilidad a su vida. Esta selección es más humana, más limitada, más pobre.

Creemos que este libro, a pesar de que contempla diversas maneras de contar, tiene unidad y coherencia. Los diez años que abarca tuvieron sus características propias, dentro de la totalidad histórica de nuestra vida; y esas características sociales y económicas dan el tono general a estos cuentos. Es por tanto, la selección de un momento histórico cubano, que tal vez tenga similitudes con el resto del mundo, pero que para nosotros es único, como nuestra vida personal, aunque pueda parecerse a la del vecino.

Si comparamos este libro con otros, las antologías de Federico de Ibarzábal, José Antonio Portuondo o Salvador Bueno, nuestros ilustres predecesores, se distinguen en seguida las diferencias que los separan. Esas diferencias hacen válida esta selección, al llenar el requisito literario que prescribe la repetición innecesaria.

En general, el estilo de los cuentistas anteriores, tal como nos lo presentan esas antologías, es moroso, detallista; más larga la duración del tiempo del cuento. El elemento inesperado, la sorpresa final, no parece preocuparles. Más bien, se trata de una narración hábilmente escrita que arriba a su conclusión de un modo normal. En contraste, el humorismo y la crueldad, son aquí más evidentes y conmovedores. Hay una mayor violencia en estos cuentos. Parecen acercarse, salvando las diferencias, a autores americanos como Poe, Horacio Quiroga, Borges, y entre nosotros, a los cuentos de un Arístides Fernández.

Se trata de una generación —empleamos el término para facilitar la exposición— que vió la vida cubana en su gran corrupción y envilecimiento. Se trata de hombres descontentos, y sobre todo, desconfiados de cualquier solución dentro de los moldes tradicionales y mediatizados de la sociedad burguesa. Se trata de hombres que no encontraron su ubicación, su lugar en la sociedad cubana, porque no la aceptaron como tal y supieron decirlo con una mayor energía. Esta

selección confirma esa protesta airada; la forma sutil, irónica e imaginativa en que la hicieron; muestra la habilidad y el dominio del oficio. Algunos son un modelo de técnica narrativa, breve y certera. Sin duda, el cubano aprendió a narrar, a colocar y destacar los momentos esenciales y disponer el final, profundizando nuestra realidad y alcanzando una calidad de belleza, un poco grotesca, pero de indudable efectividad dramática.

Estos cuentistas se vuelven hacia la ciudad. La experiencia que reflejan es urbana. El campo es visto a través de los moradores de los pueblos pequeños. Los cuentos falsamente "guajiros", trabajados mediante esquemas ingenuos, desaparecen. El escritor cuenta sus experiencias; no reacciona frente a su medio por mecanismos previos o propósitos superficiales. Es así como entienden la labor literaria. Les interesa un modo diferente de contar, tanto como les impresiona otra realidad. Sin duda, no fue esa la tónica principal de los cuentistas anteriores, si exceptuamos a Lino Novás Calvo y Virgilio Piñera.

Queden pues, como el testimonio de la lucidez y el compromiso de sus autores con la realidad; queden como el testimonio apasionado y violento de una "generación" que comenzó a escribir en momentos bien angustiosos, y que supo manifestarlo a su manera, a la manera que creyó más efectiva.

La preparación de este libro presentó serios problemas. Solamente una pequeña parte de los cuentos había sido publicada, y algunos en revistas de escasa circulación. En muchos casos tuvimos que dirigirnos personalmente a los autores para pedirles sus obras en manuscrito. Como se verá en las "notas biográficas" que completan el volumen, gran cantidad de libros esperan su publicación. Redactar esas notas fue difícil, muchos escritores huyen de ofrecer datos sobre su vida, como de la peste.

Si observamos esas notas podemos comprobar: la juventud de los autores seleccionados, y que gran parte de ellos vivieron fuera de Cuba, por causas diversas, pero que indican lo difícil que les fue aceptar la convivencia dentro de la sociedad cubana, tal como era.

Finalmente, agradecemos a todos los que colaboraron para que este libro pudiera publicarse. Virgilio Piñera, Frank Rivera y José Triana facilitaron la tarea. Para ellos nuestra gratitud. Agradecemos al lector, en nombre de los autores, la lectura del libro.

Fausto Masó y Anton Arrufat



DOBLE ESPEJO

Víctor Agostini



PORTOCARRERO
61

NO... déjalos ahí. O mejor ponlos en el fregadero.

Yo los lavaré cuando vuelva.

—Cuando vuelvas... estarás cansada, como todos los días. Llegarás tarde, estarás cansada... y a mí me dará pena verte lavar platos después de estar tres horas y media luchando con esa caterva... yo puedo muy bien dejarlos limpios antes de sentarme a escribir.

—¡Esa caterva! ¿Por qué los llamas así, Jacobo? Son muchachos, muchachos como tantos otros, como Luisito el nuestro, como Nati tu sobrina.

—Son una pandilla de mal educados, según me has dicho tú misma. No sé por qué...

—...me dan a ganar ochenta y tres con treinta y tres. Esa "Caterva de malcriados", como tú les llamas, me sirven muy bien. Me dan la oportunidad de ganar lo que nos hace falta para vivir. Si el Municipio...

—Ya te he dicho mil veces que los que nos quedamos excedentes en el acueducto y logramos enganchar en "Suministros", como yo...

—...no pueden esperar un gran sueldo, ya lo sé. Pero esa es la cosa. Ya ves que necesito...de mi caterva. Si algún día...

—Siento que tengas un marido que no sirva para más. Pero, a lo mejor, el año que viene, con un presupuesto inflado...

La mujer se había levantado de la mesa donde hablaban, y llevaba los platos, sucios de comida, hasta el lavadero. Comenzó, de nuevo, a hablar con un dejo creciente de ironía.

—Bueno . . . de todos modos tenemos a Luisito, y tenemos nuestros dos cuarticos y nuestro baño . . . y todo. Tú no trabajas más que medio día. Yo también trabajo medio día. Los dos medios días se empatan. El uno descansa . . . mientras el otro trabaja. ¡No está mal!

—No tienes por qué ponerte así. Hay muchos matrimonios . . .

—Bueno Jacobo, —interrumpió la mujer secamente—, ya me tengo que ir. Cuando venga Luisito, si llega antes de la cinco, ocúpate de su vaso de leche . . . ¡esta sopera rajada! . . .

Virginia se chupó el dedo índice de su mano derecha, y se tragó el pequeño hilito de sangre. Luego se secó las manos en una toalla que colgaba junto al fregadero y, sin mirar en dirección al hombre que seguía sentado en la misma posición que había mantenido durante toda la conversación, tomó la gran cartera de cuero de encima de la cama, la abrió y, después de cerciorarse de que todo lo que necesitaba, las libretas, los papeles, la regla y los lápices estaban dentro, la cerró y se encaminó, con ella debajo del brazo, lentamente hacia la puerta.

— . . . la leche para Luisito a las cinco . . .

El hombre hablaba por entre sus manos, la cabeza todavía apoyada en ellas, y los codos sobre la mesa. Los ojos los tenía casi cerrados. Había hablado en un murmullo, en parte por la posición de la boca oprimida, y, en parte, porque estaba como recitando una lección.

De pronto, al darse cuenta de que la mujer estaba a punto de salir, abrió los ojos, bajó las manos, y una momentánea tensión endureció los músculos de su cuello.

—¿No crees que lloverá esta tarde? más vale que lleves . . .

La voz cansada de la mujer flotó hacia él, navegando como al través de una bruma.

—No creo que lloverá y, de todos modos . . .

—Lleva tu sombrilla por lo menos, la que te trajo Guillermo el año pasado . . . llévala. El tiempo está cargado. No te conviene mojararte . . .

—No me mojaré y si me mojo, ¿qué más da? los soporales . . .

—¿No es muy temprano todavía?

La voz del hombre había subido de tono y ahora era alta,

incisiva; salía en persecución de ella como un lazo, persistente, y parecía querer colocarse entre ella y la puerta de la habitación. Pero la mujer no se detuvo. Apenas si le había mirado desde que se levantó de la mesa. Y ahora se acercaba, lenta pero seguramente, hasta poner la mano derecha sobre la perilla, su mano derecha con el dedo índice marcado ligeramente por el filo de la sopera desportillada, y que mostraba, de nuevo, un punto de rojo vivo en el que ella no parecía haber fijado su atención. Sus movimientos eran lentos y pausados, convertidos en automáticos, envueltos en un ritmo acompasado que les quitaba la soltura aumentándoles la intención.

Otra vez la voz del hombre, casi a gritos, se entrecoló por la puerta, ya a punto de cerrarse.

—Adiós, nena... Virginia. Adiós... ¡hasta luego!

El cerrar de la puerta cortó en dos la última palabra. La mujer había salido, como una sonámbula, sin contestar.

El hombre, Jacobo, un hombre como otro cualquiera, se quedó solo en el cuarto, sentado ante la mesa de comer con los brazos estirados sobre ella, de manera que sentía el picor de las migajas de pan que le irritaban la piel de sus antebrazos. Se quedó mirando la puerta por donde había salido la mujer, mirándola con los ojos muy abiertos, con una expresión de ansiedad o de asombro que se perdió completamente en la soledad de aquel cuarto, con sus paredes grises, sus cortinas ajadas y sucias, su cama sin tender, su hornilla eléctrica y su lavadero lleno de platos sucios.

Sus días estaban todos partidos en dos. Las mañanas, desde temprano, en las oficinas del Ayuntamiento con el ruido, el desorden, el entra y sale, el asentar pagos de impuestos y contribuciones en registros grasientos y mal clasificados; y los claros, ratos a veces largos, en los que no había otra cosa que hacer que oírle los cuentos a Don Asdrúbal, el jefe de Despacho y aspirante a concejal, o acaso salir a tomar café con Tino, el obsequioso mensajero. También había las mañanas, cargadas y sin descanso, de los balances para presupuestos y las de los arqueos; pero éstas, afortunadamente, no eran muchas.

Así, por las mañanas. Luego el almuerzo preparado por Virginia, y la tarde. La tarde que había durado ya casi quince años, y que había ido evolucionando desde aquellas primeras en la casita junto al Malecón, con la siesta bañada por la brisa y luego los ardientes contactos, violentos e insaciables, entonces, quince años atrás.

Luego la llegada de Luisito, y las tardes con lloriqueos, pañales húmedos y largas sentadas en los bancos del parque mientras duraba la rabieta. Y Virginia extrañando su aula y recordando sus posibles influencias en el Ministerio, y las visitas al primo Guillermo para buscar recomendaciones, y vuelta al cuarto a lavar pañales y a mecer cunas.

Y los años, y el crecer de Luisito, y el colegio de Luisito, y el gran día en que llega Virginia, radiante, con su nombramiento. Kindergarten, tres o cuatro horas por la tarde tocando marchas al piano para los niños... ochenta y pico de pesos. Tú te verás, libre por las tardes... podrás echarte algunas clasecitas a domicilio, tú, que has leído tanto; preparación de bachillerato o mecanografía... cualquier cosa... tú verás.

Luego las tardes largas, solitarias, del hombre cansado que no quiere salir, que no tiene ya el cuarto cerca del mar, bañado por la brisa, que no tiene las siestas largas, ni los contactos voluptuosos y ardientes; cuyo hijo ya no chilla ni humedece pañales, sino que sale a mataperrear.

Y de pronto, entre esas paredes grises, con su penumbra inevitable de cuarto interior, en esas tardes largas y grises de cansancio y soledad, la certidumbre de que podía escribir.

Al principio fue la novedad deslumbradora de ver su nombre encabezando una página impresa. El artículo periodístico de especulación sociológica, la breve crónica literaria, el comentario público.

Y luego, el cuento.

Cómo empezó su primer cuento, nunca lo supo a derechas. Después le pareció que había sido como la gota de agua que va reuniéndose en la boca de un grifo y qué, luego de cargarse lo suficiente, cae al lavabo por su propio peso. Así fué.

No vino a recibir dinero por un cuento hasta mucho más tarde. Había comenzado a escribir pasado los treinta y cin-

co años. Ahora tenía cuarenta y ocho. Había escrito mucho, pero se había lucido poco. La gente no lee mucho. Nadie vive de lo que escribe. Todos son, además profesores, abogados, políticos, periodistas. Ah, periodistas. . . . artículos sobre cualquier cosa. . . deportes, política, chismes sociales. . . lo blanco es negro o lo negro es blanco, lo mismo da. Y mojado la pluma, de nuevo en cualquier tintero, todo va bien. Hay que ver las rotativas, como bestias antidiluvianas, machacando talento día por día. Pero, ¿y el cuento?

Mucho diálogo, decía Unamuno; el diálogo le da vida al relato. Sin duda, pero hace falta una buena trama. En esta misma libreta, ya casi llena, estoy seguro de que hay buen material para un cuento. Lo que pasa es que ya todo esto lo he escrito. Todo esto lo he imaginado, lo he pensado por las noches, en mis desvelos, y por las tardes en este cuarto, solo; lo he ido exprimiendo de mis sesos, sacándolo poco a poco, usando experiencias, intercalándole fantasías. . . ¿diálogos? . . . sí, hay que poner diálogos. . . y una buena trama...

El premio es de doscientos cincuenta pesos. No hay más que un solo premio. Sería bonito que yo, Jacobo Nazario, empleado en "Suministros" del Ayuntamiento me ganara el premio de cuentos del concurso anual del municipio. Jacobo, viejo, vamos a tomar algo. Estas hecho un león. Pide lo que tú quieras. . . Señor Nazario, el señor alcalde municipal tiene el honor de comunicarle que el cuento titulado. . .

Las migajas de pan le hacían arder los codos. Se levantó de la mesa, tomó del anaquel su vieja libreta manoseada y un lápiz, que le acompañaba y, con ellos en la mano, volvió de nuevo a la mesa. La libreta le sirvió, como otras veces, para barrer los restos del almuerzo. Luego, percatándose de la oscuridad que reinaba, fue hasta el conmutador y encendió la luz.

Ahora sí podría escribir. Ahora podría ver con claridad los caracteres que iría trazando para formar las palabras; vería el reflejo de la luz sobre el papel y sobre los trazos hechos por la tinta sintética del lápiz. Eso, hasta perderse en las imágenes, siguiendo el hilo de su fantasía hasta perder la visión del papel, del lápiz tinta, de la luz, del tiempo y del cansancio y de la tarde entre cuatro paredes.

Voy caminando por un pasillo largo y estrecho. Hay tabiques que no me permiten salirme de él. No escribirás sobre escritores. Dejarás severamente tranquilos a los homosexuales, con sus maneras equívocas y sus malsanos secretos. Los místicos, que surgen de su asectismo con mirada de cirio y voz de incienso, no tendrán lugar en tu repertorio. La gente muy rica, la caduca e inútil nobleza de estirpe . . . no escribirás sobre ellas.

La literatura debe lavar el maquillaje del rostro del dolor y la agonía humanos. Muy bien . . . pero, y ¿acaso la gente muy rica, y la estéril nobleza de pergaminos, no sufren también? Tal vez, pero no interesan. El público no lo leería. Y el público manda. Hay que darle al público lo que a éste le guste; un plato bien cocinado a la parrilla, en pleno campo si es posible, con el campesino que lucha valientemente contra los elementos, que no sabe pronunciar correctamente su propio idioma pero que, así y todo, tiene que doblegar bueyes bravos, domar potros cerreros, partear a su mujer en la soledad, vivir y morir frente a la naturaleza.

Pero, y ¿si les cuento de un individuo que se sienta solo en un cuarto medio oscuro, en una tarde que ha durado quince años, seeándolo por dentro y por fuera y maniatándolo a una libreta rayada, desde la cual tiene que lanzar su grito, rayado también, con la esperanza de que alguien lo oiga? Desde esta libreta, ya medio llena, tiene que echar a rodar su llamamiento urgente, pero euidándose de no aparentar urgencia. Tiene que hilar su trama, darle fuerza dramática, estremeerla de diálogo vibrante y, así adornada y redondeada, presentarla ante su posible público sobre una fuente humeante, perfumada, un poco con olor a sangre y otro poco con olor a espartillo.

Y él sigue sentado solo, pensando en la mujer que ha salido como tantas otras veces . . . ¡no! tal vez no sea como otras veces. Esa mujer, todavía fresea y lozana, que en una época que ya parece de otra vida se fundía con él en una entrega alegre y sin precio, cuya única recompensa era el privilegio de coinarle su comida, de lavarle su ropa y de cuidarle su hijo, salía ahora de la casa sin mirarlo, sin despedirse, sin saber a ciencia cierta dónde estaba su hijo, para ir a luchar con los hijos de otros y ayudar a mantenerlo a

él, en un esfuerzo más para que pudiera escribir su cuento, ese cuento que debía ganar el gran premio municipal.

Una mosca se posó sobre el dorso de su mano, por un momento. Luego, después de una rápida circunvalación, se posó sobre su lápiz. Él la espantó, pero ella volvió y recaló esta vez, sobre los vellos de su muñeca. La cosquilla provocó un movimiento rápido pero ineficaz para aplastarla. La mosca se escapó triunfante y burlona, y él la perdió de vista.

“La mujer y su marido trabajaban los dos. Cada uno rendía su esfuerzo con valerosa alegría alternada con depresiones de cansancio. El hijo de ambos, un muchachón travieso...” No, los cuentos no deben ser autobiográficos. Es inconcebible poner su propia historia ante los ojos irreverentes del público. Naturalmente, hay que basarse en cosas vividas para poderles dar sabor de realidad, pero no se permiten autorretratos. Si no ¿para qué está la imaginación?

“Su cita con la amante debe postergarse. El hombre espera junto al lecho de su hijo que sobrevenga la crisis. La fiebre lleva cuatro días hinchando el azogue a toda su capacidad. La próxima inyección le toca dentro de dos horas y el padre apenas puede refrenar su impaciencia para comenzar a ver el milagro de una tregua. El médico ha dejado junto al enfermo unas pastillas barbitúricas que le sirven al hombre para calmar su creciente neurosis alcohólica. En un sueño alucinado ve el cuerpo de su amada cayendo desde una enorme altura al vacío, y despierta por el estrépito y el vocerío de una multitud que se ha reunido bajo su ventana y se aglomera alrededor de una figura humana destrozada sobre el pavimento...” Es preciso evitar lo sensacional. La truculencia será sustituida por la sutil sugerencia de tragedia muda, propia para lectores de buena calidad. Y esos lectores de buena calidad, ¿leerán acaso, lo suyo...? ¿irán a buscar lo suyo entre los miles de enjambres de palabras impresas que surgen a diario, de miles de talleres de imprenta, y que servirán, principalmente, para distraer la atención de los señores del jurado, esos poderosos señores que van a examinar y juzgar su cuento? Y ¿si en el momento en que van a leer su trabajo le sobreviene a cualquiera de ellos una súbi-

ta contrariedad?... A uno de esos señores que puede, con igual facilidad, vestirlo de púrpura o de andrajos...

Tanteó por algo de fumar en la gaveta de la mesa de comer. No había allí lo que buscaba, pero en la mesa de noche junto a la cama halló una cajetila casi vacía, extrajo de ella un cigarrillo, lo encendió y, aspirando el humo con feroz fruición, volvió de nuevo a su mesa y su libreta. Ahora sentía la cabeza despejada, el corazón le latía con rapidez y un ligero vértigo lo alejaba extrañamente de todo. Tuvo que forzar su mano a acercarse al papel. Cuando comenzó otra vez a escribir, la letra le pareció distinta a la suya. Pero su mano, curiosamente estremecida, volaba ahora sobre el papel, trazando palabras angulosas con rasgos fuertes y verticales, que se agrupaban misteriosamente, cercadas por comas y puntos pero, con todo, imposibles de detener.

Sin comprender bien lo que ocurría, se dejó llevar por este nuevo impulso; nuevo, aunque ya conocido de otras veces, esta especie de frenesí, sin tiempo y sin circunstancias, que lo embargaba totalmente, llevándose por delante como hacen, a veces las poderosas locomotoras al empujar los vagones por una pendiente arriba. Y como ocurre, por fuerza, en estos casos, sintió que ya no habría más dudar ni retroceder, que iba, iba sin reconocimientos ni cautelas hacia alguna parte, hacia alguna meta, no definida pero inevitable.

“El viejo yace tosiendo sobre su camastro. Las explosiones de su garganta lo sacuden como a una hoja seca”.

—“¿Vas a tomar tus cucharadas, papá?”

“El muchacho se acerca a la cama con la botella y una cuchara. La mujer, joven y atractiva todavía, cose, sentada en una esquina. Mientras el viejo traga una cucharada de un líquido oscuro ella suelta su costura, se acerca a la ventana y mira hacia la calle. El viejo, que ya ha tragado su medicina, se siente un poco aliviado, tose débilmente y se acuesta de nuevo, virándose hacia la pared. A la mujer, que ha estado mirando a través de la ventana hacia la esquina opuesta de la calle, se le ilumina la cara cansada. Entonces mientras observa disimuladamente al enfermo, que ya no la puede ver, hace un leve gesto visible para alguien

que está afuera y, al poco rato, después de haber dado varias vueltas por el cuarto distraídamente y haberle murmurado algunas palabras de excusa al hijo que cuida al enfermo, toma su cartera de encima de la mesa y sale sin mirar hacia atrás”.

“No bien ha sonado el choque metálico del pestillo de la puerta el viejo, como hostigado por un agujón invisible, se vuelve de nuevo hacia el muchacho, lo mira con ojos muy abiertos y se lleva la mano a la boca. Pero no tose. Comienza a hablarle al muchacho con una voz murmurante”.

—“Tienes casi doce años. Estás en una edad terrible. Hasta ahora has vivido metido en tu pequeña jaula, como un niño. Ahora comenzarás a vivir fuera de la jaula. Vas a comenzar la vida de hombre, mirando, hacia una sola cosa: la mujer. Vas a pasar cuarenta o cincuenta años corriendo tras ella. Ya verás que . . .”

“Un golpe de tos interrumpió su discurso y la voz, cascada y débil, espetó unos chillidos bruscos, matizados con gorgoros de flema.

—“No hables tanto, papá. Te vas a hacer daño. Estate tranquilo . . .”

“— . . .yo sé lo que digo . . . La voz, de nuevo serena, prosiguió. — . . .una lección que he aprendido bien. La misma que tendrás que aprender tú. Yo podría darte muchos consejos. A mi edad uno siempre puede dar muchos consejos. Pero lo curioso de esto es, que los consejos no nos sirven de nada. Toda la teoría se convierte en golpes duros . . . y el mejor maestro no nos sirve de nada. Pero ten esa seguridad . . . —Aquí la mano huesuda y pálida subrayó sus próximas palabras apretando la rodilla del muchacho—, . . . de que nunca te podrás examinar de esa asignatura; y si logras examinarte alguna vez, sacarás suspenso . . . suspenso . . .”

“Una risita rubricó la frase”.

—“Tu mamá acaba de salir. No me digas que no. Salió . . . y, a lo mejor . . . yo estoy viejo . . . viejo y cansado. Estoy muy enfermo, yo lo sé. Ella también lo sabe. Ella salió ahora, yo no sé adonde. Ella sale todas las tardes. Ella me quería. Yo la perseguí mucho tiempo . . . la perseguí, como a muchas otras mujeres. Ella me quiere . . . pero ahora, es

distinto... Yo estoy viejo... viejo... ¿tu sabes adónde va ella?... no, tú eres un buen hijo, tú te quedas con tu padre, cuidando a tu padre... oyéndole las boberías a tu padre... sus cosas... que él te dice, por viejo... que él las piensa... por viejo... como un cuento... él te cuenta un cuento... todo esto es como un cuento que él ha ido pensando..."

"El viejo, agotado momentáneamente, se recuesta sobre la almohada y tose un poco".

"...el primo Guillermo es muy bueno ¿verdad?... muy bueno. El te ha regalado cosas... le ha regalado cosas a tu mamá... ha sido muy generoso, sobre todo con tu mamá. El es joven, más joven que yo... y es fuerte, alto y fuerte. Tu mamá salió... como otras tardes y... ¿llegará?... ella está llegando muy tarde... muy tarde... cuando yo te digo que las mujeres... cuando son jóvenes todavía, y tienen la sangre viva en las venas..."

"El viejo se incorporó en la cama y le gritó al muchacho, —¡ve!... ¡corre!... vete a casa de Guillermo..."

"Los ojos del viejo estaban muy abiertos; parecían dos pequeñas pelotas blancas perforadas, en el centro, por cenizas oscuras".

"...¡vete corriendo a casa de Guillermo! si no está allí, trata de averiguar donde va por las tardes. No vuelvas aquí sin saber eso. Y tal vez entonces... entonces..."

"Parecía ahogarse, y se detuvo para toser y carraspear desesperadamente. Toda su vida de trabajos, luchas, deseos violentos e insatisfechos. Su emoción no era provocada por el solo momento de intensa ansiedad, sino que venía de mucho tiempo atrás, elaborada por años de soledad y frustración".

"...entonces... te podré terminar mi cuento... este cuento mío que está... ahora en suspenso..."

"¡Ve!... vete pronto, y no vuelvas hasta que no sepas de Guillermo... dónde está... qué hace por las tardes... averígualo... averígualo..."

La puerta del cuarto se abrió con un ruido seco, inesperado, que dividió el silencio, flechando la sensibilidad de Jacobo Nazario de parte a parte. Y tras la puerta, al abrirse,

apareció el semblante vivaz de Luisito, y detrás de él, seria y abstraída, la figura de Virginia.

El hombre se había puesto de pie, retirando la silla con sus corvas, un poco tiesas e insensibles por el largo rato de inactividad.

—Papá, ¡qué pálido estás! tienes la cara arrugada como la de un viejo.

La mujer, que entró detrás del muchacho, miró el dedo de su mano derecha y dijo: —Me está doliendo esta cortada. Voy a ponerle yodoformo.

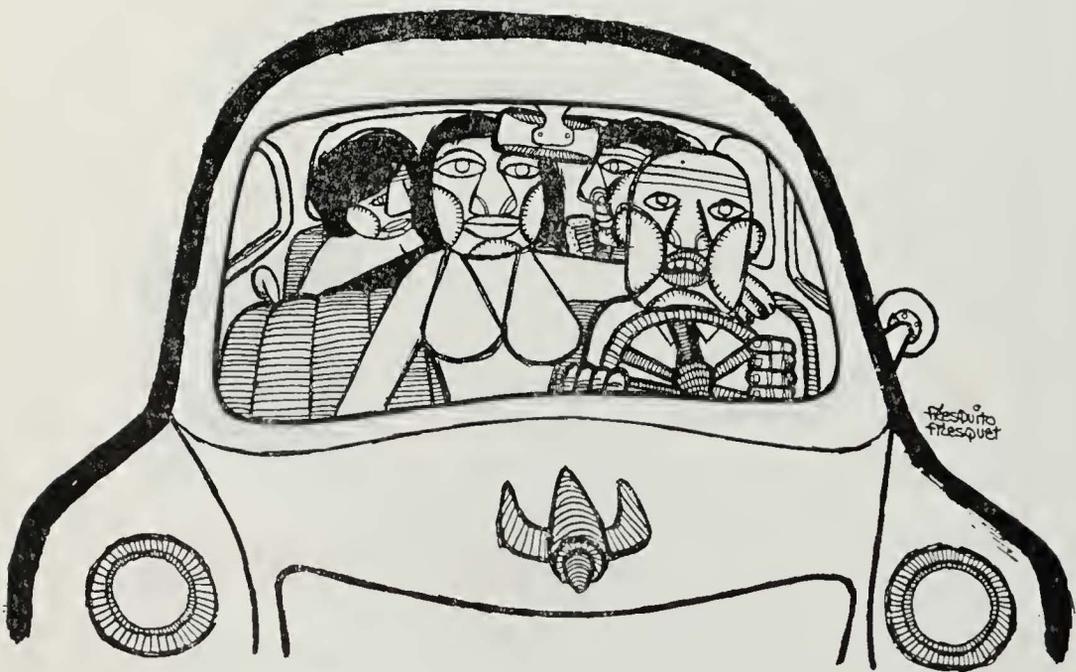
El hombre sintió que se le doblaban las rodillas, y cayó pesadamente sentado sobre su silla. La mujer, todavía absorta en su dedo, le pasó por el lado sin mirarlo. El muchacho tiró los libros en un rincón y se echó sobre la cama, tarareando una canción popular.

1954



LA CINTA

Jorge Guerra



V

AYA. Ya está. Ahí la tienen. Ya debe estar grabando. A ver tú, Bertica. Dí algo. ¡Vamos! ¡Rápido! ¡Agilidad mental!

—¿Yo? ¡Qué va, mi hijito! ¡Conmigo no va eso! ¡Allá tu adorado tormento, que fue la de la idea! Que te cante su amor. Pero eso sí, Gladys. Nada de tangos picúos, me haces el favor.

—¡Je! ¡Esto sí que está bueno! Conque contigo no va, ¿eh? Pues sepa usted, doña Bertica, que todo eso que acabas de decir ya está grabado. ¡Caballeros, hay que ver que ustedes las mujeres son imbéciles! Nunca se dan cuenta de nada.

—¿Grabando? ¡Ya?

—¡Grabando! ¡Sí! ¡Grabando!... ¡Hey! ¡Qué pasa! Oye tú, Monchi... ¡mira a ver! Cuidado con esos cortes. Otro igual y nos quedamos sin micrófono y sin grabadora...

—¡Fue ese lechero imbécil que salió de atrás del camión sin mirar!

—Mejor suelta un poco a Monchi, Mitsu. Deja al hombre un momento aunque sea respirar... Mira... Sostén el micrófono, anda, y déjalo manejar. Aquí mismo, sobre el respaldo.

—¿Así?

—¡No, mi queridísima Mitsuko, así no! Estas ventanillas que tiene el microfonito son para que el sonidito, que es el aire en movimiento, se le pueda colar dentro. Y si se las tapas, con tus bellos deditos, cero grabación... Así, por la base.

—Mira, Gustavo, fijate, que yo no los distingo bien del todo por el espejito. Me parece que ahí están otra vez los tipos esos del convertible amarillo que pasamos en Cuatro Caminos. Vienen echando como es.

—¿Los del convertible? ¿Otra vez? Si ustedes supieran que yo creo que conozco al que maneja. Me parece que es de Varadero. Del “Comodoro”, creo. Instructor de natación. Tiene un tipazo que se acabó.

—Vaya, Gustavo, ahí lo tienes. Celosa tu niña Gladys, como siempre, y ahora te quiere dar celos. Porque me invitaste a hablar por la grabadora primero que a ella. Pero ya al fin abrió el pico, a Dios gracias. ¿Se puede oír ahora todo lo que dijimos?

—Buena idea . . . Déjame darle para atrás y ver cómo está quedando. Estos aparatos, sobre todo estos de pila . . .

—¿Mira otra vez, Gustavo! ¿Los tipos esos del convertible!
¡ U u u u ú ! ¡ U u u u ú ! ¡ U u u u u ú !

—¿Oye, pero qué fenómeno! . . . ¿Qué bien se oyó todito! La verdad que parecía como si fuéramos nosotras mismas!

—¿No, bobita! No eran ni ustedes ni nosotros. Eran Brigitte Bardot y Marylin y Gina y Elvis y James Dean a re-tortero en un “Jaguar” rumbo a la Costa Azul!

—Pues yo lo que no entendí fue el ruido ése. ¡ U u ú !
¡ U u ú ! ¡ U u ú ! del final. ¿Qué sería? ¿Cantaste tú algo por casualidad, Gladys, sin que yo lo oyera?

—¿Pues si quieres averiguarlo dile a tu Monchi que los alcance si puede, anda! Le tocaron el fotuto y enseguida los dejó pasar como un corderito. ¡Claro! ¡Con un cacharro así!

—¿Cacharro? ¡Cacharro! ¡Y conmigo al timón! ¡Ahora vas tú a saber lo que es bueno! ¡Agárrense, que voy!

—¿Viste, Monchi, cómo te respondió al pisarlo? ¡Qué clase de “pick-up”! La verdad que ese Arias es un mago afinando motores. Mitsu, infórmanos, mujer, que los que estamos aquí atrás no somos adivinos. ¿Cuánto marca ya?

—¿Cuánto marca qué?

—¿El cuentamillas!

—¿Mira, Gustavo, mira! Allá abajo a lo lejos. ¡El conver-

tible! Ahora se perdió por causa de la curva ¿Crees que los alcanzaremos?

—Ciento treinta, pero la aguja no se está quieta.

—¿Podrán oír ya desde aquí el fotuto? Apriétalo, Monchi. Que nos oigan. Bien alto. De mí no se puede reír nadie, fotuto o no fotuto, convertible o no convertible.

—¿Entonces era verdad que lo conoces, Gladys? ¡La cosa era contigo! Perdóname.

—¡Métele más, Monchi, hombre! ¡Abreles, mételes ya el fotuto, que ese tipo me va o oír a mí!

¡Uuuuú! ¡Uuuuú! ¡Uuuuú!

—¿Me quieres, Gladys? ¿Eres mía? ¿Me quieres?

¡Bum!

—Mitsu... Dejaste caer el micrófono. Gustavo... la grabadora...

—**¡Al diablo el micrófono y al diablo la grabadora, Bertica!** ¿Cuánto, Mitsu? ¿Cuánto?

—Ciento cuarent... No, ciento cincuenta, pero la agu...

—¿Qué tu crees, Monchi? ¿Les ganamos terreno? ¿Ya se dieron cuenta?

—Fácil. Suban, suban las ventanillas para disminuir la resistencia del aire. Ahí abajo, Mitsu. La palanca negra esa, también. Hácala hacia ti. Nos quita el aire fresco, pero representa por los menos dos kilómetros más por hora.

—¡Dales fotuto, Monchi, y dale! (Uuuuú! ¡Uuuuú!) ¡Que abran paso! ¡Así, como Fangio! ¡Poco a poco, pero nada de frenar! Poco a poco, despacio. A la izquierda cortando.

—¡Uuuuú! ¡Uuuuú! ¡Uuuuú!

—¡Ya son nuestros, Gustavo, ya son nuestros! **¡A la salida de esta curva, son nuestros!**

—¿Cuánto, Mitsu? ¿Cuánto dice el cacharro?

—Ciento sesenta y...

—¡Una rastra, Dios mío!

—¡Monchi...!

—¡Mamá...!

—¡Gustavo...!

(Un sonido infernal, imposible)

El señor juez de instrucción de Madruga hizo girar la manecilla de la grabadora y la apagó.

Carraspeó.

—La evidencia de la cinta es concluyente —dijo—. Salta a la vista — a los oídos, debería decir—, la imprudencia de esos pobres muchachos. Los hombres esos de la rastra nada tienen que ver con el accidente. ¿Cómo sigue la muchacha? La que salió con vida. Mitsu, ¿no? ¿La que cantaba los kilómetros?

Sacudiendo a un lado y otro la cabeza, bajó el médico los ojos.

—“Finis”, también —le respondió—. Hace un momento mismo.





CARTA DE UN JUEZ

Oscar Hurtado



Caran G. O.

PUERTADEGOLPE es un pueblecito vecino de Lengualisa en la provincia de Pinar del Río. Los viajeros que llegan por casualidad de cuando en cuando, opinan que es un lugar interesante por sus viejas viviendas. Algunos hasta lo ven hermoso. Nosotros, que vivimos en él, no le vemos así; pero, a pesar de eso no deseamos vivir en ninguna otra parte. Supongo que nos hemos acostumbrados a nuestra tienda, a nuestra iglesia, y a nuestros campos. Sea como sea, jamás nos encontramos a gusto fuera de Puertadegolpe.

Por supuesto, los habaneros, con sus enormes edificios y sus calles llenas de ruido, nos pueden llamar “guajiros” si lo desean; pero eso no impedirá que Puertadegolpe sea un lugar mejor para vivir que La Habana. Yo que he sido juez en el pueblo por veinticinco años debo saberlo. Oigan si no al médico que dice que cuando va a La Habana siente su cerebro lastimado; y eso que él, como yo, es oriundo de la capital. Par de testigos semejantes valen más que una serie de argumentos.

¿Qué es aburrido? Bueno, tal vez lo encontréis aburrido pero os aseguro que aquellos que han logrado vertebrar el espíritu con un puntal tan sólido como es la vida sana del campo han de tener nervios suficientes como para no temblar ante ciertas cosas.

En mi reciente visita a La Habana hube de escuchar de labios de algunas personas varios cuentos sobre extraños sucesos ocurridos en la Capital. Pudiendo apreciar el interés por este género de narración, pensé contarles lo que aquí escribo pero temí provocar un comentario irónico que no hubiera soportado. Por lo tanto, acudo a la pluma y me li-

bro de esas interrupciones molestas que toda exposición oral acarrea consigo:

Debo, antes de empezar, hacerles una petición de principio: la de que el hombre de campo debe aceptarse como un ser completamente distinto al de la ciudad. Esto es una simpleza, lo sé, pero hay cosas sobre las que siempre habrá que volver de nuevo para sacudirles el polvo.

Si uno de ustedes, habaneros, se encontrara la noche del sábado con los fantasmas de los muchachos muertos en la Guerra del 95 del brazo con las muchachas que yacen en el cementerio, quebrarían la atmósfera en mil estallidos; y los fantasmas, huéspedes de la soledad y el silencio, buscarían otra atmósfera más densa e impenetrable.

Pero nosotros, con nuestra serenidad como centro, los dejamos ir y venir en su dimensión sin que ocurran interferencias. Varias dimensiones pueden ocupar un mismo espacio, esto está matemáticamente comprobado; y tendrían ustedes que ver a un hombre sin cabeza sentado en el borde de un pozo pulsando una guitarra a plena luz de la luna, con un coro de niños jugando a su alrededor.

Permítame guiñarle un ojo y deslizarle al oído este secreto: Los espíritus saben donde se encuentran bien.

Admito que mi narración es tan extraña como una mosca roja en estos alrededores, donde una manada de perros fantasmas cazan hasta la madrugada; y donde el herrero está ocupado toda la noche herrando las cabalgaduras de los caballeros muertos.

Un noche en que el alcohol arañaba su cráneo los increpó cuando se propasaron de sus habituales sonidos fantasmales; y a la mañana, un centén sobre el yunque doró su pupila como disculpa. Estas cosas no suelen ocurrir en La Habana, donde el mucho uso de espejuelos ha modificado la visión: pues aunque los fantasmas habiten otro espacio no por eso dejan de existir.

Ocurrió el día de esa tremenda tempestad que tuvimos durante el verano de 1908. Esa temporada contó dos grandes ciclones. El primer ciclón batió con fuerza toda la tarde y la noche, cesando al amanecer.

Cuando miré por sobre el seto, vi a la viuda de Benito escarbando en lo que quedaba de su huerto con las piernas al aire. La observé durante un rato y entré en "El criollo y su perro" para referir lo que había visto al tendero.

Juan Pérez era un hombre casado e insensible al bello sexo.

—A propósito —me dijo—, la tempestad trajo algo dentro de mi tierra. Una especie de barco, diría yo.

Me preocupé por sus boniatos, pero sonriendo agradecido me explicó que se trataba de un buque fantasma incapacitado para dañar su sembrado.

Discutimos acerca de su itinerario desde el mar a las tierras de Juan, y luego conversamos de otra cosa.

En la iglesia la fuerza del viento arrancó una campana, y el badajo se incrustó en la cabeza de un mulo metamorfoseándolo en unicornio.

Fue un espléndido ciclón que prodigó su fuerza por doquier, desparramando a nuestros fantasmas por toda la isla. Poco a poco regresaron, unos a pie, y otros sobre sus caballos agotados; pero tan felices de retornar a Puertadegolpe, que algunos venían llorando como niños. Estanislao me dijo que su padre jamás lució tan agotado desde la batalla de "Mal Tiempo".

En una y otra cosa pasó una semana hasta que todo volvió a la normalidad; y luego, una tarde, me dijo el tendero con muestras de gran preocupación:

—Desearía que viniese a mi sembrado para echar un vistazo al barco.

—Mi mujer me habló anoche... usted sabe.

Lo acompañé hasta su propiedad. Allí, en medio del campo se hallaba un hermoso barco como ningún hombre ha visto jamás desde hace trescientos años. Estaba pintado de negro, cubierto de esculturas, y tenía un gran ventanal en la popa. Sobre cubierta se veían cañones agrupados. Dos anclas mordían la tierra. He visto cosas extraordinarias y tarjetas postales de las maravillas del mundo, pero nada igualaba a esto.

—Parece muy sólido para ser un buque fantasma —dije al ver que el tendero seguía preocupado.

—Tal vez sea mitad fantasma —contestó perplejo—. —Lo único que sé es que destruirá los boniatos, y mi mujer...

Nos acercamos al barco y tocamos su casco. Era tan duro y sonoro como una campana.

—La gente considerará esto como un acontecimiento —pensé.

Yo no entiendo mucho de barcos, sin embargo, estoy por decir que pesaría unas doscientas toneladas, y que había llegado con intenciones de quedarse. Pensé en la mujer de Pérez y sentí alguna lástima por él.

—Todos los caballos de Puertadegolpe no lo arrastrarían fuera de mi finca —dijo frunciendo el ceño.

Un ruido sobre cubierta nos hizo levantar las cabezas. Vimos a un hombre que salía de uno de los camarotes y nos miraba tranquilamente. Vestía de negro, con pañuelo a la cabeza y espada al cinto.

—Soy el capitán Pedro Nau —su tono era distinguido —Vine en busca de reclutas, pero noto que entré demasiado tierra adentro.

—¡Sin lugar a dudas! —dijo el tendero.

—¿Tan lejos?— preguntó el capitán fríamente sacando una caja de rapé.

El tendero abrió la boca, y la volvió a cerrar y habló entre dientes:

—No deseo parecerle mal vecino, pero preferiría que no hubiese anclado en mi sembrado. Verá usted... Mi mujer aprecia mucho sus boniatos... Bueno usted sabe.

El capitán guardó su caja de rapé y se limpió los dedos con un pañuelo de seda.

—Estoy aquí por breve tiempo, y si un testimonio de mi estimación pudiera apaciguar a su distinguida esposa —así diciendo se sacó del dedo un anillo con un enorme zafiro y lo lanzó a los pies del tendero—, mucho me alegraría contribuir a ello.

Juan Pérez se puso rojo como un tomate.

—No niego que le agraden las joyas, pero ésta es muy valiosa.

—Nada de eso, buen hombre. La mitad del anillo es como contribución por los daños a su sembrado; la otra, como prueba de devoción hacia ella y de mi amistad hacia usted, vecino.

Y saludándonos giró sobre sus talones y volvió a desaparecer en el camarote.

El tendero regresó al pueblo radiante de orgullo. Yo sabía que no se trataba tanto por su mujer como. . .

—Es mucho más valioso que el centén del herrero —y levantó al sol aquel anillo que ni tan siquiera rozó mi mano.

El año de 1908 conmemorábase el centenario de la fundación de nuestra iglesia. Se desplegaron percalinas como en un acontecimiento patriótico; se celebraron misas —nuestro catolicismo era activo—; procesiones; festividades; y por lo tanto, no tuvimos tiempo de ocuparnos del buque fantasma.

El tendero vió una o dos veces a su agradable inquilino, mientras su mujer lucía la sortija en todo momento.

Con la excepción de un muchacho idiota que vivía de la caridad de los vecinos no nos mezclábamos mucho con los fantasmas. Este pobrecito se ganaba algunos centavos resolviendo a su manera un problema aritmético que le proponían los guasones. El chistoso de turno le mostraba en la palma de una mano un peso plata y en la otra un centavo.

—Anda, Toto —le decían, pues así lo llamábamos— ¿cuál de las dos prefieres?

Y Toto sin titubear tomaba el centavo.

Un día sentí piedad por él, y cuando estuvimos solos le dije cariñosamente procurando no herirle:

—¿Por qué tomas el centavo? ¿No sabes que el peso vale cien veces más? Su respuesta me dejó con la boca abierta:

—Claro que sí. Pero el día que coja el peso nadie me repite el jueguito.

A pesar de esta chispa de astucia, el muchacho era idiota de veras.

El día del centenario el tendero informó al capitán Nau por qué tocaban las campanas de la iglesia. Inmediatamente

el capitán izó una bandera y disparó una salva con sus cañones adheriéndose al acto. De la misma calidad que la madera de su barco los cañones tenían balas de buen hierro. Una de ellas abrió un agujero en el almacén del tendero.

Cuando los festejos dieron fin advertimos que algo andaba mal en Puertadegolpe.

El zapatero fue quien primero me habló del asunto una noche en que nos hallábamos bebiendo en "El criollo y su perro".

—¿Usted conoce a mi abuelo, el que murió de joven?

—¿Se refiere a Zenaido, el muchacho tranquilo?

—¿Tranquilo? —vociferó el zapatero ayudándose con un puñetazo sobre la mesa— ¿llama usted tranquilo a un individuo que llega a las tres de la madrugada a su casa, ebrio como una cuba, y nos despierta a todos con el ruido que mete?

—¿Es imposible que sea Zenaido! —contesté sorprendido, porque le conocía como a uno de los más respetables fantasmas del pueblo.

—¿Es él! —insistió el zapatero— y una de estas noches le echaré a patadas para la calle.

Semejante modo de hablar me causó indignación, pues no me gusta que un hombre hable mal de su familia. Me preparaba a contestarle en ese tono de gallito que me precio de usar en estas ocasiones cuando Anacleto el carnicero entró con un amigo, gritando:

—¡Condenao, lo voy a matar de verdá!

Se refería a su cuñado muerto en la Guerra de Independencia.

—¿Qué, llega borracho a la casa, no? —inquirió el zapatero esperanzado por verse acompañado en la desgracia.

—¡El muy condenado! ¡Si no fuera por mi hermana...!

Estos casos no eran los únicos; y nuestra juventud fantasma, sin excepción, regresaba ebria a primera hora del alba. Me despertaban y los veía pasar a tumbos delante de mi casa cantando canciones obscenas que nunca habíamos oído.

Lo peor de todo fue que la voz corrió hasta el próximo

pueblo, y la gente de Lengualisa comenzó a hablar de “los borrachos de Puertadegolpe”.

A pesar de ser tolerantes, esto, no nos agradó.

Por supuesto que no tardamos en descubrir la causa de nuestros males; y aunque el tendero se sintió contrariado con su inquilino, su mujer no quiso oír nada sobre “lo de devolver el anillo”. Las cosas se pusieron peor, y ya a todas horas era posible ver a esos jóvenes libertinos durmiendo la borrachera en los rincones del pueblo.

Casi todas las tardes un carro fantasma nutría la panza del buque con su carga de ron, dando una idea del mucho líquido que allí se trasegaba; y a pesar de que los fantasmas más serios desairaban al capitán, los más jóvenes amablemente consumían, además de sus raciones, las que los viejos rechazaban.

Una tarde en que tejía mi siesta tocaron a mi casa. Era el cura con la expresión de un hombre que tiene ante sí una tarea desagradable.

—Voy a hablar con el capitán y deseo que usted me acompañe —me deslizó sin preámbulo.

La siesta es enemiga de la voluntad y ataca al cerebro como el comején, dejándolo vacío. La piedra que dejamos caer en su oquedad no produce eco. Traté de mover el peón de un argumento: “Esto es cosa de fantasmas, y por lo tanto, un asunto fantasmagórico”; pero el cura movilizó una torre contundente: “No sé por qué el cielo o el infierno no los ha admitido ya a estas horas pero mientras permanezcan en la tierra soy el responsable por su conducta”.

Siempre he dicho que no hay nada como un buen argumento sobre todo si el que argumenta conoce algunos pecadillos nuestros depositados ingenuamente en confesión.

—Usted viene conmigo en caso de que surja alguna cuestión de leyes.

Cuando llegamos al barco vimos al capitán sobre cubierta tomando el fresco. En cuanto advirtió al sacerdote se quitó el sombrero con toda cortesía, y os aseguro que sentí gran alivio por este gesto respetuoso. El párroco contestó el saludo y con voz fuerte pronunció:

—Señor, mucho desearía hablar unas palabras con usted.

—Suba a bordo, señor, suba a bordo —contestó el capitán muy gentilmente.

Subimos por una escala bastante incómoda, y el capitán nos hizo entrar en una enorme cámara situada en la popa donde se encontraba esa gran ventana de la que ya hablé. Era el lugar más extraordinario que uno pueda imaginarse, lleno de copas de oro y plata; de espadas engarzadas con gemas preciosas; de sillas esculpidas; de enormes cofres de maderas preciosas que parecían estallar, tan repletos de monedas se hallaban. Hasta el párroco quedó sorprendido, y no opuso gran resistencia cuando el capitán sacó unos vasos de plata y nos sirvió ron. Al probarlo confieso que mi punto de vista sobre las cosas cambió del todo. Me pareció ridículo censurar a los muchachos porque tomaran esa bebida tan deliciosa que parecía llenar mis venas con miel y fuego.

El párroco expuso el caso sin ambages al capitán, pero yo no escuché mucho de lo que dijo. Hallábame ocupado bebiendo mi ron y mirando por la ventana los peces que nadaban de un lado para otro por encima de los boniatos del tendero. En ese momento me pareció la cosa más natural del mundo; aunque sí me extrañó un poco ver a un marinero ahogado flotando en el aire con el cabello y la barba llena de burbujas. Era la primera vez que veía una cosa semejante en Puertadegolpe.

El capitán escuchaba muy atentamente a nuestro párroco alegando que los muchachos son muchachos y que la juventud tiene que divertirse.

Cuando nuestro buen guía espiritual terminó de hablar, el capitán llenó de nuevo nuestros vasos.

—Mucho lamentaría causar molestias en un lugar donde se me ha recibido tan bien, pero sé que se alegrarán de saber que mañana por la noche me haré a la mar. Así que bebamos por la felicidad de mi viaje.

Nos pusimos de pie e hicimos un brindis con toda solemnidad. Luego, el capitán nos mostró algunas curiosidades seleccionadas en los distintos países de su curioso itinerario. De lo visto no hago memoria a pesar de todo mi esfuerzo.

La despedida fue calurosa. Recuerdo, eso sí, que el párroco estaba muy emocionado llegando hasta llamar "hijo mío" al capitán.

Un momento después me encontraba caminando por el campo de boniatos refiriéndole a mi ensotano amigo las maravillas vista a través de la ventana. Se volvió hacia mí diciéndome con mucha seriedad:

—Si yo fuese usted, me iría para la casa a continuar la siesta.

Al día siguiente comenzó a soplar el viento cada vez más fuerte, hasta que a eso de las ocho de la noche cerré bien mi casa y me dirigí hacia la tienda para pasar la tormenta en compañía.

—¡Qué ciclón! —el tendero estiraba los labios mientras me servía un ron. Me dijeron que el río estaba creciendo.

—Es extraño cómo estos hombres de mar conocen el tiempo —contesté—. Cuando el capitán dijo que partiría esta noche se me ocurrió que iba a necesitar un poderoso viento para sacar su buque . . .

—¡Ah sí! —interrumpió el tendero. —Esta noche se va . . . Aunque me ha pagado espléndidamente por el alquiler del campo estoy por decir que su partida no será una pérdida para el pueblo. No me agrada la gente que compra sus bebidas en otra parte en vez de ayudar a los comerciantes locales.

—¡Pero usted no tiene ningún ron como el del capitán!

El rostro del tendero se iluminó con el rojo más estridente. Frotó con fuerza el mostrador pudiendo apreciar cuán enojado estaba.

Tuve que tranquilizarlo elogiando su ron; y que el cielo me perdone, pero juré que era mucho mejor que el del capitán.

—Dígame si hay algo mejor que esto —exclamó mientras llevábamos hacia arriba los vasos . . . Pero de pronto nos detuvimos. Afuera, el viento que había estado gimiendo, se transformó en suave cántico.

—Con seguridad, esa no es mi Marta —susurró el tendero hablando de la hermana de su abuela.

Fuímos hacia la puerta. Navegando por los aires, rodeado de estrellas, estaba el buque fantasma. Todas sus luces estaban encendidas, y desde cubierta nos llegaba un gran ruido de alegría y canciones.

—¡Se va! —exclamó el tendero. Y de pronto los dos a dúo:

—¡Y se lleva consigo a la mitad del pueblo!

El ciclo del día siguiente se ocupó en pasar balance de los daños sufridos. La tempestad desparramó a nuestros fantasmas, pero esta vez pocos volvieron ya que todos los jóvenes se habían embarcado con el capitán. También desapareció aquel muchacho medio bobo; y supimos, tiempo después, que había subido a bordo sin saber lo que hacía y partido con el buque.

Interminables fueron los lamentos de las muchachas fantasmas. El pueblo estaba trastornado, siendo lo más notable de ver a la gente que más se había quejado por el comportamiento licencioso de sus jóvenes difuntos, lamentarse con más intensidad que los otros.

No me fue posible sentir simpatía ni por el carnicero, ni por el zapatero, que no se cansaban ahora de repetir, cuánto echaban de menos a sus antepasados; pero me daba pena oír a las pobres muchachas fantasmas lamentarse por la pérdida de sus galanes, a quienes llamaban por las calles del pueblo cuando caía la noche. Me parecía injusto que hubiesen perdido a sus hombres por “segunda vez”.

Pero ni siquiera un espíritu puede lamentarse eternamente. Algunos meses después llegamos a la conclusión de que quienes partieron en el buque jamás regresarían. No se habló más de este asunto.

Luego, un día, quizá un par de años después cuando todo el episodio se había olvidado, ¿a qué no sabéis quién vino andando por el camino de Puertadegolpe? Pues ese muchacho medio bobo que partió con el buque sin esperar a estar muerto y convertido en fantasma. Estoy seguro de que no se repetirá un caso semejante. Traía una enorme y herrum-

bada espada que le pendía del cinto. Su cuerpo se hallaba tatuado de mil colores de modo que parecía una de esas costuras que hacen las niñas (como decía el tendero), o un tapiz persa (como decía yo). En la mano un pañuelo lleno de conchas raras y monedas antiguas muy curiosas. Se acercó al pozo de la casa de su madre y sacando un cubo de agua se puso a beber.

Lo peor de todo es que regresó tan bobo cómo había partido. Por más que intentamos no pudimos sacarle nada razonable. Hablaba constantemente de abordajes, secuestros y de crímenes horrendos, por lo cual deduje que el capitán, a pesar de sus modales corteses, debía ser más bien un pirata que un caballero.

Pero tratar de obtener sentido de las palabras del muchacho era tan difícil como cosechar guayabas de un plátano. Sin embargo, repetía uno de sus cuentos sin cesar, y al oírle hubiérase dicho que eso era lo único notable en su vida.

—“Estábamos anclados en una isla llamada “Canastilla de Flores”, y los marineros capturaron un montón de papagayos. Los enseñaron a blasfemar... luego andaban por el buque blasfemando terriblemente... Miramos hacia el mar y vimos un galeón español... Soltamos los papagayos y dispusimos el abordaje... Los papagayos se lanzaron primero sobre los españoles... Picoteaban con furia en sus ojos... Los españoles manoteaban y saltaban locamente... Un artillero ciego prendió fuego a la Santa Bárbara... La explosión lanzó a los papagayos irradiándolos de su centro como ojos de mil colores... Cayeron en racimos, y luego en espiral... En espiral se los tragó el mar... Blasfemando terriblemente”.

Esa era la clase de cuentos que nos contó. Sólo sabía hablar de estúpidos papagayos. No tuvimos oportunidad de enterarnos de nada más. Dos días después volvió a desaparecer. Nunca más lo hemos visto.

Esta es mi narración y os aseguro que cosas por el estilo están ocurriendo en Puertadegolpe. El buque no regresó; pero no sé por qué todos suponemos que alguna de estas noches ventosas le veremos reaparecer con todos los fantasmas perdidos. Cuando venga os aseguro que será bienvenido.

Hay una muchacha fantasma que no se ha cansado de esperar el regreso de su amado. Todas las noches puede vérsese sentada en medio del campo con la mirada fija en el cielo en espera de ver aparacer allí las luces de los mástiles entre las estrellas. Es lo que yo llamo una muchacha fiel a su amor.

El campo del tendero no quedó dañado por la visita del barco, pero desde entonces los boniatos tienen sabor a ron.

Servidor de ustedes,

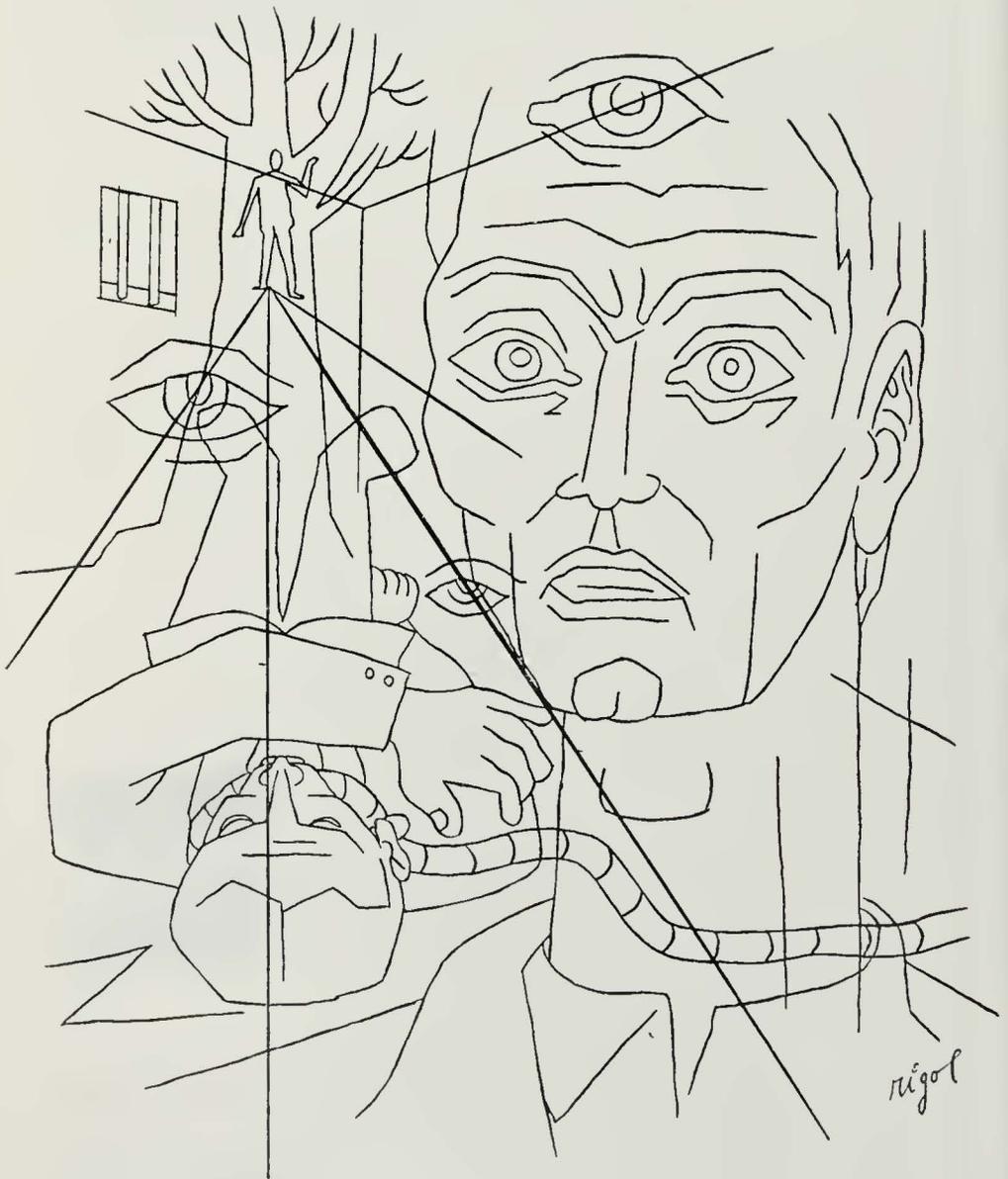
Juez Tranquilino Epifanía.

1955



MI AMIGO

Ezequiel Vieta



NO sé cuánto tiempo sin tropezarme con Víctor .

Hoy estuve con él.

No tenía nuestra amistad siquiera la razón de los contrarios. No dudo se fundamentara en una envidia mutua. Claro, yo envidiaba más. Víctor era de los que siempre ganan. Y él lo sabía.

¡Mi buen amigo Víctor!

Le caía el triunfo como caen las cosas, con ese apoyo intenso de toda ley natural. ¿Acaso había alguien que no comentara sus peligrosas andanzas? Nadie se le acercaba sin sentir el hálito de lo muy vivo.

Entró en el salón muy satisfecho. Casi consciente de que se le había esperado. Apenas pude saludarle. Víctor encarnaba, por supuesto, la gran debilidad de las damas.

Una de las chaperonas, con corsé que le cerraba el cuello, me repitió que hacía calor. Lo que me obligó a reparar en mi camiseta licuada. Observé que los abanicos no se plegaban ni en obediencia a su coquetería esencial.

Mi hombro derecho perdió el equilibrio al peso de una mano. Era mi amigo.

—¿Que hay, Víctor?

—Me urge hablarte.

—Bien.

—Aquí no. Salgamos al jardín.

—Bien.

—Tienes que ayudarme.

—Di.

—Me persiguen. Hace días que me persiguen —mi amigo dijo esto casi sonriendo.

—¿Quién te persigue, Víctor?

—Ellos. . . ¡Míralos! ¡Están ahí detrás!

—¿Y por qué?

—¿No lo sabías?

—No.

—Estoy conspirando.

Saltamos la tapia del jardín. Pasaba un ciego por la calle; levantaba una pandereta sobre la cabeza, intentaba indudablemente atraer nuestra atención. Me moví para darle una limosna.

—No! No lo hagas.

—¿Por qué, Víctor?

—Es un disfraz. No comprendes. El es también uno de ellos.

Cuando mi amigo y yo llegamos al café, nos sorprendimos al enterarnos de que habíamos estado canturreando durante el trayecto.

—A mí, cualquier cosa.

—A mí, sírvame lo mismo.

—¿Y cómo es, Víctor, que puedes reconocer a toda esa gente?

—Para mí, su mismo tipo es una contraseña.

—¿Y cuál es el motivo?

—Quieren averiguar dónde guardo las armas. El nombre de los jefes.

No logré desarrollar la conversación: mi amigo se había escondido en alguna parte. Fue entonces cuando advertí la presencia de una mujer estupendamente ensortijada que acababa de sentarse a nuestra mesa.

—¿Podría decirme, caballero, dónde está Víctor?

El camarero nos iba secando la mesa con gran detenimiento.

—Señora. . .

—Sí; su amigo. Los ví entrar a los dos hace un momento.

—¿Mi amigo?

—El amigo del señor está echado en el suelo. Mire ¡ahí!

Me asombró la intervención del camarero en aquello. Víctor, que le había atendido, desapareció con agilidad de atleta por una ventana.

Después de cobrar un poco de aliento en uno de los bancos del parque, le pregunté a mi amigo:

—¿Qué?, ¿Esa mujer es también un agente?

—¡No, no! Muy al contrario. No me explico cómo no lo notaste. Ella es uno de los miembros más activos del movimiento. Fue allí, sin duda, a establecer contacto conmigo.

—¿Y por qué huiste así?

—El camarero. . . ¡Pero no te diste cuenta!

—¿Qué?

—Yo sí. Su actitud me probó que estaba al tanto del nexo.

—Pues, me pasó inadvertido.

—Pero, en medio de todo, fue divertido. ¿No crees?

—¿Qué cosa?

—Como nos escabullimos.

—Sí.

—¡Vamos!, hombre, te estás inquietando.

—No. No, Víctor.

—¡Espera! ¡Escucha! ¿No oyes? Allá arriba. ¡En el árbol!

—No. No oigo nada.

—¡Pssii! Habla bajo. ¡Nos están espiando! No concibo cómo te he metido en esto. Así y todo, es magnífico, ¿no crees?

Con gran disimulo emprendimos la marcha. El árbol desapareció al doblar nosotros la próxima esquina.

—Sabes, ya llevo en esto unos meses. Pero soy muy difícil; les falta lo que se necesita para atraparme. Ahora caigo en que no me has contado nada de tu vida, ¿qué haces?

—Sigo en lo mismo. El trabajo de oficina.

—¿Y no te cansa eso?

—Nadie se cansa de un hábito.

Un motor aumentaba su potencia. Era un automóvil que, por cierto, venía en retorno de una fiesta, pues arrastraba toda una cabellera de serpentinas multicolores. Andaba muy despacio. Pronto se emparejó con nosotros. Mantenía nues-

tra velocidad sin otras muestras de fastidio. Era imposible distinguir a los ocupantes por tener echadas las cortinillas.

—¿Ves? ¿No ves? ¡Y te apuesto que pensabas que yo exageraba!

—No, no. Si no sé. . .

De manera providencial topamos con dos bicicletas, que descansaban a medias en un muro. Aquello comunicó a mi amigo un prodigioso sentimiento de seguridad. Yo —por él— también me alegré.

Así, giraron los pedales por el pavimento recién lavado.

—¿No sabes que, para no ser conspirador, lo haces bastante bien?

—Bueno, será tu compañía. Le suben fuerzas a uno estando contigo.

—Con todo y eso, es una sorpresa para mí. ¡Si tu mujer supiera!

Nos interrumpió el sonido de una flauta. Siguiendo la música nos cercioramos de que provenía de un camión, estacionado junto a un poste. Victor y yo abandonamos las bicicletas y nos dirigimos en punta de pie. Dentro del camión iba una vaca que era ordeñada simultáneamente por tres hombres; el cuarto, con las piernas colgando, se entretenía en la flauta.

—¡Pronto! ¡Aléjate! ¡Es una trampa!

Seguí a Víctor.

—Conozco un lugar donde podemos ir sin que ellos nos encuentren.

—¿Dónde?

—A casa de unas amigas. Verás, me quieren mucho. Harían cualquier sacrificio por mí.

Entramos en una sala espaciosa y mal iluminada. A pesar de lo avanzado de la hora, una vieja tejía con extraordinaria rapidez. No tardó Víctor en convertirse en el centro de un círculo de jóvenes ansiosas. Nadie se atrevería a negar que a mi amigo le halagaba todo aquel alboroto. No consigo recordar cómo le condujeron a un piso alto. Quedé solo.

—Y usted. . . ¿A qué debemos el honor de su visita?

Le respondí a la anciana; enumeré toda clase de razones.

En fin. . . Que me preocupaba la suerte de mi amigo Víctor.

—Lo celebro. Lo celebro. Y no podía estar su amigo en mejores manos.

—Pero, ¿es que le han venido persiguiendo casi hasta la puerta de esta casa!

—Y aquí está a salvo. No puede sospechar usted cuánto le miman las muchachas.

—No sé. . . Temo por él. Sobre todo, cuando no está a mi vista.

—Si eso le tranquiliza, no se angustie más. Mandaré a buscarle.

Dió una palmada corta. Apareció una negra muy gorda que venía de la cocina, puesto que traía el delantal empapado.

—Alcánzame el teléfono.

La cocinera retiró el aparato de una vitrina; cuando lo llevaba a la anciana, se le enrolló el alambre a una pierna y en la caída se le saltó un zapato; el pie cuadrado, enfundado en una media sucia rosada, quedó exhibido; dos dedos se revelaban por un agujero.

—¡Hola! ¿Quién es? ¡Ah!, tú. Niña, haz que bajen a Víctor en seguida. Su amigo está impaciente. . . Sí; sé que está bien cuidado. . . No importa. . . Precisa de nuestra protección. ¡Que no vaya a salir por la escalera del fondo! Es muy testarudo. Si se resiste, emplead vuestras mañas. . . ¡Que vengáis en seguida!. . . Eso es todo.

Me interesó aquel tejido de lana amarilla.

—Es para cubrir el sofá. El tapizado está insoportable. ¡Ya hasta algunos muelles le sobresalen tres pulgadas!

Ahora llegaba un bullicio en la escalera. Las careajadas se mezclaban con breves gritos de un goce retozón. Aquellas extasiadas criaturas, en su felicidad infinita, casi alzaban el peso de mi amigo, todo él envuelto en gasas amplias y olorosas. Consideré un instante si esta algazara no iba a provocar la caída de aquel grupo parlanchín.

Una de ellas todavía insistió en anunciar antes de los últimos peldaños:

—¡Aquí se lo traemos, abuela!

—Como usted nos dijo, abuela.

—Muy segurito, abuela.

—No se nos va a escapar, abuela.

—No puede escaparse, abuela.

—Para que no se nos vaya le hemos atado.

—Sí, ¡Ja, ja! Para que no nos deje más, le pusimos una sogá al cuello.

—¡Ya Víctor es nuestro! ¡No se nos irá!

Por fin pisaron la alfombra de la sala. El comportamiento irresponsable de las jóvenes afectaba mis nervios. Culminó aquello en un unánime grito de espanto. Víctor, después de algunos pasos desiguales, se había desplomado.

Al acercarme pude comprobar, por la cara tumefacta y violácea de mi amigo, que sus admiradoras —sin pretenderlo, por supuesto— le habían ahorcado, como singular consecuencia de su excesivo entusiasmo.

Ahora aquí, incluído otra vez en las cuatro paredes, no ceso de preguntarme por Víctor. Estoy convencido que ya no podré dormir en lo que me resta de noche.

1954



EL RUIDO DEL TREN

José Manuel Otero



MANUELA soltaba lo que tuviera en la mano, corría desde donde estuviera, cuando oía el ruido del tren sobre los rieles, antes de pasar el puente, y después el pito, entrando ya en el puente, que era a veces sonoro, musica; otras, estridente, agudo, metálico, y que rebotaba allá en las márgenes del río, al lado opuesto del pueblo, y que parecía quedarse flotando en el espacio como llevado y traído por el viento, en el pueblecito de calles rectas y bien trazadas, abrazado rumorosamente por dos ríos.

—¿Ahí vendrá? . . .

Murmuraba interrogante con la vista puesta en un claro de árboles que había antes de llegar a la estación. Más tarde la decepción y el desencanto invadíanle cuando veía al tren alejarse sin haber dejado a nadie en el andén.

Manuela no era la misma. Habían pasado muchos años y ya, entre la cabellera negra y abundante, empezaban a brotar las canas, además de una vejez prematura que pugnaba por delatar la cara. Su cuerpo, antes deslumbrante, había enflaquecido, perdiendo todo contorno. Sin embargo a ella no le importaba. Seguía esperando noche tras noche el ruido sordo del tren y después el pito musical y sonoro o agudo y metálico, que la hacía temblar de emoción y después de decepción, pero más la hacía temblar de amor. En eso, en el amor, había envejecido, y sentía los mismos impulsos de la juventud. Aunque su cara dijera lo contrario. Manuela no pasaba de los cuarenta años, bien contados. Narciso, un viejo amigo, le decía maliciosamente:

—Manuela, deja de pensar porque cuando él venga no te va a conocer.

Pero Manuela no tenía cabida para otro pensamiento. Su corazón palpitaba a impulsos de un solo recuerdo, que cada día que pasaba se hacía más grande y que ocupaba toda su vida.

Fue un día. No importa el tiempo. En aquel entonces, el pueblo se preparaba para los tradicionales Paseos de Serpentinatas. Las calles se engalanaban con pequeñas banderitas triangulares y los postes del alumbrado eléctrico y los horcones de las casas se tapizaban con pencas de palmas. Los voladores surcaban el aire y atronaban el espacio. Las tiendas de ropa eran insuficientes para albergar a tanta gente que iba a comprar. Todo era algarabía, júbilo, ansiedad por no perder un detalle de la fiesta pueblerina.

Allí fue donde sus miradas chocaron como si se hubieran estado buscando. Él trabajaba en uno de los ingenios de los alrededores. Y vino al pueblo embullado por un grupo de compañeros. No lo volvió a ver más hasta el mismo día del Pasco. Allí le adivinó sus ojos detrás de un antifaz descomunal. Esa noche en el baile, él se le acercó.

—Si no tiene ningún compromiso. . .

—No tengo ninguno —le dijo sin dejarlo terminar, y se asustó de su decisión tan brusca e inesperada.

El rió con simpatía, con esa simpatía de la gente desenvuelta de la ciudad. No era hombre alto, ni buen mozo, pero ella sintió cómo se le metía muy dentro.

Los días que siguieron al baile, él fue a visitarla sin perder uno. Por eso Manuela no permitía que enseñoreara el pensamiento de que la había olvidado. Y que las muchas cartas que le hizo y que no tuvieron respuesta era un signo de que no quería saber de ella. Porque Manuela también indagó en el Central y le dijeron el año y el día en que se fue; el mismo día que ella lo despidió desde la ventana. Pero a esto último no le daba mucha importancia, porque él le había contado su fiebre de aventuras.

Pero entonces, él seguía viniendo día tras día, sin perder

uno: los temporales de noches oscuras, las horas de trabajo cuando cambiaban el turno impidiéndole la visita, entonces le pedía a un compañero que lo relevara. Nada ni nadie lograba retenerlo en el batey del ingenio. Hábía días que el trabajo le hacía perder el tren, entonces venía a pie por las traviesas de la línea sin temerle a los tres kilómetros; los obstáculos no le cabían en la cabeza.

—Manuela —oía a su madre rezongar más que hablar.—

To los días viene. A mi me pusieron un día a la semana. Te recuerdas. . .

Pero el seguía viniendo. Y Manuela no tenía tiempo para pensar en otra cosa. Porque él le contaba su vida. Le decía que era la primera vez que venía al pueblo; que llevaba ocho años trabajando en el ingenio; y que del ingenio regresaba a su casa, allá en un reparto habanero; que eran tres hermanos, él era el mayor. Contábale cómo su madre había sufrido, cuando a él se le metió en la cabeza ir a pelear junto a la República, cuando la guerra civil española. Ya cuando eso, su padre había muerto en un accidente, en los momentos que aseguraba un andamio a 5 ó 6 metros de altura, y que una vez, en cambio, se cayó de 25 metros y no sufrió ni un rasguño.

Manuela se deleitaba con aquellas narraciones. Le recordaban a su tío Carlito, cuando se la sentaba en las piernas y le hacía cuentos de allá de la Ciénaga de Zapata, donde había mosquitos del tamaño de una cucaracha, y los cocodrilos se arrastraban por debajo de la hamaca.

Pero estos otros, los que le contaba Ricardo (así se llamaba él) eran distintos. Porque en ellos sentía latir la vida a su alrededor. Sin embargo, en esos momentos, por sobre todas las cosas, un pensamiento la hacía desdichada, un pensamiento que siempre estaba enredado con los otros: el día de la despedida.

Manuela le contaba todas esas cosas a la madre. Porque las madres, como mujeres al fin, son más abiertas a las palabras tristes y doloridas, porque también la madre estaba muy contenta porque era un hombre muy fino y distinguido. Pero el padre, receloso, le decía:

—Ese hombre no te conviene, hija. Busca un gallo de tu mismo gallinero.

Manuela sufría callada las ideas equivocadas del padre. Era un hombre de campo que no sabía más que de vacas y caballos y vino para el pueblo cuando ella empezaba a espigar como mujer. De esos hombres viejos con ideas viejas, que quieren meterse dentro de lo nuevo sin arrojar lo viejo.

Así que llegó el día en que tuvo que marcharse, porque ya el ingenio había parado la molienda, ella temblaba porque el padre habló con él.

—Aquí tiene su casa pa cuando quiera; pero no pa reírse de ella.

—Yo soy hombre de una sola palabra —contestó él convencido, con firmeza.

Aquella tarde tomó el tren. Manuela desde la ventana, agitaba el pañuelo como si fuera un manojo de flores. Su padre le había dicho:

—Las mujeres decentes se quedan en su casa. Pa despedidas cualquier lugar es bueno.

El tren echó a andar. Nunca hubiera querido tanto, como ese día, que el tren se hubiera quedado un rato más. No supo a quién decirle adiós, las ventanillas pasaban raudas confundiendo unas con otras y en todas veía manos agitándose.

Desde entonces, han pasado muchos años. Ella sabe cuántos. Pero no lo dice, aunque sabe bien que su padre no es bobo. Por eso lleva la conversación de Narciso a otro lugar.

—Ayer vi los racimos de plátanos, ¡qué bonitos!

—Uno es tuyo —le decía él.

Pero ella adivinaba en todo lo que le decía.

—...cuando él venga no te va a conocer...

Y esa idea la sentía trabajar en su corazón. Sabía que estaba cambiando. Lo descubrían sus manos cuando se las pasaba por la cara. Pero todo también había cambiado: en la esquina, donde había un solar abandonado, se alojaba un

edificio para escuela; en la esquina de enfrente había una nave donde se albergaban talleres de mecánica; la calle antes de piedra y cocó, llegaba toda asfaltada hasta la misma estación, a la que ya la rodeaba un semicírculo de construcciones. También habían pasado primaveras y muchos inviernos, y los árboles habían mudado muchas veces sus hojas y otros habían sido arrancados por la furia de algún ciclón o por la descarga de un rayo.

Todo eso lo miraba Manuela indiferente. Así como cambian los árboles sus hojas, así cada día, cada mes, cada año, se renueva uno. Aunque en Manuela su amor se renovaba, también se agigantaba. Dicen que para entender a las mujeres, se necesita saber cómo se enamoran. Por eso Manuela era fácil de entender. Muchos no la comprendían, porque no le miraban a los ojos, aquellos ojos que no veían y si miraban, y que se agrandaban cuando el tren se detenía en la estación. Los quehaceres de la casa y la ventana, desde donde divisaba el andén, formaban el conjunto de su vida. Porque su casa y su pensamiento eran su mundo.

Salía poco; solo cuando repicaban las campanas de la iglesia, con su tañido grave y melancólico, o cuando se enteraba de una desgracia en casa de una compañera de colegio. A la gente le gusta mucho hablar sin saber lo que hablan. Ella rehuía esos lugares, como los velorios, porque en ellos se encuentran las comadres que viven en distintos lugares del pueblo, y se dicen todo lo que tenían guardado en el tiempo que dejaron de verse.

—Cómo se ha puesto Manuela. ¡La pobre!

—Figúrate, el padre no la deja salir. Tuvo una oportunidad en su vida, y los difíciles que son las oportunidades en estos pueblos chiquitos. Pero por el padre la perdió.

—Por eso la está pagando, está casi ciego —soltó una tercera.

Porque fue una sorpresa. Como fuera y como hubiera venido. Una tarde no escuchó el pito. Sintió un ruido al que no le dió importancia, porque a esa hora también llegaba

el motor de la reparación. El resoplido de la locomotora le atrajo la atención. El tren entraba en la estación y el correo se tiraba al andén con el saco de correspondencia. Miró con ansias, y no vió nada; solo una mujer con cuatro niños agarrados de la mano como eslabones de una cadena. Cuando el tren echó a andar, contó un coche de más. "Raro, siempre pasa con uno", pensó. Pero después recordó que a veces pasaba con otro carro que dejaba en alguna estación antes de llegar a La Habana.

Afuera oscurecía. Las luces, que no alumbraban más allá de dos metros, habían sido encendidas. Los automóviles pasaban con alguien que vivía al otro extremo del pueblo. Todos los ruidos le sobresaltaban. El ruido del tren que marchaba, como aquella otra vez, se oía cada vez menos. La yerba crujía al contacto de los pies de la gente que volvía de la estación esperando a alguien que no venía. Oyó que unos pasos se desviaban y caminaban hacia la puerta de la casa. Abrió la puerta, antes de que pudiera tocar.

—¡Oh! usted. . .

—Aquí vive Manuela.

—Cas. . . Castillo.

—Sí, esta es la dirección que dejaron.

"Que dejaron", pensó Manuela. Lo miró de prisa como el que quiere captar en un segundo todo el conjunto. Tenía algo parecido con. . ., pero no era igual. Aún lo recordaba como si llevara el retrato frente por frente a los ojos. Este era mejor mozo. Mientras tanto, él miraba un retrato que sacó de la cartera. Manuela, con palabra temerosa, dijo:

—Manuela. . . Usted busca a Manuela. . .

—Si señora, es un encargo de mi hermano Ricardo. . .

No pudo seguir hablando, porque Manuela caminaba como una sonámbula hacia el interior de la casa.

En eso salía el padre sujetándose torpemente de los muebles.

—Con quien hablabas. . .

—Conmigo señor, estaba hablando con ella, y, en eso, se fue hacia allá.

—¿Y quién es usted?...

—Hermano de Ricardo, y traía un encargo de él para Manuela.

—¡Vaya hombre! Al fin se sabe de Ricardo. Hable, hable yo estoy medio ciego, pero tengo un buen oído. Pero siéntese, siéntese, aquí no se ha perdido entodavía la cortesía.

—Gracias. Ricardo es mi hermano mayor; yo soy el tercero.

—Al grano, al grano. Los guajiros no andamos con rodeos.

—Pues bien... El tuvo aquí en este pueblo, una novia llamada Manuela, que vivía precisamente aquí, esta es la dirección que dejó, frente a la estación. Lo cierto es que mi hermano se...

—¡Se casó! Yo se lo dije a ella. Con los buenos pretendientes que ha tenido. Y siempre esperando, esperando.

—¡Si se hubiera casado!

—Verdad que sí, no hubiera venido. Pero siga, siga. Los viejos perdemos el tino.

—Resulta que a mi hermano lo postró un accidente después de haber venido aquí. Y aunque los médicos le dieron esperanzas, los años iban pasando y nada. Hace dos años, hoy, lo encontramos muerto: se había pegado un tiro en medio de la frente.

El viejo guajiro se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Sus ojos parecieron tener luz, por un instante.

—Hable bajito, ella puede volver.

—¡Era!

—Ella misma.

El joven miró el retrato fijamente e hizo un gesto extraño.

—Esto que hago es por encargo de él, de mi hermano Ricardo. Una carta encontramos donde nos decía que des-

pués de pasados dos años, podríamos ir a darle la noticia a Manuela. También decía en la carta que nunca le había escrito por no alentar esperanzas donde había un trasiego de dolor.

—Pobre hija —murmuró el viejo.

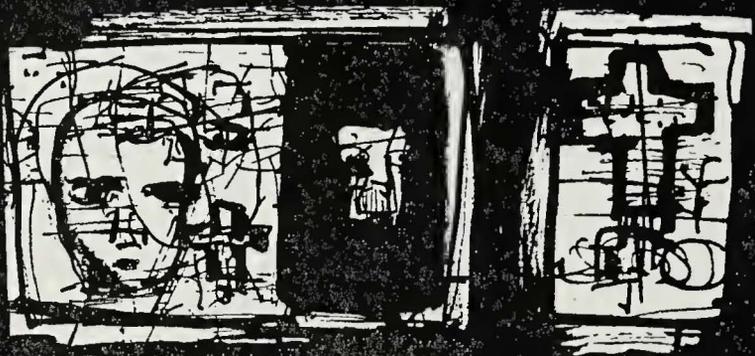
Se levantó dando tumbos y caminó hacia donde estaba Manuela. La encontró sin llanto en los ojos y con la vista obstinadamente fija en el techo. Si no hubiera visto su pecho subir y bajar agitadamente hubiera asegurado que estaba muerta. Porque los ojos de Manuela murieron ese mismo día, aquellos ojos que se agrandaban cuando el tren se detenía en la estación y que eran un espejo de imágenes y recuerdos.

1958



EN EL POTOSI

Calvert Casey



MILIAN

EL día amaneció de lluvia como yo quería. Cuando la gente del muelle empezó a escandalizar me tiré de la cama, entorné la persiana del balcón y miré al cielo que estaba de lo más lindo, plomizo y bajo. Como estaba lloviznando un poco la gente del muelle tenía que ir a estibar con las capas puestas. Que descanso un día así, porque en Cuba siempre con este sol... Dicen que los Difuntos traen agua y lloran por haber tenido que abandonar la tierra, pero eso debe ser un cuento. Ha habido años en que yo he tenido que salir bajo un sol que rajaba las piedras, con el paraguas, para poder estar todo el día en el cementerio. Después de un día entero recorriendo todo ese laberinto, he llegado a casa con una jaqueca espantosa, y he tenido que llamarla, y lo último que yo quiero es tener que llamarla. Sobre todo en Colón. Colón es inmenso. Y luego, el sol se va temprano ya en noviembre y yo he tenido que correr para poder leer las tumbas pegando casi los ojos al mármol, y sin tiempo para correr a echar una ojeada a las cruces de la gente pobre. El Cementerio Chino no. El Cementerio Chino se recorre enseguida y el año que voy allá no me demoro nada y no me da jaqueca aunque haya sol porque como no puedo leer las inscripciones en chino, la visita termina enseguida. Los polacos no. A esos les da por escribir los nombres y las fechas en español y cosas de David y los salmos debajo de las cruces con las seis puntas, y tengo que correr mucho para poder leerme todos los epitafios en aquel sol del cementerio hebreo de Guanabacoa. Si fueran como los chinos y escribieran los epitafios en polaco no tendría que apurarme para leerlos todos.

Pero que linda estaba la bahía por la mañana, casi queriendo llover, pero sin llegar a llover, sólo lloviznando de vez en cuando. Me puse el traje, porque yo lo dejo para cuando apriete así el tiempesito y saqué el paraguas por si apretaba la lluvia. Cuando crucé la plazoleta miré hacia el balcón.

Ya había salido; yo sé cuando sale porque cierra la contrapuerta de adentro de la habitación que se ve por los cristales de los lados cuando está cerrada, y pasa la tranca del tiempo de España para los ciclones, con ese maldito miedo que tiene siempre a que le den un asalto o que le roben las prendas y el dinero que me pone como me pone, cuatro sortijas y dos pesos. Cuando está en el cuarto lo sé porque la contrapuerta está abierta, la deja así para poder mirar por el cristal a ver si me ve por casualidad. Hay días que me exaspera tanto que esté ahí que no quiero ni mirar para el balcón. Eso cuando no se pone a esperarme en el portón de abajo para verme salir o entrar y estar segura de que no me he ido. He estado mucho por mudarme pero no hay quien se mude y tengo que quedarme aquí en el cuarto, sabiendo que si me pasa algo la encargada se lo va a ir a decir para venir antes que nadie, del mismo modo que ella le ha dicho al del ascensor que si le pasa algo venga corriendo a decírmelo. Y con lo que le he pedido a Dios que el ascensor se trabe y se rompa para siempre, para que no pueda salir, pero el maldito ascensor de jaula del tiempo de España, el primero, no el primero no, el segundo que hubo en La Habana, no se rompe y si se rompe el polaco manda a buscar a un mecánico viejísimo como ella y lo arregla enseguida.

Miré bien cuando salí del edificio; no estaba tomando café en la cafetería y cuando doblé la esquina la cafetera esa que coge catarro en octubre y no se le quita hasta junio me dijo que había cogido la guagua temprano. Me tranquilicé, crucé despacio la calle y cogí la lancha para Regla. Seguramente se había ido a Colón o al Calvario, a ella le gusta ir el día de Difuntos al cementerio del Calvario porque es chiquito y puede recorrerlo todo. Ese es el único día que no se anda tapando de la lluvia ni se queja ni dice que

está vieja. Ese es el día en que se rejuvenece y se le quita toda esa vejez espantosa de encima.

Ya podía irme tranquilo porque además nunca iba a pensar que a mí se me iba a ocurrir irme al Potosí, que ella no ha visto más que una vez creo porque dice que no le gusta. Y si hubiera sabido que esa mañana yo iba a pagarle al hombre por el libro de mármol abierto con mi nombre y el de tía, porque el hombre me dijo que me lo iba a poner esa mañana. A tía sí que no me importa que la entierren allí. La pobre ha pagado todas las mensualidades y ya no se debe nada de la bóveda, muchas veces cuando yo no podía quitárselo de la boca, porque tía sabe como ella es y tampoco quiere que la entierren en Colón con ella, porque dice que no podría descansar. Y yo le dije a tía que yo la traía aquí si le pasaba algo y que ella me traía a mí sin que nadie se enterara si me pasaba a mí para que nunca pudiera saber donde estoy y que no me vigile más. Y cuando tía dice una cosa la cumple porque cuando se llevaron a mi hermana y regresó con el niño de una semana de nacido tía era la única que sabía quien era el hombre, pero como le había prometido a mi hermana no decírselo a nadie no se lo dijo, y luego cuando la recluyeron a la fuerza en Mazorra y le quitaron el niño tía tampoco le dijo a nadie quien era el hombre. Y aunque ella que quiere saberlo todo iba a ver a mi hermana a Mazorra todos los días de visita aunque sabía que la ponía peor cada vez que iba y le prometía que si le decía quien era el hombre la sacaba uno que otro domingo y no iba más, no pudo enterarse y Merci murió sin decirle nada, nada de quien era el hombre. Y ella dice que le guardará toda la vida eso a mi hermana, que se haya muerto sin decirle quién era el hombre, porque a lo mejor podíamos sacarle por lo menos los gastos de la enfermedad del niño, y todas esas medicinas tan caras que hubo que comprar y que todavía están ahí y yo sé que las guarda por si algún día alguna le sirve no tener que gastar. El entierro del niño no, eso sí que no, porque el entierro del niño lo pagué yo que entonces estaba trabajando en la oficina porque el niño se murió antes de que me botaran y como yo tenía dinero y Merci me pidió antes de perder la razón que le pagara un

entierro de primera al niño yo se lo pagué y me gasté un montón de dinero en un entierro muy lindo y así le dí en la cabeza a ella, que protestaba de que se gastara tanto dinero en el chiquito.

Y que lindo estaba el Potosí esa mañana. La capilla huele un poco a humedad y a ratones cuando la abren esa mañana porque no la abren más que una vez al año, pero cuando se ventila un poco da gusto sentarse allí entre las dos puertas de los lados. Para allá se ve el campo, que a mí me gusta tanto, de lo más lindo, y para acá se ve Guanabacoa. Y en la carretera vieja hay unos árboles magníficos. Como la bóveda está junto al muro yo le pedí al hombre que me sembrara un laurel que dan tanto fresco, o no, un laurel no porque un laurel levanta la bóveda que salió tan cara porque el hombre me dijo que me la quería hacer de primera aunque se la fuéramos pagando poco a poco. Pero bueno, que siembre lo que sea pero que siembre algo. Además como ella no va a venir nunca por aquí no mandará a cortar lo que el hombre siembre, con esa manía que tiene que dice que odia los árboles y las matas porque dan mosquitos. Pero no hay peligro porque ella se va a ir primero aunque espera que no, que yo primero. Pero por si acaso, como a ella le salen tan bien esas predicciones como cuando dijo que el niño no se salvaba y no se salvó, yo estoy aquí ya con la bóveda comprada y pagada y las matas que el hombre me dijo que me iba a sembrar para que siempre hubiera fresco.

Pues yo me distraje cuando entré porque siempre me gusta mirar en el Osario General que allí en el Potosí lo tienen abierto, y se ven los huesos de arriba que les da el sol muy blancos y yo creo que por eso dejan abierto el Osario General para que los huesos se pongan blancos porque así se ven más bonitos, porque oscuros por la humedad de tantos y tantos años no se ven bonitos. De todas maneras lo que más me gusta del Potosí es que tienen abierto el Osario General y eso no pasa en ningún otro cementerio porque en ningún otro cementerio tienen abierto el Osario General.

Y además me demoré más todavía porque cuando entré en la capilla volví a copiar porque me gusta mucho lo que

dice la lápida de mármol que uno tiene que pasarle por encima. Yo todos los años la copio toda y después rompo el papel por si ella viene algún día al cuarto no lo vaya a encontrar y se vaya a poner a averiguar, porque como no hay ninguna lápida así en toda La Habana y ella lo averigua todo a lo mejor se pone a preguntar y llega a enterarse de que yo la copié en el Potosí y lo descubre todo. Pero yo ya no voy a volver nunca al Potosí y ya no me importa que ella se encuentre el papel por eso no lo rompí y lo tengo aquí.

Y este año encontré otra lápida porque en vez de ir a la bóveda por donde siempre voy, como la capilla estaba abierta y ese día dicen misa y yo fui, cuando terminó salí por la derecha y encontré otra lápida que me gustó muchísimo porque la inscripción es de lo más rara y se la hizo a un hijo sordomudo un padre sordomudo también y la leí muchas veces y la copié en la jaba. La lápida es de lo más extraña y apenas se entiende lo que dice, pero lo que me maravilla es lo que debe haber costado con toda esa orla de flores que le corre alrededor al epitafio, y aunque empezó a llover otra vez y la jaba se me mojó pude copiarlo y ahora que ya no voy al Potosí y apenas salgo para no tropezármela a cada rato lo miro.

Y lo que más me extrañó de la lápida, que estaba rota por una esquina y se veía que no habían enterrado a nadie allí desde que enterraron al hijo del sordomudo, es que había un hormiguero y las hormigas subían y bajaban, pero luego pensé que bajarían a otras tumbas pasando por la de los sordomudos.

Pues ya había pasado mucho rato en el problema de copiar las dos lápidas y la misa y una señora que me pidió que la ayudara a correr la losa de un panteón familiar de esos que uno baja y se sienta y conversa y pasa el rato porque son panteones antiguos de esos de nicho, porque los hombres con el corre corre de los Difuntos estaban muy ocupados y el hombre que la ayudaba siempre a moverla no estaba allí con el problema de los Difuntos y el corre corre de las flores y la gente que le remuerde la conciencia un día al año y van a limpiar las tumbas y ni siquiera pueden limpiarlas ellos mismos sino que tienen que llamar al

hombre para que se las limpie, y luego esa muchachería de que se llena el cementerio para ganarse ese día la peseta trayendo agua en las latas para los jarrones y quitándole la peseta al pobre hombre que ése es el único día que puede ganarse algo, porque a veces no tienen ni que comer porque él no es empleado del cementerio y yo a veces cuando voy y no lo veo le dejo caramelos sobre las tumbas para los hijos.

Y entonces me encontré al hombre que estaba de lo más sudado con el apuro de la gente que quiere poner todas las flores al mismo tiempo para irse pronto, y le pregunté que si ya me había colocado el libro abierto de mármol sobre la bóveda y me dijo que sí que me lo había puesto el día anterior porque sabía que yo venía y que ese día iba a tener mucho trabajo y no iba a poder ponérmelo, y me puse de lo más contento porque ya tenía mi bóveda y después que le pagué le pregunté que si había visto a mi tía porque mi tía sabe que yo estoy viniendo aquí muy seguido desde que compramos la bóveda y a veces viene la pobre y el hombre me dijo no, la que está ahí no es su tía es su mamá.



FINI

Rogelio Llopis



MAMI se ha casado tres veces. Hace como medio año

que se casó con su último marido. Como Onelio es mi padrastro yo tengo que quererlo. Papi fue el segundo marido de mami. Aunque no es mi verdadero padre yo lo quiero mucho más que a Onelio y también mucho más que a mi padre. Por eso todavía le digo papi. Su verdadero nombre es Alberto. Mami le decía Titico. Y él a ella le puso Titica. Mami y Onelio llevaron dos meses de relaciones antes de casarse; pero no se conocían cuando ella se divorció de papi. Yo me paso la mayor parte del año interna en un colegio de monjas. Por esta razón y porque él se fue para Nueva York al mes de estar casado con mami, no he visto a Onelio más que unas cuantas veces. Yo estoy segura que mami no lo quiere a él tanto como quiso a papi.

Papi es abogado y mucha gente le dice "el doctor". Ni Onelio ni mi verdadero padre son abogados. Yo creo que los dos trabajan en oficinas. Ni tampoco tienen automóvil con chofer, como lo tiene papi. Yo no sé por qué mami se divorció de él. No creo que haya sido porque él se portara mal con ella. Mami dice que fue porque él es muy majadero y porque de buenas a primera no quiso darle más dinero ni pagar el alquiler del apartamento. En cambio a mí me regalaba, y todavía de vez en cuando me regala, vestidos y zapatos; sobre todo el día de mi Santo y de mi cumpleaños. Y mami dice que mientras papi estuvo casado con ella nunca dejó de pagar el colegio de monjas donde yo estudio. Ella dice que él siempre fue mejor padre que esposo.

Papi ya había estado casado antes de casarse con mami. El tiene dos hijas de su primer matrimonio. La mamá de estas muchachas se volvió a casar al poco tiempo de divor-

ciarse de papi. Dicen las malas lenguas que ella no lo quería y que él es fatal en amores. Las hijas verdaderas de papi ya son señoritas. La mayor me lleva a mí ocho años. Hace poco cumplió los dieciocho y su mamá, que tiene una hija y un hijo menores con su segundo esposo, le dió una fiesta en la casa de Miramar donde viven. En la crónica social de los periódicos salieron fotografías de la fiesta. En una fotografía salió papi besando en la frente a su hija verdadera. Se destacaba mucho entre el grupo de muchachas a su alrededor porque él es muy alto y muy derecho. Y también lucía más joven porque las canas que tiene en el pelo y las arrugas que tiene en la cara no salieron en la fotografía.

El matrimonio entre mami y mi verdadero padre duró muy poco. Ellos eran demasiado jóvenes cuando se casaron; sobre todo ella que no había cumplido los diecisiete. Mucha gente dice que no parece madre mía porque cuesta trabajo creer que una mujer tan joven como ella pueda tener una hija tan crecida como yo. Cuando salimos las dos juntas por la calle no hay hombre que no vuelva la cabeza para ver pasar a mami. Papi siempre le tenía el tocador lleno de perfumes franceses. Mami dice que él la acostumbó mal porque ahora no puede usar estos perfumes tan caros.

Mi verdadero padre vive en Nueva York. Yo tenía unos meses de nacida cuando él y mami se divorciaron. Casi no me acuerdo de él, pues desde que tengo uso de razón lo he visto una sola vez en mi vida. Sé que se llama Ernesto, que se volvió a casar y que tiene un hijo varón con su actual esposa. Las veces que él ha estado en La Habana le ha pedido permiso a mami para venirme a ver; pero ella, después que se casó con papi, nunca permitió que mi padre verdadero me viera. Delante de mí le decía a papi que no me dejaba ver a Ernesto porque no me convenía, siendo yo tan niña, querer a más de un padre. Mami no quería que a mí se me creara una confusión; o como ella le decía a papi, un "complejo".

No sé lo que pasó entre mami y papi; no me explico por qué si se querían tanto se divorciaron. Ellos llevaban mucho tiempo de casados. Yo le vengo diciendo "papi" a papi casi desde que aprendí a hablar. Me enteré que se iban a divorciar durante las vacaciones de semana santa del año

pasado. La puerta que comunicaba mi cuarto con el de mami estaba entreabierta y pude oír la pregunta que Ana, la mejor amiga de mami, le hizo a mami.

—Alberto me acaba de decir que ustedes se van a divorciar. ¡Hilda! ¿No me digas que se enteró?

Mami, entre sollozos, contestó:

—Sí, sí. Lo sabe todo. ¡Espérate! No sigas hablando que me parece que Fini está en su cuarto.

Oí acercarse a la puerta los pasos de mami y en ese mismo momento Ana le hizo otra pregunta.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé, chica. ¡Imagínate lo que me espera ahora!

No sé qué otras cosas se dijeron porque mami abrió la puerta y me mandó a la cocina a pedirle a la criada que me preparara la merienda. Ana y mami se llevan muy bien y se quieren mucho. Mami la prefiere a sus demás amigas porque dice que Ana sabe ser discreta. Pero papi siempre evitó tener que ver con ella; unos días antes del divorcio le dijo a mami que Ana era una alcahueta. Desde el principio de su amistad con mami ella parece haberse dado cuenta que papi le sacaba el cuerpo. “Tu marido me masca pero no me traga”.

Hace unas semanas yo me vine a enterar que una vez —cuando esto mami y papi eran muy felices— estando mami en Miami, donde iba a comprar ropa, Ana la llamó por larga distancia para decirle que dentro de unas cuantas horas papi tomaría un avión rumbo a Miami en viaje de negocios. Ese mismo día, temprano por la mañana, antes de hacer la llamada a Miami, Ana había llamado a casa creyendo que ya mami estaba de regreso en La Habana; pero la criada le dijo que mami todavía no había llegado y que papi salía para Miami a las tres de la tarde. Papi no pudo darle a mami la sorpresa de encontrarse con ella en Miami porque mucho antes de que anocheciera ya mami estaba de regreso en La Habana. Ana no se cansa de decir que nadie en el mundo la ha tratado tan bien como mami. Cada vez que su hijo de seis años se enferma, que según Onelio es “flaco, feo y fañoso como la madre”, mami le da dinero a Ana para que compre las medicinas que el médico le receta al niño. Ana se pone los vestidos viejos de mami adaptándo-

los a su cuerpo; pero los zapatos le están demasiado grandes. Con lo que gana su marido en Obras Públicas no les queda más remedio que vivir en un cuarto que está por la calle Campanario.

Después del divorcio, mami montó una casa de huéspedes en el Vedado. Es donde ahora vivimos y donde mami conoció a Onelio. La mamá de mami, mi abuelita, vino a vivir con nosotras porque mami anda en la calle la mayor parte del día y necesita que abuelita le atienda la casa. Abuelita vive sola en un solar de La Habana vieja; digo vive, en vez que vivió, porque ella sigue pagando el alquiler de su cuarto. Lo ha seguido pagando por si acaso se pelea con mami y tiene que volver a vivir en el cuarto. Abuelita enviudó y todos sus hijos, mami y mi tía y tío, están casados. Cuando Onelio se mudó en la casa de huéspedes estudiaba ciencias comerciales en la universidad; pero al poco tiempo de vivir aquí perdió su empleo y tuvo que dejar sus estudios. Mami quiere irse a vivir conmigo a Nueva York. Ella espera que Onelio nos mande a buscar en cualquier momento y se mortifica mucho porque desde que él se fue, hace cinco meses, todavía no le ha escrito. Abuelita habla muy mal de Onelio; dice que él le ha causado muchos gastos a mami. Y también dice que ahora que él debe estar ganando buen dinero en Nueva York no quiere echarse encima los problemas de mami. De acuerdo con abuelita fue mami, y no él, quien puso todo el dinero para la boda y la luna de miel. Y como si esto fuera poco, también según abuelita, mami le pagó a Onelio el viaje a Nueva York.

Onelio no es tan alto como papi. Debe ser de la misma edad que mami; pero sin el bigote luciría más joven que ella. Tiene el pelo muy negro. “Lo tiene del color de las alas de un cuervo” —le he oído decir a mami muchas veces. Y, ahora abuelita a cada rato le dice a mami: “Cría cuervo y te sacaré los ojos”. Los ojos de Onelio son los ojos más negros que yo he visto. Pero cuesta trabajo saber que son tan negros, porque él no mira de frente cuando habla. Mami dice que él tiene la piel de la cara tan suave y rosada como la de un niño recién nacido. Pero por lo demás parece un hombre hecho y derecho, pues hasta le gusta fumar tabaco. A mí me gusta verlo fumando porque tiene las manos muy

bonitas y coge el tabaco con mucho cuidado, como si fuera de cristal y corriera peligro de romperse entre sus dedos. Ningún miembro de su familia, que vive en Niquero, estuvo en la boda. El se disculpó diciendo que sus padres son muy viejitos, y que por esta razón no les hubiera asentado venir a La Habana.

Dentro de unas semanas comenzará el nuevo curso y yo volveré al colegio de las monjitas como alumna interna. Este verano he pasado unas vacaciones muy tristes. Sin embargo me parece que echaré de menos oír sonar tan a menudo el timbre del teléfono. Aquí suena más de veinte veces al día. Abuelita y mami me han prohibido contestar el teléfono. Siempre que yo lo contestaba salía una voz de hombre preguntando por mami. Y nunca la voz era la misma. Mami debe tener muchos enamorados. Abuelita quiere que ella se divorcie de Onelio. Ellas dos discuten mucho.

—A ti los golpes no te enseñan—le dice a mami.

—Con Alberto te pasó lo mismo que con Ernesto. Y Onelio se valió de ti para irse de Cuba porque aquí no tenía trabajo ni dinero. Ni siquiera les avisó a sus padres que se iba a casar.

Y mami responde en voz baja que Onelio es un hombre decente y que se casó con él por cambiar de vida y para darme a mí un padre bueno. Yo le rezo a Dios todas las noches porque mami y papi se vuelvan a casar y vivamos los tres juntos otra vez. Por eso es que llevo cuenta de todo lo que abuelita y mami dicen. Cuando ellas hablan a solas se creen que yo estoy lejos y no las puedo oír. Pero yo escucho lo que ellas hablan desde fuera de la casa. El cuarto de mami está en la planta baja y tiene una vetana que da al fondo de la casa. Y yo, sin tenerme que agachar, porque la ventana es alta, me pego a la pared y desde allí oigo muchas de las conversaciones entre mami y abuelita. Pero no me explico la mayor parte de las cosas que ellas hablan. Por ejemplo, mami dijo que le había hecho creer a Onelio que la casa de huéspedes era todo con lo que ella contaba para ganarse la vida; y que si él hubiera sabido la verdad no se habría casado con ella. También le oí decir que Onelio es un muchacho sano que sabe poco de la vida; pero que no quiere responsabilidades ni está muy enamorado de ella. Yo

no pierdo la esperanza de que mami y papi vuelvan a casarse, porque ella le habla a abuelita muy bien de papi.

Cuando mami y papi vivían juntos, a mí no me gustaba el colegio porque siempre quería estar con ellos. Pero ahora cuando vuelva me parece que va a gustarme. A mami la casa de huéspedes y los otros negocios que tiene le dejan mucho dinero. Mami compra en las mejores tiendas de La Habana. Cuando ella y yo vamos de compra ella escoge para mí tres y hasta cuatro vestidos a la vez. Abuelita dice que a mami le conviene divorciarse de Onelio y no volverse a casar, porque como casada nunca podrá ganar el dinero que hoy gana y que seguirá ganando una vez que se divorcie. Yo no sé si mami quiere de verdad a Onelio. Ella tiene un enamorado que dos o tres veces a la semana la visita por la noche y la saca a pasar en su automóvil. Cuando el enamorado de mami llega, yo digo que tengo sueño y subo a mi cuarto a dormir. Pero en vez de acostarme en seguida me pongo a rezar arrodillada al pie de la cama; en la pared, sobre la cabecera, cuelga un crucifijo al que yo no le quito la vista mientras rezo. No me canso de pedirle a Dios lo mismo. Yo sé que el día menos pensado Dios me escuchará y entonces mami, papi y yo volveremos a estar juntos y los tres seremos felices como antes.

1 9 5 8.



¡CREALO O NO LO CREA!

Edmundo Desnoes



EN el Norte me pasaron muchas cosas. Cuatro años trabajando en "La Prensa" de Nueva York bastan para llevar a cualquiera al suicidio. Cuando me pongo a pensar en las cosas que me pasaron está siempre ahí el viejito Javier Pereira.

En algunas de las fotos parecía un chimpancé y en otras un feto. Todavía conservo tres. Es una de las pocas cosas que traje conmigo cuando regresé a Cuba.

El Jefe de Redacción insistió en que fuera a entrevistar al hombre más viejo del mundo. Ese era Pereira. Una expedición de "Ripley's Believe It or Not!", acababa de descubrirlo en los Andes colombianos.

Cuando llegamos al Hotel Manhattan Towers estaban pelando a Javier Pereira. Estaba embobado mientras el barbero le pasaba la maquinita suavemente por la nuca. El viejo tenía la cabeza apoyada en la toalla que le habían puesto sobre los hombros. Parecía un mono inmovilizado mientras el barbero le mataba las pulgas.

Dos periodistas neoyorquinos esperaban impacientes a que saliera el empresario de Pereira. Por una puerta entreabierta vimos a dos hombres comiendo en la habitación.

Una enfermera uniformada y tiesa daba vueltas por la "suite". Probablemente para impresionar. Para darle un aire científico al asunto. Esa noche iban a presentar al viejo colombiano por la televisión. Todo Estados Unidos lo vería desde casas y bares.

Emilio —el puertorriqueño que me acompañaba— tomó varias fotos y el barbero preguntó si podíamos venderle una:

—“It’s just what I was looking for. A wonderful conversation piece”. Es el tipo de cosas que me gusta poner en un marco y colgar en la barbería... Para los clientes, usted sabe.

El barbero le quitó la toalla y la sacudió en una esquina del salón.

La enfermera se apareció con una taza de café y se la puso en las manos al viejo. Pereira comenzó a tomar el café mecánicamente, derramándose un poco sobre la ancha corbata que le llegaba hasta la bragueta del pantalón.

—“Take him drinking coffee” —dijo el empresario entrando en el salón con una servilleta en la mano—. Aunque no lo crean el viejo se ha criado tomando café toda su vida. ¿Ustedes no sabían eso? Tomando café colombiano. “It’s the best coffee in the world”.

El viejo continuaba tomando el café mecánicamente. Como no tenía dientes silbaba cada vez que sorbía un buchito. Emilio se agachó y le tomó otra plancha. Emilio no pensaba, sólo hacía lo que le mandaban. Así se llevaba bien con todo el mundo.

—El viejo está fuerte como un toro —dijo el empresario limpiándose la boca carnosa con la servilleta blanca y almidonada. Llevaba un traje brillante de seda italiana. El empresario no sabía qué hacer con la servilleta. Abrió la gaveta de la mesa debajo de un espejo inmenso y la escondió. Cerró la gaveta de un empujón.

El viejo continuaba tomando café y mirando al empresario.

—“Poor thing”... Uno pensaría que lo tendrían a una dieta especial. Papilla para bebidos y eso —dijo una muchacha rubia que acababa de entrar de la calle. “Seguro que está a dieta”, pensé mirándola de arriba a abajo.

—No se dejen engañar —dijo el empresario sacando un palillo de dientes del bolsillo y metiéndoselo en la boca—, es más fuerte que un toro. Come de todo. No lo han visto todavía comiendo un helado...

Aseguraba que Javier Pereira tenía 166 años. Un equipo de médicos de City Hospital acababa de hacerle un chequeo

general esa mañana y había declarado que indudablemente el viejo tenía más de 150 años.

Emilio se sentó en una silla con los ojos en blanco esperando que le dijera qué más tenía que fotografiar.

Llegaron otros dos fotógrafos y comenzaron a iluminar la habitación con explosiones de luz. El viejo se levantó colérico y trató de castigar al fotógrafo que se echó hacia atrás antes de que lo agarrara. El viejo siguió manoteando en el aire.

—Cabrones, no me saquen más fotos, coño.

—“What does he say?” —preguntaron los periodistas.

—“He speaks maquiritare” —dijo el empresario—, es un dialecto indígena casi desconocido, pero hemos traído con nosotros a un intérprete, el doctor Gerard. El doctor Gerard lleva años estudiando las lenguas indígenas de Colombia.

Desmentir al empresario hubiere sido una profanación.

El doctor Gerard, un hombre de mediana edad apretando la picadura de su pipa con el pulgar, se acercó al grupo. Antes de hablar el lingüista apagó un fósforo en el aire. El empresario le hacía señas en su impaciencia. Gerard chupó varias veces de la pipa:

—“He says that only the sun can shine like that on his face”. Los indios de esa región adoran al sol por encima de todas las cosas.

Mientras el empresario y el doctor Gerard hablaban con los periodistas neoyorquinos en una esquina del salón, me acerqué al viejo y le pregunté si no extrañaba a Colombia.

—Cuando yo estuve en Cartagena yo ví una vista. ¡Que vista!

El viejo movió las manos en el aire como tratando de borrar la realidad para recrear el paisaje de Cartagena.

—Yo tengo mucha plata —dijo golpeándose el bolsillo del saco.

Sacó una cartera de imitación de cuero y me enseñó unos cuantos pesos colombianos y un billete de cinco dólares.

—Las fotos no sirven... No se puede comprar nada con las fotos. Yo tengo mucha plata.

Se volvió a guardar la cartera en el saco.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí? —le pregunté por preguntarle algo. Nunca se me ocurre preguntar nada inteligente en las entrevistas.

—Hace dos meses que estoy aquí. . . mañana me voy.

El empresario había informado que el viejo hacía sólo dos días que estaba en Nueva York. Iba a recorrer el país antes de regresar a Colombia.

El empresario se acercó a nosotros. Se le había ocurrido que era una buena idea fotografiar al viejo junto a la rubia narizona.

—¡La belleza y la fealdad! —exclamó el empresario.

Al principio el viejo la rechazó. La empujó. Creía que la mujer quería quitarle el dinero. Se agarraba el bolsillo con la mano. Por fin accedió.

—“He’s so cute” —repetía ella para convencerlo.

El viejo le puso el brazo por la cintura y la mujer sonrió. Lo besó en la mejilla. En ese momento los ojos me empezaron a dar punzadas por la venenosa brillantez de las cámaras.

—¡Pónganmela en una cama! —gritó el viejo.

Emilio sonrió y luego se quedó muy serio.

Separaron a la pareja y el viejo comenzó a dar vueltas por la habitación:

—Yo me voy de aquí. . .

Esa tarde, recuerdo bien, no regresé a la oficina del periódico. Me fuí a caminar por el Parque Central. Me habían invitado para que fuera esa noche al estudio de televisión y viera al viejo ante las cámaras. Tres mil dólares por lo menos le sacaría el empresario a los productores del programa. No fuí. No tenía estómago para verlo de nuevo tomando café a la fuerza. . . rodeado de gente que vivían a más de seis mil kilómetros de los Andes.

Emilio le regaló el reloj que llevaba. Nunca llegué a preguntarle porqué. No era por el reloj, porque el reloj no valía mucho.

Antes de entregar mi artículo en la redacción leí en un periódico de la tarde que un abogado colombiano iba a ponerle una demanda a la compañía de “Ripley’s”. Había un

hombre en Medellín que aseguraba que el viejo le pertenecía porque él lo había descubierto. Eso me dió una buena idea para el título del artículo: “¿De quién es el viejo?” Por fin apareció con este otro encabezamiento: “166 años tomando café y todavía le gustan las rubias”.

Esa es una de las cosas que recuerdo mejor de mis cuatro años en Nueva York.

Pereira murió unos meses después de su regreso a Colombia. Murió y lo enterraron y hasta hay un sello de correo con el perfil del viejo.

1957



LA SUERTE
ESTA ECHADA

Andrés Moreno



MAÑANA, cuando los relojes den las tres de la tarde, comenzaré a caminar el emboscado sendero del matrimonio. Siguiendo una vieja costumbre, anterior a la época en que los dependientes de bodega ganaban diez pesos al mes más la fuma y el pan con guayaba, voy a dar al César lo suyo y a Dios el resto. Es decir, a las tres de la tarde, en traje de calle, deportivamente, ante el Código Civil, ella y yo nos pondremos temporalmente de acuerdo. Tres horas más tarde, sin contar las demoras, el calor y los fotógrafos, a la luz de los cirios —Julietta es muy romántica— recibiré en teoría sagrados derechos de señor sobre “el jardín cerrado”, que estará junto a mí. Estoy pues, en vísperas de entregar a la historia los restos ardientes de mi vida de soltero.

Sin que la filosofía sea mi negocio, no oculto que esta circunstancia me inspira ideas peregrinas y sentimientos encontrados. ¿Por qué me caso? ¿Acaso no vivo con la regularidad de los días: contabilidad, casa de huéspedes, cerveza, faldas, cerveza, faldas? ¿Para qué yo quiero comprar una vaca si la puedo ordeñar por la cerca? Y si quiero un cuerpo, porque me gusta ahora, ¿cómo podré mañana querer otro cuerpo en una persona que ni siquiera es ya la misma? Decididamente la filosofía le deja la existencia lista a cualquiera.

Me preocupa tanto el futuro espiritual de mi futura compañera como su ser físico. ¿Será cómo su madre? ¿No habrá la posibilidad de que por casualidad sea sorpresivamente distinta? Estos pensamientos me tienen muy embromado. He interrogado a Julieta en todas las formas imaginables: con omisiones y con expresiones; con la mirada directa, in-

directa y oblicua; con la práctica, la verdad, la mentira y la mentirita. La respuesta viene monorrítmica: me quiere porque me quiere. Y si la preciso más se arrebató: "Antonio o la Muerte", exclama. No hay por dónde cogerla.

Un atardecer, endomingado y acaramelado, me le aparecí con un pequeño regalo, un gatico, un regalito vivo y problemático para probar el carácter y trato de mi Julieta. Jugué a la ley del encaje en la conducta humana: "como trate al gato así me tratará". Debo aclarar, por el buen gusto y las malas intenciones, que los gatos no son mis animales preferidos. Ella lo recibió con sonrisa de Mona Lisa que, pensándolo bien, me pareció bastante felina. ¿Y el gato? "Bien, gracias" ¿Cómo lo tratará realmente? ¿Estará actuando Julieta como de costumbre? El minino, ajeno al experimento y con siete vidas por delante, me da muy poca información al respecto. ¿Habrà naufragio? Los divorciados que piensan no divorciarse afirman que el amor muere infantilmente en el lecho. Añadiremos que los adultos modernos no están más de ocho horas al día en la cama. Mañana la vida se me habrá partido en formas impresionantes: seremos un cuerpo con dos cabezas distintas ya que mi novia, perdonen la omisión, es mecanógrafa profesional: 150 palabras por minuto, sin parar. Pero me caso, la rutina vence a la suspicacia. Sereno, con la tranquilidad propia del hombre cercano al compromiso. Sé que haré un buen papel, tengo la costumbre de guardar la forma. Solemnemente los invito a que me acompañen en esta hora cero de mi vida. Les aseguro que la pasarán muy bien porque conociendo como conozco a mi querida suegra sé que el recibo será delicioso y comunicativo. Además, habrá lista de invitados para la Crónica Social. Como dijo Napoleón "la suerte está echada".

1958



EL BASTON

Lisandro Otero



MI nombre es Dominicio Sotomayor. Yo no estoy conforme con él. Es una de las muchas cosas con las que no estoy conforme. Estoy contando esto por desahogarme. Las cosas han llegado a un extremo tal que uno no puede vivir sin tener a alguien, aunque sea un papel para confesar.

La historia de mi infortunio comenzó hace tiempo. En mi pueblo todos mis amigos querían algo. Cada uno sabía bien lo que buscaba y trataba de conseguirlo. Yo, no. Yo no sabía nada y prefería ir al cine.

Teníamos por ejemplo a Polito Amengual. Quería ser Alcalde. Gran ambición la suya pero merecida si la alcanzaba. De niño, Polito le robaba las gallinas al señor Antón que las tenía en un patio aldeaño al de los de Amengual. De muchachón, Polito hacía los mandados de Catana, la señora de "Churre", se las arreglaba para quedarse con los cambios y tenía tanto por ciento en la bodega. Cuando jugaba al póker siempre llevaba un as en la media; si se jugaba al cubilete, llevaba los dados cargados. Se dice que el viaje suyo con "Boniato" Sánchez a La Habana hace dos años, fue para meterle el timo de la guitarra a tres o cuatro. De ahí fue donde sacaron el dinero para poner el garito. Ultimamente Polito iba por la noche al depósito de cadáveres del cementerio y con una tenaza les sacaba las muelas de oro a los muertos y les quitaba las sortijas y todo se lo vendía a un joyero de Báguanos.

Como se ve la vocación política de Polito ha sido temprana y definida. Casi siempre puede vérselo en los portales del Ayuntamiento, repartiendo sonrisas o tratando de escuchar las conversaciones de los concejales. También va por el par-

que preguntando a todos por su familia aunque no tengan, como aquella vez que le preguntó al señor Sorrón por su señora que había muerto hacía un mes.

La mayor gloria de Polito es ser recibido por el Alcalde. Entonces paga rondas de tragos en el café y se pasea por el pueblo contando lo que habló con el viejo Guaricandilla, porque en el pueblo todos llaman al alcalde Benito Guaricandilla. Todos menos Polito; él dice don Benito: "Don Benito me dijo, yo le dije a don Benito". Sí, ese muchacho llegará lejos.

Tenemos a Pepe Rubio. Pepe quiere hacer dinero. A los trece años iba por los barrios regalando a los fiñes un silbato por cada cinco botellas de refrescos que le daban. Más tarde se consiguió un carretón, que tiraba él mismo, y se iba por las casas vendiendo agua que sacaba de la fuente del pueblo. Pepe ha prosperado mucho; ahora tiene varios negocitos. Durante el día se va por las colonias de caña con un maletón lleno de ropa que vende a plazos a los guajiros. Al atardecer abre un quiosco donde vende fritas, papas rellenas, minutas empanizadas y croquetas. El quiosco está mal situado. Si lo pusiera cerca del parque ganaría más. Yo sé por qué Pepe Rubio tiene el negocio tan lejos: quiere hacer vida social. Cuando las hijas de Isidro, el Buey de Oro, pasan cerca del quiosco Pepe se esconde. Yo lo he visto. A veces se agacha y finge que está buscando algo. Otras, corre hasta un portal y se queda allí hasta que han pasado las muchachas. Pepe se consideraría muy feliz si Isidro lo invitara a su casa, pero ese día no ha llegado y él se consume esperando el momento en que entrará en la sala del Buey de Oro. Mientras tanto sigue guardando dinero.

También tenemos a Manolito Osuna. Manolito hace versos. Los sábados por la noche tiene un compromiso ineludible: ir a casa de Elías, el presidente del Liceo. Elías fue poeta. En su juventud le publicaron varios poemas en una revista de la capital. Una vez ganó unos juegos florales y le dieron un almuerzo homenaje a uno veinte el cubierto, amenizado por el Conjunto de Cheín y sus Trovadores Tropicales. Me acuerdo bien; fue en el salón de actos del Ayuntamiento. Se comió entremés, arroz con pollo, tocino del cielo, cerveza, pan y café. De sobremesa, mientras la gente hacía bolitas con las migajas de pan y las tiraban de un

puesto a otro, Elías dijo unas palabras muy bonitas y Benito Guardicandilla, el alcalde, habló del honor del pueblo.

Ahora hay que contar con Elías para cualquier cosa que sea literatura. Hasta el señor Gallardo, director de "La Gaceta", le consulta a veces. Manolito sabe todo esto y aspira a suceder a Elías. Va a su casa, le enseña sus poemas que Elías lee con displicencia y al final de la visita le repite siempre el mismo consejo: "Sigue, sigue, aún te falta mucho, tienes que pulirte, yo pasé tiempo y mucho trabajo, quizás llegues a ser tan bueno como yo (esto a pesar de que Elías sólo publicó un folleto de versos y hace veintidós años que no escribe una línea. Mejor dicho escribe una línea, pero en el libro de registro agropecuario de Báguanos, donde trabaja de escribiente). Después de recibir estos consejos Manolito Osuna vuelve a su cuarto y compone sonetos hasta la madrugada.

Manolito también ronda al señor Gallardo y escribe artículos sobres las costumbres del pueblo que le publican en la página cuatro de "La Gaceta". Elías dice que eso es dispersarse y que por ahí no se llega, pero Manolito no puede resistirse al halago. Sus mejores momentos los pasa cuando en el café le hablan de sus escritos o cuando en un baile una muchacha le ofrece un abanico para que le dedique una cuarteta. Manolito, y esto es lo peor, hace los recados de casa del señor Elías y del señor Gallardo. Cuando alguien le dice que esto es arrastrarse, él contesta que todo es cuestión de nombres y que él lo llama estrategia. Ese es Manolito Osuna.

Pues bien, señores, junto a tanto muchacho talentoso con ambiciones y futuro, qué seré yo sino un sinseso. Las madres me consideran un mal partido y las muchachas no me encuentran atractivos. Yo, mientras tanto, voy al cine y las tardes las dedico a caminar por las afueras del pueblo. A veces me quedo junto a mi madre, viéndola coser. Me siento en el sillón grande que tiene el respaldo adornado con un tapete y miro por la ventana hacia los campos cubiertos de caña amarilla mientras va oscureciendo. Los domingos, mi padre me deja poner el gramófono del abuelo y paso un buen rato oyendo valsos y barcarolas. Quizás lo único que me interesa sea eso, el pasado. Me gusta pensar en otras épocas más amables, de quitrines y sombrillas de

encajes en que la gente se apasionaba por la última zarzuela y se leían revistas que venían de París y no existían muchos como Polito, Pepe y Manolito. En el álbum de cuero rojo donde están los retratos de mis abuelos, está el germen de mi obsesión. Porque yo, señores, al fin llegué a tener una obsesión, causa de mi actual desventura.

Mirando una foto de mi abuelo, Diego, al que yo siempre había admirado por su porte, donaire y lozanía, encontré el secreto de su ligera elegancia: el bastón. Sí aquellos bigotes delgados con las guías hacia arriba algo lo ayudaban, y el dril cien bien lavado y almidonado y la leopoldina de oro en el chaleco rematada con una medalla de esmalte y los zapatos brillantes y el sombrero de pajilla ladeado; pero era el bastón el que daba sentido y prestancia a todo aquello: una delgada caña con una fina capa de barniz y empuñadura de plata martillada. Desde ese momento quise tener un bastón.

Durante mucho tiempo guardé en secreto mi ambición. Cuando veía en la calle a algún anciano apoyándose en un largo cilindro de madera, mis ojos se iban tras él. He llegado a envidiar, triste es confesarlo, hasta a los ciegos que tanteaban las calles con el bastón blanco. Mi sueño reprimido fue convirtiéndose en una mala víbora. Me sentía envenenado, afiebrado. Un día confesé a mi madre mi secreto. Ella me preguntó sin mirarme, mientras cambiaba una cazuela de hornilla ¿“Un bastón? ¿Para qué?”. Comprendí que era inútil cualquier explicación.

Fue en las Navidades del año pasado, hace apenas tres meses, cuando decidí liberarme. Mi padre me había enviado con un recado a la notaría de Soler, en el pueblo de Báguaños, que, como se sabe, es mayor que el nuestro. Tomé el tren de la mañana; hora y media más tarde había terminado mi misión. Hasta el mediodía no pasaba un tren de regreso de manera que me vi con dos largas horas vacías por delante. Me fuí a pasear por las calles del pueblo mirando alternativamente los escaparates y las gentes. Al llegar frente a la paragüería de la calle principal, lo ví. Era un bastón grueso, de madera pulida y color oscuro, con el mango forrado de cuero. En realidad no tenía la leve elegancia del bastón de mi abuelo Diego, pero era un bastón al fin. No

pensé mucho, entré y unos minutos más tarde estaba en la calle con el bastón en la mano.

Sólo Dios sabe lo feliz que fui en aquellas dos horas que a mí me parecieron dos gotas de tiempo. Caminé a lo largo de la calle principal con mi preciada pieza. Lo hacía dar vueltas como un molinete, lo apoyaba en el suelo, señalaba cosas con él, lo tomaba por el mango y lo hacía girar trazando circunferencias con la punta. Con una mano en un bolsillo, el andar pausado y mi bastón me sentía la reencarnación de mi abuelo Diego. Al mediodía fui de nuevo a la paraguitería y le rogué al buen hombre que me lo envolviese bien. Cuando tomé el tren de vuelta aun me sentía feliz.

Mi calvario comenzó en mi pueblo. Me bajé en la estación y me fui escurriendo por los portales como un presidiario que vuelve de cumplir su condena o una ramera vieja y arruinada que retorna a su familia. Papá no estaba en casa y mamá, en la cocina, no notó mi llegada. Guardé el bastón bien envuelto sobre mi escaparate. Cuando llegó mi padre me preguntó si había cumplido mi encargo y le contesté que sí. No hablé a nadie de mi osadía.

Por la tarde me senté en el portal y mientras sentía la brisa batiendo sobre mi rostro estuve pensando. Ahora me sentía un poco tonto por lo que había hecho. ¿Qué necesidad tenía yo, sano y fuerte, de un bastón? Llegué a arrepentirme y consideré un derroche el dinero que había gastado. Esa noche fui al cine y, cosa rara en mí, me estuve paseando por el parque. Saludé a Antoñita que iba con Pepe Rubio, muy bien vestido. Tropecé con Manolito Osuna que se dirigía muy apresurado a la redacción de "La Gaceta". Vi de lejos a Polito Amengual sentado en el portal del ayuntamiento. Pues bien, aquello me dió valor.

Al día siguiente, muy temprano, me levanté, desenvolví el bastón y lo froté con un paño hasta dejarlo brillante. Después de desayunar salí por el traspatio, doblé por la calle Agramonte y me dirigí al parque. Al principio llevaba el bastón medio escondido junto a los pliegues del pantalón. A medida que caminaba me fui llenando de confianza y comencé a separar el bastón de mi cuerpo. Algunos me miraron pero yo atravesé el parque, caminé varias cuadras por el barrio de Casimba y salí del pueblo por el otro extremo. Vol-

ví a casa dando un rodeo por las afueras. Esa noche fuí al cine con el bastón y escuché algunos murmullos sin inquietarme. La película era buena.

Los próximos días fueron para mí una aventura que siempre he de recordar. La gente fue conociendo el hecho terrible: yo usaba bastón. Era algo que muchos no podían perdonar. En un pueblo como el nuestro hay ciertas cosas que no se toleran y salirse de la rutina es una de ellas. Primero usaron el desprecio: "Es un idiota"; "Nunca ha servido para nada y ahora eso"; "Yo sabía que acabaría así, pues sus padres son primos distantes". Si se hubieran limitado a eso me habría quedado tranquilo, pero al cabo de una semana la oposición creció, se tornó agresiva. Los niños dejaron de reírse y comenzaron a tirarme piedras.

El "Grupo de Damas Caritativas para Ayuda a los Enfermos del Hígado" hizo unas declaraciones públicas condenando "ciertas costumbres excéntricas que amenazaba la paz del pueblo y nuestras tradicionales buenas costumbres". Elías me negó la entrada en el Liceo y el señor Gallardo permitió que Manolito Osuna publicase en "La Gaceta" un artículo titulado "Los Bastones o el Arte de Ser Cretino" que fue favorablemente comentado. Las hijas de Isidro, el Buey de Oro, dieron un baile al que no fuí invitado. (No sé por qué mañas Pepe Rubio logró entrar. En aquellos días estaba feliz y era el único que no me atacaba).

Finalmente el alcalde Guaricandilla habló con papá que ardía de indignación y vergüenza. Papá amenazó con bostarme de la casa si no abandonaba mi estúpida manía. Una tarde mamá me llamó y me habló suavemente: "Mira, hijo, eso no te conduce a ninguna parte. Tu padre y yo sabemos que eres distinto y te permitimos algunas cosas pero esa bobería del bastón ya ha ido demasiado lejos". Yo me negué. Era la conciencia de mi ser que se expresaba, de mi noble y elegante ancestro, lo que me sostenía.

Las cosas llegaron a un extremo. Una noche fuí al cine como de costumbre y al pararme frente a la taquilla, la muchacha me dijo que no había asientos. Yo no comprendí entonces. Nuestro cine tiene más asientos, casi, que habitantes del pueblo y ponen una película distinta cada día. Cuando me alejé de la taquilla ví que siguieron vendiendo

entradas. Me di cuenta. Pero lo peor de todo ocurrió el día de Navidad. Después de cenar con mis padres, cena que transcurrió en un agrio silencio, salí al parque con mi bastón y me estuve paseando hasta la medianoche. Me fuí a la misa del Gallo y cuando llegué ya había empezado. Al entrar en la iglesia el cura Torres estaba diciendo el sermón. Al verme lo interrumpió y se quedó mirándome fijamente, como si no creyera lo que veía. Todo el mundo se volvió para mirarme. Al ver tantos ojos duros mi fortaleza flaqueó. Di unos pasos hacia atrás y medio que salí corriendo de la iglesia. Estuve caminando por el barrio de Casimba y al cruzar el puente de las afueras, sobre el río Báguanos, tiré el bastón.

Cuatro semanas más tarde ya se había olvidado el asunto, aunque alguno que otro aún me gastaba bromas a costa de aquello. Ese ha sido mi martirio que ahora escribo para desahogarme. Ya han pasado tres largos meses y yo añoro aún el peso del bastón en mi mano, la seguridad que me impartía, el aplomo y la nobleza de que me sentía revestido. Mi abuelo Diego de haber vivido nunca me habría perdonado.

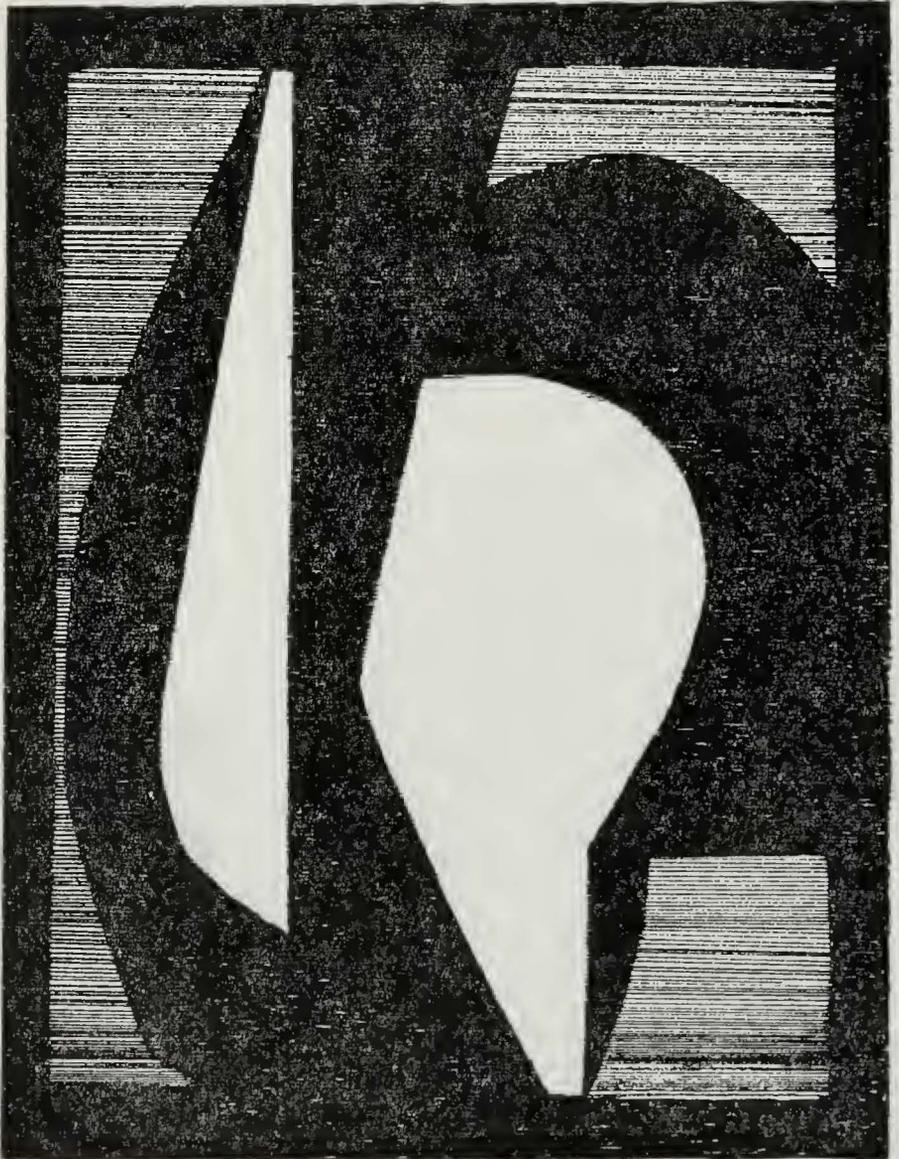
Al escribir las anteriores líneas he experimentado un nuevo sentimiento. Pepe Rubio sigue ahorrando dinero, ya tiene dos quioscos de fritas, ha puesto una quincalla y alterna con las hijas del Buey de Oro. Polito Amengual se ha postulado para concejal en las próximas elecciones y según los expertos es casi seguro que saldrá electo. Manolito Osuna ayuda al señor Gallardo en la redacción de editoriales y la gente comienza a verlo como el futuro presidente del Liceo. ¿Voy a permitir el menosprecio de esta gente que desconoce la leve elegancia de mi abuelo Diego? ¿Voy a soportar en silencio que las damas del "Grupo Caritativo" no me saluden porque una vez cometí el pecado de ser original? ¿Seguiré siendo considerado un cualquiera sólo porque me gusta refugiarme en el pasado de los álbumes de fotografías y en las barcarolas de gramófono y en el cine de aventuras? No. Al Diablo con todos. El haber puesto en papel estas cosas ha servido para ayudarme a ordenar mis ideas. He comprendido mi debilidad. Desde hoy seré fuerte.

Voy a comprarme un bastón.



LA VICTIMA

Ambrosio Fornet



EL Tribunal dará un ejemplo conmigo. Dirá: “En uso de las facultades que nos han sido conferidas por la Constitución y las leyes...” —y uno no podrá evitar sentirse un poco respetable. Como en presencia de mi defensor: “Sírvasse usted notar...” “Como usted comprenderá...” Trato de dominarme, pero cuando me dice: “. . . si no, la defensa es imposible”, yo lo miro . . . y apenas puedo contener los deseos de mandarlo al diablo. Razones, lo que se dice razones, no tengo; a pesar de lo del examen psíquico, de que se aferra a ese recurso como un desesperado. Ayer lo admitió: “Diga usted lo que diga, “eso” no pudo ser hecho por una persona . . . quiero decir, en un estado de normalidad. Podríamos considerar la posibilidad de ese atenuante”!

Está desconcertado. Asume la defensa porque no tiene otra alternativa. Le respondí: “Si le da la gana de pensar que lo maté en un rapto de locura, allá usted, eso es asunto suyo. Ahora, no se engañe: lo maté en el único minuto de cordura que tuve en los últimos meses”. “¡Pero habrán circunstancias atenuantes! —arguyó—. El Tribunal las tendría en cuenta para aminorar la pena”. “Querrá usted decir —sentía la necesidad de hacerle daño— para aminorar “la condena”; no tienen por qué aminorar una “pena” que no siento”.

Entonces me miró y se enjugó el sudor de la frente. Juraría que pensó que yo era un cínico, una bestia. Pero no lo dijo. Si sintió deseos de escupirme a la cara, logró contener el impulso. Porque se limitó a decir: “Yo cumplo con un deber profesional. Gústele a usted o no, soy su defensor y voy a defenderlo”.

Es una bella persona; no es justo que se preocupe tanto. En su conciencia —como aseguraron los periódicos— él debe condenarme también. Mañana voy a hablarle sobre eso. ¡Uf! Es mejor que trate de dormir un poco. “Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre. . . .Hágase, señor, Tu voluntad, así en la Tierra. . . .” ¡Uf! La gente estará todavía mirando las vidrieras y cogiendo fresco. . . . ¡Hace un calor. . . !

Jóvenes abogados discurrían por los pasillos, algunos con la solemnidad de quienes están a punto de decidir el futuro de una vida que no es la propia. Un reloj eléctrico, al fondo, se rascaba con la punta de un segundero rojo. Con la urgencia de quienes no tienen nada específico que hacer y hacen, por hacer algo, hora. . . , iban y venían los ujieres, de uniformes descoloridos, botonaduras plateadas y sendos escudos de la República en las solapas. La pareja que lo custodiaba se detuvo ante una puerta cerrada. “Oficina de la Defensa” —decía una placa metálica junto a la jamba. Gritó uno: “¿No ha llegado el abogado defensor?”. “¿De qué caso?” —preguntó, a su vez, un ujier que pasaba cerca. El policía le extendió un pliego timbrado. El ujier leyó, miró al reo, terminó de leer. Dijo: “Sala Cuarta de lo Criminal —miró al reloj del fondo— Juicio a las nueve. El defensor no ha llegado todavía”.

Llegó poco después. Una perla engarzada al pasador resaltaba en su corbata oscura. El sintió un sobresalto. El abogado dió los buenos días, sacó una llave y la introdujo en la cerradura con precisión de esgrimista. “Puede dejarnos solos, sargento —dijo, al tiempo que abría una ventana—. Quiero ver si ultimamos los detalles”.

Había resuelto no participarle sus reflexiones de la noche anterior; pero murmuró, mientras el abogado desataba un legajo: “Quería decirle. . . .” “¿Eh?” —dijo, mirándolo fijamente, el abogado. “Quería decirle que. . . que creo que es usted una bella persona y. . . que no busque atenuantes. . . . No tiene que preocuparse tanto por mí”. El abogado sonrió y, palmeándole el hombro: “Animo, hombre, ánimo —dijo—, que. . . Pero, ¿qué le sucede? ¿Se siente mal? ¿Sargento! ¿Sargento!”.

La baba le colgaba de la comisura de los labios. Provocó —encorvándose repentinamente sobre el lavabo y sacando la lengua—, un nuevo vómito. Pero sólo un borborismo le recorrió el estómago vacío. Apoyó el brazo en el lavabo y reclinó la frente. Su rostro, un rostro de idiota, inexpresivo y fatigado, rehilaba en el fondo. A su espalda alguien dijo: “¿Se siente mejor?”. Era la misma voz. Sintió reanudarse las arqueadas: pero sólo le quedaban espasmos y vacío. En el fondo del lavabo, bajo el chorro que manaba de la canilla, vió “su” rostro: el rostro del abogado. Pero ahora sabía “de quién” era el rostro aquel. Repetía: “Vamos, hombre, vamos, que no...” Y el agua se arremolinaba en torno al sumidero, haciendo un murmullo de la voz y trizando su imagen.

Del atuendo impecable del alcalde, que se había acodado al escritorio, sobresalían los puños y el cuello de la camisa, almidonados. Al verlo entrar no se percató de su desasosiego. O aparentó no percatarse. Porque contestó que era un compromiso ineludible y recalcó la última palabra. El había penetrado en su despacho exigiendo una respuesta, y esa fue la respuesta. El alcalde añadió:

—De alguna parte había que sacar el dinero para la campaña, ¿no? Me costó una fortuna y yo no tengo Centrales.

—Pero... —balbuceó él— ¿y nuestro empeño por dar...?

El alcalde frunció el ceño y levantó la mano.

—Durante la campaña —su voz tenía un dejo de fatiga— tú pensaste lo que podría hacerse desde el poder, no lo que había que hacer para alcanzarlo. Pues bien: el nuestro es un pueblo políticamente ineducado, yo soy realista. “Había” que gastarse la plata. Eso fue todo.

El intentó decirse que tal descarga de realidad no podía sobrevenir en la realidad, que quizá no había comprendido. Pero, pasándose la mano por la frente...

—En resumen, que no...

—Francamente, no —dijo el alcalde—. No por ahora.

—¡Ni ahora, ni nunca! ¡Porque beneficia al pueblo! ¡Porque impide que esos...!

—Calma, chico. La política...

—Ya veo —rugió él—. Es una porquería!

—Vamos, hombre, vamos —dijo el alcalde, acercándose y dándole una palmadita en el hombro—. ¡Que no es para tanto!

Fue entonces cuando metió la mano en el bolsillo, dió dos pasos atrás y contrajo el índice. Lo vió caer. Miró el cuerpo, el revólver, el vacío abierto en torno al brutal estampido, y salió a la calle. Minutos después, al paso de los camilleros, los curiosos se llevaban la mano a la boca: la mancha en la camisa de la víctima semejaba una rosa de innumerables pétalos oscuros. . .

—¿Se siente mejor? —insistió la voz a sus espaldas.

—Sí —dijo él, sacudiendo la cabeza y cerrando el grifo del lavabo—. No ha sido nada. Parece que el desayuno me cayó un poco mal.

—Es el natural nerviosismo —comentó el abogado, con ese tono de seguridad que a veces asumen quienes se equivocan—. Ahora contrólese, que aún tenemos que hablar, ¿recuerda? y la vista será incoada dentro de unos minutos. Por favor, atiéndame. Hoy va usted a comparecer ante el Tribunal. Se da cuenta de lo que esto significa, ¿verdad? Porque confío en que no persistirá en su actitud; para hacer posible la defensa tiene que franquearse conmigo. Así que vayamos al grano. Primero, motivos. Por última vez voy a preguntarle: ¿Qué motivos tuvo usted para hacer “eso”? Usted lo admiraba, luchó por él, compartía sus ideas, ahora que había sido electo, estaba llamado a ser su mano derecha. . . Entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Cuestión de dinero? ¿En defensa propia, quizás? ¿Eh? ¿En defensa propia?

—No insista. Ya le he dicho que no tengo “nada” que explicar.

—¡Por Dios! No me venga de nuevo con eso, a estas alturas. ¡Sí tiene usted “mucho” que explicar! —gritó, manoteando en el aire, el abogado—. ¿Es que no se da cuenta de su situación? ¿Esto es realmente inconcebible! Usted “tenía” que tener motivos, ¿no es así? ¿O no? ¿Eh? ¿O no los tenía?

—¿Quiere acabar y dejarme tranquilo de una vez?

—Pues ¡basta de contemplaciones! Sí, voy a acabar. Voy a dejarlo tranquilo de una vez. Pero, escuche: exigiré que

lo examine un alienista, ya que usted se empeña en demostrarme que lo necesita. Y ahora puedo asegurarlo: "eso" fue hecho en un completo acceso de locura, por un irresponsable. ¡Tendrán que demostrarme lo contrario!

Entró a la Sala de Audiencias precediendo a dos tiesos guardianes. Un murmullo de desprecio se propagó por los bancos y rebotó en las paredes, en las ventanas, en los espejuelos de los ceñudos magistrados. Y concretóse en la voz de una mujer que, poniéndose de pie, gritó desde el fondo del recinto:

—¡Asesino! ¡Mereces que te ahorquen!

—¡Silencio! ¡Silencio! —ordenó un magistrado, dando dos golpes de mallete—. Si no se guarda la debida compostura en esta Sala, el público será evacuado y el juicio se efectuará en privado.

Poco después el mismo magistrado, carraspeando a ratos, comenzó a hablar de nuevo. Cuando se detuvo, un hombre de toga amplia y ademanes felinos se puso de pie, hizo una reverencia que dejó colgando la borla de su birrete, e irguiéndose de súbito se volvió y señaló hacia él.

—¡Ahí lo tenéis! —se le oyó exclamar con furia.

Y su voz era, como la voz de los profetas, sonora, desafiante y magnífica.

Afuera, tras de los altos ventanales, una llovizna repentina comenzaba a lavar los tejados, las hojas de los árboles. Y los transeúntes, sorprendidos, se apretujaban en los soporales, con los ojos vueltos hacia el cielo y las manos, como las manos de los mendigos, extendidas, aguardando la limosna de una última gota de lluvia y con ella la orden de marcha, el anuncio de que la ciudad comenzaba a ser nuevamente la ciudad.

1956.



EL HADA

Sócrates Cobas



ERASE un niño, tan pobre como hermoso y desgraciado por la severidad de su padre, que regresaba al hogar tras una larga y agotadora jornada de trabajo en el bosque, porque aunque niño, lo hacía en forma tal, que podía decirse que era tan trabajador como pobre, hermoso y desgraciado por la severidad paternal.

ocurrió que, bien por fatiga o descuido, o por otra causa desconocida que no fuera ninguna de esas dos, al cruzar el puente sobre el río se le cayó al agua el hacha que llevaba, que, para agravar la situación, pertenecía, como todas las cosas de la casa, al padre, quien, además la tenía en gran estima, cosa muy natural si se tiene en cuenta que era una de las pocas herramientas con que contaban para ganar el sustento, ya bastante difícil en aquel lugar por ese tiempo.

hechos así, desgraciados y corrientes, parecen probar la creencia de que, aparentemente, la mala fortuna se dirige a los que, por sus buenas cualidades, menos la merecen, y aunque este relato destruye esa idea, por lo menos en este caso particular, no llega a probar, que la idea contraria de que la buena fortuna es proporcional a las buenas acciones, sea valedera y no tan peregrina como la primera.

el niño, pobre, hermoso, trabajador y más desgraciado ahora, quedó desconcertado de pronto y su reacción inmediata, un tanto inconsciente al parecer, fue llorar copiosamente.

fuera o fuese por estas lágrimas, o por la caída del hacha, cosa también posible, las aguas del río, antes tranquilas, se agitaron extrañamente y de ellas surgió líquida y radiante

el hada del río o de las aguas en general, que lo podría ser por la magnificencia de sus líquidas vestiduras; aunque no podría asegurarse tal, al no conocerse con propiedad el aspecto de otras hadas de mayor o menor categoría, punto importante si no necesario, para la comparación.

se acercó al niño, demostrando que su aparición estaba relacionada, como antes se supuso, con el mismo y le dijo cariñosamente: "oh, niño" pues las hadas siempre utilizan el vocativo "¿por qué lloras así?".

el niño le relató lo sucedido con mayor o menor claridad, cuidando de comenzar con un "oh, señora" que mantuviera a tono la respuesta con la pregunta.

"si es eso deja de llorar, que yo te ayudaré" le contestó ella sonriente y procedió a descender a las desconocidas regiones de donde había venido, pasado un momento se observaron las mismas agitaciones en la superfimie, que, sin embargo, no lucieron tan extrañas como antes y, apareció igualmente líquida y radiante, el hada, portando un hacha de oro, refulgente en su bello mango de madera preciosa. "¿es ésta, por ventura, oh niño, tu hacha?" le preguntó mientras se le acercaba como para entregársela aunque sólo fuera para que la observara.

"oh no, señora, no es esa" respondió el niño, sin demostrar la menor intención de corresponder al gesto del hada, tal vez porque con esa luz y a esa distancia, fuera fácil la identificación a simple vista.

"probemos de nuevo, pues" dijo ella, como para si misma, mientras desaparecía de nuevo.

al aparecer luego, precedida por las agitaciones acostumbradas en el agua, que ya no lucieron extrañas en absoluto, portaba esta vez un hacha de brillante plata, con mango digno de ella.

tuvo que regresar a las aguas al señalarle el niño el nuevo error cometido.

se preguntaba el niño, mientras aguardaba una nueva aparición, ya que las amables formas del hada parecían indicar que la habría, si ella, a pesar de sus buenas intenciones, no resultaría una ayuda inútil, ya que por su desliga-

miento del mundo terrestre no supiera que los campesinos pobres, aunque hermosos, como él, sólo portaban hachas herrumbrosas de desgastados mangos, y no los bellos objetos que por su alta condición les eran familiares, como se deducía de las impropias preguntas hechas al presentarle anteriormente las hachas preciosas.

en esto pensaba cuando la vió frente a él, sin haber percibido las anunciadoras agitaciones bien porque al producirse por cuarta vez ya les parecieran naturales o bien por haber estado ensimismado en sus pensamientos.

esta vez el gesto de ofrecimiento fue correspondido porque, igualmente a simple vista, había reconocido como suya aquella pobre y vieja hacha que traía el hada junto con las anteriores, de oro y plata, que les entregó, con la mejor de sus sonrisas, diciéndole: "he ahí, oh niño, el premio a tu virtud" para nuevamente desaparecer graciosa y líquida en su reino misterioso.

cavilando sobre lo sucedido, que podría tomarse, aparentemente, como prueba de la relación proporcional entre buena fortuna y buenas acciones, llegó a su hogar donde trató de relatar lo sucedido, entre las preguntas que padres y hermanos le formulaban, todos a un tiempo y a viva voz, interrumpido por las numerosas exclamaciones de admiración acerca de las hachas que corrían de mano en mano; esto es las de metales preciosos, que la antigua, pobre y gastada, había ido a parar a un rincón, justamente a los pies de un hermano que en silencio contemplaba la escena y que por su enigmática mirada, o por el movimiento nervioso con que juntaba los dedos de una mano con los de la otra, o por ambos detalles, daba a entender que la historia sucedida le sugería algún plan, lo que se confirmó al tomar rápidamente el hacha del suelo y salir sigilosamente por la puerta trasera, cuidando de no llamar la atención del eufórico grupo que seguía igual que antes, oyendo una vez más el entrecortado relato, lanzando las mismas exclamaciones y realizando las mismas observaciones a los preciosos objetos.

de no ser ésta una historia concisa, breve y ceñida al asunto principal, desnuda de cualquier nota marginal, frase aclaratoria o cualquier desviación parecida, mucho se po-

dría decir de este otro niño, igualmente pobre, hermoso, trabajador y desgraciado, pero de carácter torcido, ambicioso, envidioso y nada escrupuloso.

Una vez fuera de la casa, llevando el hacha, marchó casi corriendo al puente sobre el río y recordando lo contado por su hermano, la dejó caer y acto seguido comenzó a llorar, copiosa aunque falsamente.

pasado un tiempo prudencial o lo que al parecer era el tiempo prudencial para sus ascensiones, surgió el hada del río o de las aguas en general, que por cierto la duda persistía, como si su misión no fuera otra que esperar la caída de un hacha y oír el llanto de un niño para mostrarse líquida y radiante.

siguiendo lo que parecía ser un ritual en ella se le acercó y con el familiar "oh niño" de las hadas, le interrogó. una vez impuesta del motivo del llanto, le ofreció su generosa ayuda y descendió, para ascender luego portando un hacha de oro, igualmente refulgente en su bello mango de madera preciosa.

mientras el hada se acercaba, invitándole al reconocimiento del hacha como suya, el niño de carácter torcido, ambicioso, envidioso y nada escrupuloso, pensó que sería un riesgo contestar negativamente, pues tal vez el hada, fatigada por los anteriores ascensos y descensos no regresara más, o no lo hiciera por encontrar sospechosa tal cantidad de niños virtuosos en tan poco tiempo, o porque ya siendo entrada la noche el secreto y tal vez rígido código acuático no se lo permitiera, perdiendo él entonces junto con el precioso objeto, el hacha familiar, lo que produciría una terrible reacción paternal en su contra, que agravaría, su ya seria derrota moral; o bien si seguía el método empleado por su hermano, al reconocer sólo como suya el hacha familiar, no recibiera el premio perseguido, porque no fuera, acostumbrado o permitido, otorgarlo dos veces el mismo día, o por lo avanzado de la hora, o por el código, o por sabrá quien qué otra razón que su mente fatigada no encontraba pero sospechaba.

así que, pesando los pro y los contra, se decidió a no co-

rrer el riesgo y aceptar aquel primer ofrecimiento, que habría de compensar al padre la pérdida de la vieja hacha, esto es si regresaba al hogar, que muy bien podría vender todo aquel oro macizo y marcharse lejos de la pobreza, el trabajo y la desgracia de la severidad paternal.

al oírle el hada contestar afirmativamente no cambió su sonrisa radiante y acuática, ni detuvo su gentil gesto de ofrecimiento.

“si es así, oh niño, aquí la tienes” dijo, mientras le asentaba un seguro y fuerte hachazo en medio del cráneo, que siguió describiendo un grueso trazo rojo hacia abajo hasta detenerse en el cuello, donde quedó fuertemente asentado el magnífico objeto.

“he ahí, oh niño”, dijo siempre sonriente, “el premio a tu mentira” y agregó mientras descendía: “no hay quien imagine, como resulta de dura, a veces, esta ocupación”.

1957





EN LA PRISION

César López



LA prisión es la prisión donde se está prisionero en la prisión en la que prisionero es lo contrario y sólo nada más que lo contrario de no estar prisionero en la prisión donde se está prisionero y por lo que se deja de ser no-prisionero en la prisión donde se está prisionero no es exactamente lo contrario de por lo que se es prisionero en la prisión donde se está prisionero y no ser prisionero en la prisión donde se está prisionero difiere de no haber sido prisionero en la prisión donde se está prisionero tanto como los prisioneros que están en la prisión donde se está prisionero difieren de los no-prisioneros que están en la prisión donde se está prisionero y estando prisionero en la prisión donde se está prisionero hay que ver con ojos de prisionero en la prisión donde se está prisionero pero no con ojos de no-prisionero en la prisión donde se está prisionero ya que para querer no ser prisionero en la prisión donde se está prisionero y entonces ser no-prisionero en la prisión donde se está prisionero y ver con ojos de no-prisionero en la prisión donde se está prisionero prisionero prisionero prisionero en la prisión prisión yo prisionero en la prisión prisionero no soy no-prisionero prisión prisionero prisión prisiónprisioneroprisionerismoprisionerísimo.

en el primer día:

después de no contados los anteriores que resultarían demasiados, el primer día se ha decidido salir de la prisión y todos estamos de acuerdo, todos menos uno, todos estamos de acuerdo menos uno, uno que habla algo que resulta inenteligible para nosotros que estamos todos de acuerdo menos

uno que no nos interesa pues sólo nos interesa salir; pero siendo uno que no está de acuerdo sigue hablando y nosotros en la prisión pero con la diferencia que comenzamos en el segundo día:

los preparativos para salir, para salir de la prisión, para salir de este lugar que nos interesa dejar. Salir. La prisión no nos deja salir y por eso nosotros somos los que tenemos que salir de este lugar; lugar que tiene muros, muros con guardias, y guardias con luces, luces con electricidad y todo con muros, guardias, luces y electricidad. Electricidad en todo y esto más sospechas. Sospechas en todas partes y nosotros todos tenemos que decidir la forma de hacerlo. De hacerlo; la salida de la prisión.

A un día ya pasado de discusiones, hemos acordado hacer un túnel, un túnel, pues haremos un túnel, siempre hacer un túnel es lo mejor y hasta lo único que se puede hacer en estos casos. Un túnel ha sido hecho por muchas veces, un túnel es algo tan ingenuo que nadie lo creería, y por eso he aquí que estamos haciendo un túnel. Todos estamos haciendo un túnel. Todos estamos haciendo un túnel incluyendo al hombre que no estaba de acuerdo y que todavía no está de acuerdo, así que todos estamos haciendo el túnel y todos estamos de acuerdo menos uno; un hombre que está también haciendo el túnel sin estar de acuerdo, un hombre que está todo el tiempo hablando y nosotros no sabemos de que habla y seguimos trabajando y no tenemos de qué hablar y cavamos y hacemos también el túnel. Haciendo el túnel todos y sin hablar, todos menos uno que sin estar de acuerdo hace el túnel y habla.
en el tercer día:

Estamos haciendo un túnel y estaremos muchos días haciendo el túnel. Todos estamos haciendo el túnel mientras los vigilantes, pues la prisión tiene vigilantes, cuidan de la prisión. Los vigilantes vigilan la prisión, están vigilantes. Y sus pasos son escuchados por nosotros. También los vigilantes hablan y nosotros oímos sus voces. Pero no sabemos donde están los vigilantes y entonces nosotros todos vigilamos. Porque nosotros imaginamos los pasos y las voces de los vigilantes, y por eso tenemos que vigilar. Todos nos-

otros estamos vigilando y hay vigilantes que nos vigilan a nosotros. Ahora estamos divididos en grupos de trabajo para cumplir con todo lo que tenemos que hacer, ésta fue una idea del hombre que habla y que no ha dejado de hablar pero que ha resultado ser un perfecto organizador; mientras, sigue hablando y trabajando sin estar de acuerdo, pero nosotros todos seguimos trabajando, no sabemos por qué no está de acuerdo, pero nosotros todos seguimos trabajando, quizá el hombre que habla haya estado en otra prisión, pero eso no es seguro pues se nos ha asegurado que todos estamos en prisión por primera vez: todos los que estamos trabajando en el túnel. Los guardias continúan sus posibles paseos, nosotros continuamos imaginando sus voces y sus pasos. Estamos vigilados pero no caemos en el error de provocar ruidos pseudo-domésticos para disfrazar los del trabajo de evasión ya que esto sería contraproducente. Nosotros imaginamos a los vigilantes vigilando, sus voces y sus pasos y ellos nos vigilan y nosotros imaginamos su vigilancia imaginándose nuestras actividades. Nosotros todos nos burlamos entonces de los vigilantes cambiándoles el objeto de su imaginación.

en el cuarto día:

Continuamos haciendo el túnel, nosotros estamos pensando en el túnel, pensando y haciendo el túnel que nos lleva todo el tiempo, todo nuestro tiempo, el tiempo de todos está ocupado en el túnel y en la salida y el hombre sigue hablando, el hombre que habla como siempre y no está de acuerdo y sigue haciendo el túnel.

El trabajo progresa, progresa tanto que los ruidos que hacen los guardias-vigilantes son aumentados en nosotros, los ruidos se sienten con más intensidad y ahora nosotros trabajamos con más intensidad, también vigilamos e imaginamos con más intensidad. Todo porque el túnel progresa y nosotros todos queremos salir y por eso tenemos que terminar el túnel.

en el quinto día:

El hombre que habla está hablando y también trabajando en el túnel como los demás que no hablamos y lo oímos sin entender, porque nosotros todos queremos salir y estamos

de acuerdo pero él no está de acuerdo y trabaja y habla y nosotros no lo entendemos, pero el túnel progresa y no estamos cansados sino que seguimos trabajando porque debemos terminar el túnel y

en el sexto día:

Los que están trabajando lo hacen más de prisa porque se han dado cuenta de que ya la tierra se presenta de otra forma y los que vigilan también se han dado cuenta y el hombre que habla y todos nos hemos dado cuenta, porque el túnel ya está terminado. El túnel para salir de la prisión ya está terminado y todos vamos a salir y estamos contentos, estamos contentos porque vamos a lograr la salida de la prisión y por eso todos los que vamos a salir estamos contentos, todos estamos contentos, todos vamos a salir de la prisión.

en el séptimo día:

Arrastrándonos vamos saliendo uno a uno hasta salir todos, todos los que trabajábamos y vigilábamos y estábamos de acuerdo y también el hombre que hablaba y nosotros no entendíamos, pero eso ya no importa porque somos libres y no estamos rodeados de muros ni tampoco vigilados. Todos andamos sin tener que vigilar. Ya estamos afuera todos y tratamos de alejarnos de la salida, tenemos que aprovechar la noche, tenemos que alejarnos, tenemos que aprovechar la noche pues hemos dejado los uniformes en la prisión, estamos desnudos, los uniformes de prisioneros. Todos vamos desnudos y por eso aprovechamos la noche. La noche es oscura y así no podremos ser vistos, que estamos desnudos, pero la noche es fría y nosotros no tenemos ropas y estamos desnudos. Todos dejamos los uniformes antes de salir y el hombre que habla continúa pero ya hemos encontrado un lugar en donde refugiarnos porque estamos desnudos y estamos cansados, y tenemos frío y nos dormimos porque teníamos sueño.

en el octavo día:

Despertamos pues habíamos llegado de noche a este edificio. Todos estábamos cansados y con mucho frío. Todos dormíamos hasta que nos despertamos. Estaba oscuro pero

no parecía haber nadie, así que todos dormimos hasta que nos despertamos, porque estábamos cansados ahora es de día y la claridad nos ha hecho reconocer el lugar. El lugar parecía abandonado. El lugar está realmente abandonado. Pero hay camas y mesas y uniformes de guardias-vigilantes. Todo abandonado. Todos tenemos frío y nos vestimos con los uniformes. También hay comida abundante y todos nosotros tenemos hambre y comemos. Pero no sabemos que hacer así que discutimos y el hombre que habla continúa haciéndolo pero no está de acuerdo en que debamos de quedarnos aquí.

en el noveno día:

estamos aquí, todos estamos de acuerdo en quedarnos aquí, todos menos uno que habla y nosotros no entendemos; por lo que todos nos quedamos aquí donde hay camas y ropa y comida y también están las instrucciones de lo que tenemos que hacer: Este es un edificio en donde hay presos y nosotros tenemos que estar aquí. Esta es la prisión y hay prisioneros, a nosotros todos nos parece reconocer a los prisioneros pero no estamos seguros, sólo que ellos llevan los uniformes que nosotros todos abandonamos al escapar. Así que estamos en la prisión, todos nosotros estamos otra vez en la prisión. Pero ahora nosotros somos los guardias.

en el x día:

seguimos siendo vigilantes en la prisión y tenemos que vigilar a los prisioneros. Los prisioneros llevan nuestros antiguos uniformes y a nosotros nos parecen familiares pero no sabemos de dónde salieron porque en la prisión reina la normalidad aunque ahora todos nosotros somos los guardias y hay otros prisioneros. Además todos estamos de acuerdo en que está bien ser guardias, todos menos uno que como siempre habla y que nosotros no entendemos.

Por eso en la prisión reina la tranquilidad y la rutina de siempre.

Después que han pasados los días tantos días que no sabemos cuántos han sido, todos estamos de acuerdo, todos estamos de acuerdo en dejar de ser guardias, dejar de ser

guardias porque los guardias tienen que vigilar, ya que los guardias son vigilantes. Nosotros todos somos guardias-vigilantes. Estamos vigilando en la prisión. Vigilamos para que los prisioneros no puedan escaparse porque ellos están prisioneros y por eso querrán escaparse. Nosotros vigilamos para ellos. Estamos todo el tiempo vigilando y no para nosotros sino para que ellos no se escapen. Así que hemos decidido no ser más vigilantes y todos estamos de acuerdo pero el hombre que nunca ha estado de acuerdo no cambia de costumbre: sigue hablando y sigue sin estar de acuerdo con nosotros.

Pero todos hemos decidido no ser más guardias-prisioneros. Todos menos uno.

en el día después:

Salimos de nuestro departamento de guardia donde todos nosotros dejamos los uniformes, porque todos queremos dejar de ser guardias y el hombre que habla también es uno de nosotros. El siempre ha sido uno de nosotros. El siempre ha sido uno de nosotros, lo único que ha hablado y los demás no hemos comprendido su hablar.

'Todos vamos a lo que podemos hacer, puesto que no queremos ser guardias. Todos sabemos que habrá una dificultad: como ya hay un número de prisioneros no tendremos espacio y no podremos reclamar antigüedad puesto que nosotros todos, todos nosotros, dejamos de ser prisioneros.

Así que discutimos y nos ponemos de acuerdo todos, todos menos el hombre que habla, no se le entiende y viene con nosotros.

Entramos en la celda pues estamos decididos a quedarnos. La celda está vacía y todos nosotros buscamos sin encontrar a los prisioneros, sólo encontramos los antiguos uniformes de los presos. Todos nos vestimos pues estábamos desnudos y tenemos frío, luego nos echamos a dormir, todos nos quedamos dormidos hasta despertar, despertamos y estamos prisioneros y hay guardias-vigilantes que se ocupan de la prisión, sus caras nos parecen conocidas a todos nosotros porque todos estamos en la celda, todos estamos de

acuerdo en permanecer en la celda, todos menos uno que habla y que nosotros no entendemos.

hasta que en el un otro día:

después de no contados los anteriores que resultarían demasiados, en el un otro día se ha decidido salir de la prisión y todos estamos de acuerdo.

Todos estamos de acuerdo.

Todos estamos de acuerdo menos uno.

Todos menos uno que habla estamos de acuerdo.

Todos menos uno que habla y no entendemos estamos de acuerdo.

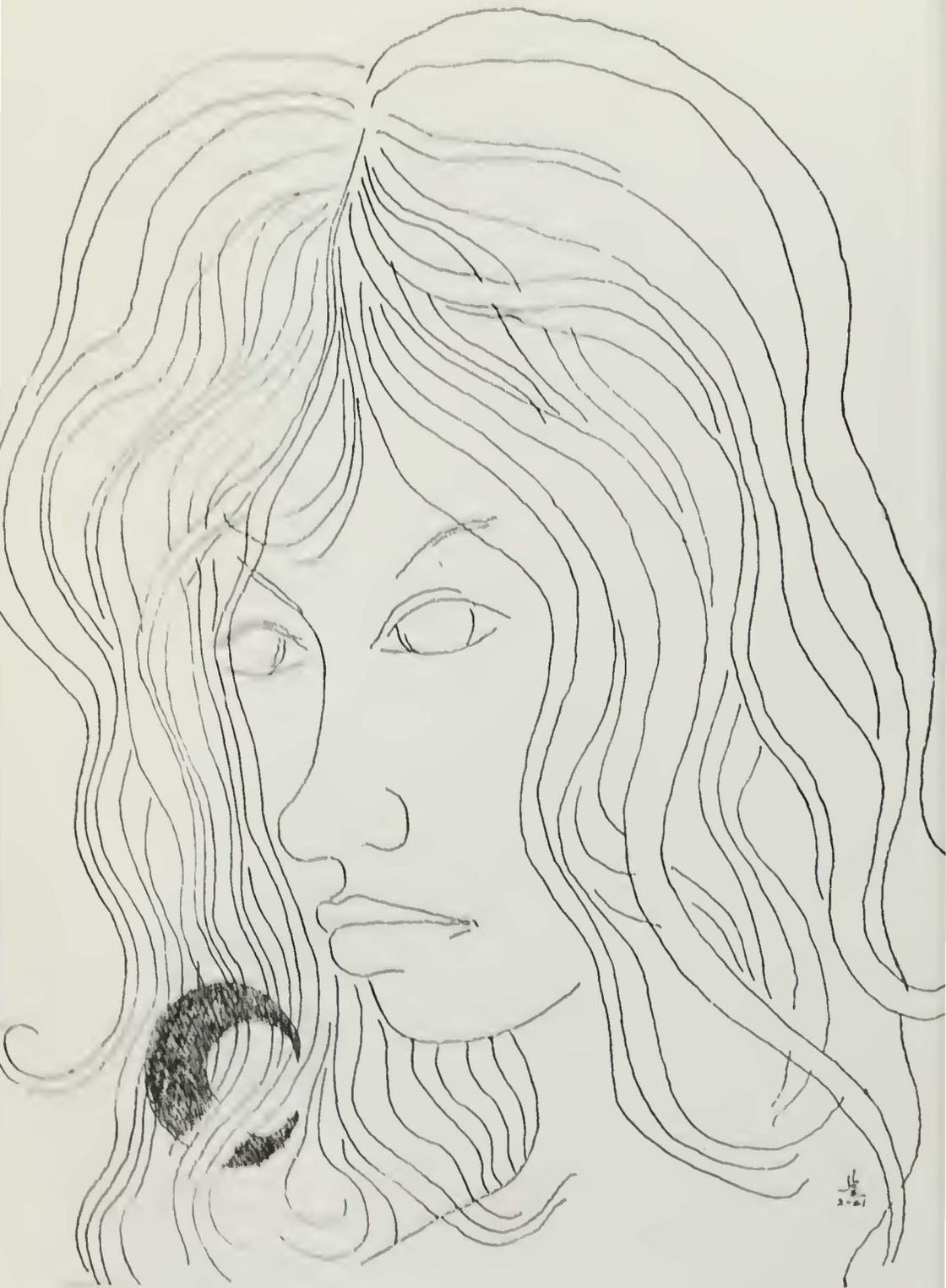
Pero todos comenzamos los preparativos para salir de la prisión.

1957



EL COLEGIO

Ada Abdo



DANIELA simuló estar ab-sorta. Recostada en la ventana daba la espalda a aquella conversación.

—Parece decente . . .

Sentía el roce de risas y miradas fijas y aquello le dolió como un insulto. Era el cuarto de costura del colegio, apenas dos horas habían transcurrido desde que entrara en él por tiempo indefinido. Su madre estaba en el hospital. Toscos armarios, indiferentes al monótono lamento de las máquinas, se inclinaban sobre el afilado centro de la estancia.

—¿Qué harías Lola si supieras que el mundo iba a desaparecer mañana?

—¡Vaya! Iría a acostarme con mi novio . . .

—¡Cuidado! Hay una niña.

—¡Bah! Ye verás dentro de unos días, todas son iguales . . .

Una leve presión sobre su hombro hizo volverse a Daniela.

—Soy Gertrudis, ven, te voy a enseñar el colegio.

Dejó llevar blandamente ante sus ojos una hilera de camas blancas y un parque solitario, con árboles y hormigas.

—Es Agosto y casi todas están de vacaciones. Las que quedamos aquí no tenemos familia. Yo soy huérfana.

Se miraron, se sonrieron, corrieron de la mano por los pasillos, entre altas columnas, hasta que súbitamente una catarata de insultos:

—¡Elsa! ¿Te confesaste esta mañana? No podrás comulgar por sucia.

Elsa, con un rápido movimiento, los ojos en blanco, se llevó el dedo pulgar a la cara, y trazó una cruz sobre sus labios.

—¡Ya está! Estoy perdonada. Vamos a ver quién me impedirá comulgar ahora. ¿Y ésta quién es?

—Daniela. Llegó hoy.

Inclinándose con suavidad sobre la oreja de Daniela, Elsa dijo bajito:

—Oye, ¿eres inocente?

—¡Déjala en paz idiota!... ¿Vienes Daniela? No le hagas caso.

La tarde se llenó de rezos y pequeñas oleadas de sombras fueron ocupando todos los rincones.

—Soy inocente. —Sin cesar una voz extraña para ella misma se lo repetía.

Al fin la noche se apoyó en sus hombros y la empujó hacia abajo. Un ruido se extendió sobre la hilera de cabezas semiocultas, y algunas se alzaron en los lechos.

—Son las seis. —Era la voz de una de las hermanitas.

Las rodillas en la dura madera y una opresión atroz en el estómago hicieron despertarse del todo a Daniela, un armonioso rumor de rezos se pegó a sus oídos, una neblina perfumada la envolvía mientras en la oscura transparencia, Elsa adelantaba su rostro hacia una mano blanca.

Salieron.

—¿Por qué soy inocente?

—Eres una niña y es natural que lo seas, quiere decir que no sabes nada, —repuso Gertrudis.

—¿Qué debo saber?

—Son demasiadas preguntas para el primer día. ¡Mira aquél es el huerto!

Agarrándose al muro de piedra, ambas se inclinaron sobre la tierra roja. Un hombre se aproximaba seguido del trote cansado de un perro.

—Es el jardinero. Está solo. Su única familia es este huerto y el perro.

Una carcajada de Elsa la interrumpió:

—Tampoco necesita mujer, se acuesta con el perro. La campana de la capilla hizo un dúo feroz con su risa. La figura de aquel hombre se diluía entre los rayos del sol mientras Daniela arrastraba inquieta los pies y se llevaba las manos al cuello con angustia.

Un rostro soñoliento, entre lacios cabellos rubios, se asomó sobre el muro desde el huerto.

—¡Marta, ladrona! ¿Qué haces ahí? —Elsa gritaba devorando con los ojos las frutas que la otra escondía en un gran bolsillo de su uniforme.

—No te acerques a ésta. ¡Además de ladrona es una piojosa!

—¡Tú me los has pegado! ¡Cochina! Soy ladrona porque aquí me matan de hambre, —saltó entre las piedras y algunas frutas rodaron sobre la hierba húmeda.

Gertrudis con un gesto de repugnancia, tomando a Daniela de la mano se alejó con ella.

Largas tardes miserables se sucedieron; Agosto cantaba en las bocas juveniles tonadas obscenas con un hermoso coro de campanas, susurrando entre sonrisas turbias confesiones.

Daniela iba “sabiendo”.

Un revuelo de faldas azules agitó el aire tibio de un perezoso mediodía. Un rostro nuevo se asomó a las miradas curiosas, a la risa inútil. Daniela acercándose, dijo ante el asombro de la otra: “¿Eres inocente? . . .”

Aquella noche durmió plácidamente.



LA CASA
BAJO UNA REJA

Oscar Rodríguez Mirabal



the animal 61

SUELTO, la casa bajo una reja, con una tía y:

“—¡Ven temprano!—”, los hierros suenan. Mis pasos, el autobús, y las ruedas. Para La Habana, desde los barrios.

Las diez de la noche del día de los mártires, y yo voy entrando. La zona comercial, por la calle de San Rafael y en la esquina con Aguila, me bajo del ómnibus. Las vidrieras, están encendidas y los maniqués, están vestidos con la influencia del mundo. Las aceras, se recuestan cargadas sobre las calles, junto a las paredes de los comercios. Los autos, lentamente hacia Prado. El público sofoca. Grupos. De turno, hay dos despachos de “café-expreso”. Los hombres están apilados, alrededor, y los mostradores y las empleadas.

—“¿Café? ¡Hasta la pintura de los labios se me ha corrido! ¡Qué calor, aquí dentro! ¿Lo ve? ¿Le gusta este color?—”. La empleada, se da sobre el mostrador, por sus labios pintados y ahora retocados, y su diálogo entusiasmado, conmigo que hoy parezco nuevo; extraño por el barullo anodino. Los lugares, hablados. Le sonrío tras el análisis.

—“Esta ropa me aprieta. Me molesta trabajar así!—”, y se ríe. —“Esta pintura, con el sabor. . . a mandarina! ¡Pero no mi boca! Mi boca sabe a mí, como la canción. . .—”. Risas. Los dientes le son correctos, en sus encías.

—“¿Café?—”. “Tres centavos”, centellea el lumínico.

Vuelvo a caminar la misma calle en oposición. Hacia otro ómnibus. Aún no me hallo en la gente. Y me abo-

chorno, de no entender. Hay un cine que comienza a las doce de la noche. Tomo un ómnibus y si recorro media hora en él, para el regreso, las doce y el cine. “—¿Transfiere?—”, me sorprendo, “—No tengo transferencias. No hay problemas. ¡Que no suba nadie para transferir y si sube un inspector que no me lo cuenten!—”, (la media hora en las ruedas), —“¿En la esquina?—”. Doce y Veintitrés, no está concurrido. Once y media. Cruzo las cuatro esquinas.

Me dirijo a Catorce. De un oculto restaurant-casi-chino me detienen. Y me hablan: “—¿A dónde vas?—”, y miro hacia atrás, al lugar de donde vine. “—Comí aquí, es la medianoche—”, y yo frente a lo inhábil. Y no pensé en tí, a solas. “—¿Café? ¿Para un cigarro entre amigos?—”. Y recuerdo, la carne sola entre hombres; atrás mencionados por mí ante el sabor mandarina. “—Mi hermana se casa en diciembre. . .—”, y lo veo ciertamente, aburrido en las palabras; mitad la cara en la noche y mitad, en el humo de los cigarros y siento que como yo, ¡Ha Fumado!, lanzo el mío a tierra y lo piso, fuerte como si me hubiese pegado en la nuca.

Mis tías me vienen encima. Las siento hablando, en el recibidor de la casa de mi abuela, donde yo duermo. Ellas, hablan yo sé. Y nunca han estado en la calle y ha sido como flores de exposición. Pero ellas tienen lenguas, y conocen palabras. Ellas hablan, sin salir de la residencia que llevo como una deuda por dinero.

“— . . . y ví a tu primo en el teatro. Tu primo, con tu anillo. ¡Y se lo dije!—” Mi anillo, con mi primo el ingeniero porque yo se lo regalé. El tenía otros y no el mío. El duplicado, del mío. Y por éso, lo lleva. No tenía el mío antes. “—¿A tí no te gustan tus dedos?—”. Y me ví los dedos, laaargos. Y mi anillo, el principal; en un recóndito armario. ¡Como algo maldito! Lejos de mis dedos. “—No supe de aquella muchacha a tu alrededor, y pensé que andaban juntos y se poseían!”—, y mi anillo en el armario, sin el valor de mis sentidos. Dos y cuarto de la madrugada, el cine finalizando. “—Te acompaño al ómnibus. Y hablamos algo más, allá en el banco”—.

Sentados, de madrugada, habiendo recuperado mi cigarro, cerca de las matas chicas. Todavía, los films en mi idea y miré todo lo del silencio y dos autos rodaron exageradamente, uniendo las calles.

“—¡Mi hermana se aburre!—”, y en su saludo: “—Mi hermana se casa en diciembre. . .—”. Me sigue, todavía en las tablas. Trato de asirme, de huírle a mi malestar. Yo veo a los actores, en los cortos escenarios, en esta capital. Están siempre de la mano. Y se saludan. Y sus fotos y sus nombres, de obra en obra, y me siento (realmente) atrás de las cortinas y las luces, y les miro y me pasan: “¡Hola!”, y trato de agarrar, fuertemente, mi personaje.

“—¡Já!—”, y Joaquín Domínguez: los conocidos, sobre la ciudad. En el autobus: “—¡Hasta pronto!—”.

Los autobuses nuevos. Por la Avenida de Rancho Boyeros todas las luces encendidas junto al alba. Pero me siento, solamente me siento. Y miro por la ventanilla mía, hacia mi cara misma; estúpidamente transparente, con espejuelo oscuros. Y no me duermo: el Castillo del Príncipe, el Palacio de Comunicaciones, el Monumento a Martí, el Palacio de Justicia. . .

La fuente en la rotonda.

En la casa de mi abuela, donde mis tías hablan, las puertas no tienen llaves. Quince puertas, dieciocho ventanas. Y las atravieso todas, muy cerca del silencio de ellas todas durmiendo, bajo sus voces en los cuadros, en las cortinas, en las altas matas, en los patios, en los baños y en las pilas del agua. Y en la cocina, empero las recetas y los sabores; en el televisor, las novelas y los viejos y los nuevos vecinos y las crónicas en los periódicos. En el teléfono, la primera y todas las llamadas. Y ellas, duermen; bajo sus lenguas.

Mi habitación: las acuarelas y Lourdes. Los muebles. Y la gran arca, por la baja ventana. Por la penumbra, con los ronquidos; mis tías. Los gallardetes de tres esquinas en las paredes. Y la advertencia, “Do Not Disturb!” (desde un hotel) siempre, en mi cabecera; con las enaguas de mis tías, en los pasillos y los umbrales.

Los sonidos en el idioma, sobre las bocas que están abiertas desde mis tías. Sobre las camas, donde el reposo. Los sonidos por las lucetas y los pestillos, los balaustres, los anaqueles; como serpientes por las columnas, por los canteros y las aceras. Los sonidos: ¡Ah, mis tías, las lenguas y los ronquidos! Yo; desde “el día de los mártires”, mi habitación, con los ronquidos. En esta hora siempre el sonido, yo y el descanso y los ronquidos, junto a la noche después del día, Y DE MIS TÍAS.

1958



LA AMENAZA

Esther Díaz Llanillo



R. MARTINEZ

ALGUIEN me había dicho alguna vez que nos cuidáramos de él... fue nuestra madre, aunque no la recuerde bien hasta el día de su muerte: sobre la mesa de noche una lamparita de kerosene espabilaba su luz como un cirio a punto de extinguirse, el contorno afilado de su rostro se dibujaba sobre la almohada. Yo tendría ocho años entonces, Frida, que estaba fuera con el aya, cuatro. Aquel rostro desconocido, el de mi madre, que no he recordado más, extrañamente encerrada entre las paredes de un colegio para jóvenes internas, ahora se me dibuja de nuevo en la mente y sus palabras son una amenaza que cobra vertiginosa realidad.

Frida, mi única hermana, había vivido hasta los catorce años con el aya. De vez en cuando se nos permitía vernos los fines de semana, pero nunca salimos juntas. Frida venía bien temprano alguna que otra mañana de domingo, fastidiada por tener que empezar el día dos horas antes de lo usual; permanecía alrededor de media hora y se marchaba con el aya, agarrada de su mano, feliz y aliviada por no tener que volver en muchos días. Sus visitas me eran indiferentes. Aquella niña insignificante, delgaducha, con los cabellos color castaño claro que debieron haber sido rubios, la piel tostada por el sol de algún balneario que no hubiera podido imaginarme entonces, era una prodigiosa síntesis de fragilidad aparente y de vitalidad interior; quizás lo intuí alguna vez, cuando pasaba bajo el arco del colegio, corriendo alegremente puertas afuera, seguida por el aya: había en ella más vida que en mí. Cuando tuve edad suficiente para comprender, alcancé el sentido de aquellas visitas breves, furtivas y espaciadas, totalmente inútiles en

apariencia: querían que no olvidáramos nuestros rostros. Eso es todo lo que recuerdo: el rostro de Frida a los cuatro años, a los seis, a los once, el abrumado y lloroso rostro de Frida, ovalado y perfecto, a los catorce años, tras el cuerpo inerte del aya.

Era la primera vez que salía del colegio, tenía diez y ocho años, me habían conseguido un trabajo en una tienda, empezaba a las ocho de la mañana, salía a las seis de la tarde. Me llevé a Frida conmigo; al fin y al cabo era mi hermana, aunque resultara una extraña; no tardamos en adaptarnos la una a la otra; creo que hasta nos tomamos cariño; al cabo, logré conseguirle empleo en la misma tienda como sustituta, pero Frida detestaba la monotonía; meses después trabajaba en la calle para una firma de cosméticos, lo cual le permitía disponer libremente de su horario, a veces un tanto intempestivo.

Vivimos así durante un tiempo (diez y seis meses), sin preocuparnos en lo más mínimo por averiguar la causa de que nos hubieran separado desde tan niñas; en realidad, sólo tuvimos respuesta a esa pregunta informada dos años después contados a partir del inicio de nuestra convivencia, y no fue una respuesta, sino una terrible intuición que me hizo recordar las palabras de nuestra madre, palabras que nunca tuvieron para nosotras una explicación racional, pero cuya realidad no tardó en hacerse más tangible y abrumadora que toda explicación. Y el hecho estaba allí, separado por un delgado tabique, en la otra habitación, mientras yo me limaba las uñas sin atenderlo, olvidada del pasado:

Frida se había levantado algo tarde aquella mañana, era sábado. Como yo no tenía trabajo ese día pensé prepararle el desayuno. Serían alrededor de las 10 y media, Frida dormía aún, después decidí esperar a que despertara, almorzaríamos juntas. A eso de las once Frida se levantó, tomó un baño caliente y se vistió para salir por la tarde, me sugirió que almorzáramos afuera; tenía una cita a las dos. Alrededor de las doce menos cuarto tocaron a la puerta. Al principio oí un leve murmullo que identifiqué con la voz de Frida y la de un desconocido; luego escuché los pasos en la sala, lentos y pesados; me pregunté qué causas habrían hecho a Frida permitir pasar a aquella persona; escuché la conver-

sación, pero sólo alcancé a oír una especie de grito ahogado, de sofoco, de temblor en la voz de Frida; inmediatamente todos los ruidos: voces, pies contra el suelo, roce de los cuerpos sobre los muebles, se acumularon hacia un extremo de la otra habitación. Me levanté en una especie de sobresalto, abrí la puerta y alcancé a ver unos hombros cuadrados en forcejeo constante sobre Frida. Grité. El hombre se volvió. Tenía el rostro moreno, le brillaba bajo el sudor; un bigote negro y espeso; era más bien cuadrado, de poca estatura, pesado y tremendo. Había soltado a Frida y me miraba con sus ojos pequeños que eran como los de mi madre contemplados desde el infierno, gritándome una advertencia en su lecho de muerte. Le señalé a Frida la puerta entreabierta. La alcancé unos segundos antes que ella. Por la escalera escuché detrás de mí el taconeo de los pies de Frida y el aplastante eco del cuerpo del hombre. Al llegar a la planta baja dí la vuelta y me oculté en el hueco de la escalera, contra la ventana del fondo. Sentí a Frida pasar sobre mi cabeza, la respiración jadeante. No me atreví a llamarla. En el piso de arriba habían abierto dos puertas, el hombre se había detenido. Vi a Frida pasar corriendo por la acera; gritó cuando un transeúnte tropezó con ella y se le quedó mirando. Salté por la ventana: Frida, Frida, gemí. Luego corrí detrás de ella durante cuerdas hasta que la alcancé y logré calmarla.

Durante varias semanas vivimos en la mayor zozobra. Nos mudamos rápidamente. Cambiamos de apartamento dos veces más, siempre que creíamos verlo rondando la esquina. Nunca abríamos a alguien sin utilizar primero la mirilla. Por esa época ya le había contado a Frida lo dicho por nuestra madre. “Es una locura”, dijo, y se rió nerviosamente, “es una locura asociar un hecho aislado con el delirio de una agonizante”. Pero nos mudamos, inclusive intentamos explicar la separación durante nuestra infancia bajo aquella amenaza constante que ignorábamos, que yo había olvidado y que nunca podríamos descifrar. “Es horrible vivir así, Leticia. Saber que podemos morir de un momento a otro”. Se cobijaba en el fondo del sofá. Me parecía que temblaba.

Sin embargo, no tardamos en darnos cuenta de que el

hombre conocía nuestros pasos. . . Un anochecer de invierno lo vimos. Frida había pasado a recogerme a la salida de la tienda. Nunca estuvimos tan unidas como ahora que nos amenazaba una misma tragedia. Ella había adelgazado un poco, llevaba una sombrilla en la mano derecha que apoyaba sobre el suelo al caminar haciendo lucir su figura más espigada aún, quizás más frágil que de costumbre. Caminamos largo rato por una avenida; a derecha e izquierda los árboles dibujaban un ritmo estable y monótono, casi desesperado. No queríamos llegar a casa. Frida me contaba los hechos del día y hablaba sin cesar; nos sentíamos cansadas, pero aún podíamos estirar un poco más nuestro rato de vida hasta llegar a casa. A veces nos asaltaba el temor de que estuviera esperándonos detrás de la puerta de entrada, bajo la cama, parapetado tras los muebles. Era un temor infantil y hasta risible si no hubiera sido tan minucioso y desolador. Un ahogado gorgojeo en el fondo de su garganta, una inquietud extrema en los pasos, algo que sólo yo hubiera podido percibir y que quizás, de otra forma, ella percibía en mí, me advirtió. El hombre se aproximaba desde la esquina. No llevaba sombrero: el pelo era corto y erizado. Todo él se perdía en la incipiente noche, su silueta recortada sobre el suelo gris se estiraba peligrosamente hacia nosotras precediéndole. No era a él a quien temíamos sino a su fuerza brutal e inexplicable que podía aniquilarnos sin una detonación, sin el frío agudo y contacto del puñal en el fondo de un ventrículo o de los intestinos, era a aquella superioridad física que podía aplastarnos por un medio natural a la vuelta de una esquina y que pesaba sobre nosotras de un modo constante, igual o quizás peor que la muerte.

Sabíamos que no podíamos regresar a casa, nos habría acorralado con facilidad. Tomamos un auto. Las siguientes semanas las utilizamos en gastar nuestros últimos recursos y en buscar un nuevo empleo. Queríamos estar juntas, queríamos romper todo punto de referencia con el pasado. Encontramos empleo precisamente donde menos los esperábamos:

El señor Landrove era francés, de la Provenza. Tenía un pequeño taller, casi una galería, entre una casa de vecindad y un hotel lujoso para turistas. La calle se encontraba en el

sector internacional de la ciudad. Todo estaba limpio, pintado, surtido de mercaderías variadas. Pero el taller de Landrove, oscuro y viejo, más bien parecía un alargado corredor entre aquella calle y la zona más pobre de la ciudad al fondo, del otro lado de la manzana de casas. A nadie se le hubiera ocurrido ir a buscarnos allí. Landrove era un hombre de unos cuarenta años de edad, encanecido de un modo prematuro, pero fuerte de cuerpo y de espíritu. Las uñas, en sus dedos toscos, tenían un filo negro que la laboriosidad diaria se encargaba de renovar bajo una superficie gruesa e inexplicablemente rosada. Por primera vez se lo contamos a alguien... Recuerdo que nos miró sin un gesto de asombro, sin un rictus de burla, parecía comprender perfectamente. No tardamos en confiar en él.

En realidad casi encontramos la paz entre aquellas paredes. Landrove mandó a tapiar uno de los extremos del taller, el que daba a la calle del fondo. Vivíamos en una madriguera, aunque nunca lo dijimos. Día tras día las paredes parecían angostarse hacia nosotros, la respiración se hacía más difícil, la necesidad de salir era mayor. Landrove nunca hacía la menor pregunta, pero Frida, —él tenía que verlo— languidecía gradualmente. No sabíamos qué era peor.

“Voy a salir, Frida”. Me miró con los ojos asustados, esos ojos suyos a veces color de miel, más propios de un cervatillo tierno que de un ser humano. Sentí cierta ternura, cierto temor por ella. “No te preocupes, volveré temprano y te contaré”.

A las seis y media la calle estaba más concurrida que a otras horas. La soledad entre la gente era aún mayor. Podían ocurrir cosas milagrosas, insospechables, algo así como encontrarse con alguien a quien no veíamos desde hacía años, de quien ya nos habíamos olvidado, o hallar a la persona en quien pensamos en el momento preciso. Anduve durante largo rato mirando las vidrieras, observando en los cristales el rostro reflejado de los transeúntes detrás de mí. No lo ví. Regresé satisfecha y aliviada al cabo de una hora.

Al día siguiente Frida se animó a dar una vuelta por los alrededores. Sabíamos que no podríamos hacer aquello sin

peligro todos los días pero nos bastaba con intentarlo de vez en cuando, y ya era bastante. Frida nunca me hacía la pregunta, pero sospecho que estaba demasiado asustada aún para pensar en el porqué de aquella amenaza; de todos modos, yo no hubiera sabido qué contestarle. Le agradecí en el fondo que nunca preguntara.

Regresamos a las cinco, era muy temprano, pero teníamos un trabajo que terminar. En realidad no poseíamos un horario fijo de labor: Frida trabajaba a ratos intermitentes, yo, de ocho a seis. Aquella tarde habíamos roto nuestro sistema de vida precisamente para vivir.

Ninguna de esas dos veces, no obstante ser las primeras desde que parábamos en la casa, Landrove pareció impacientarse por nuestro regreso, quizás él no creía nuestra historia; esa idea creó en mí una especie de malestar. Por las tardes me asomaba a la puerta fingiendo que iba a salir, vacilante en el umbral y vigilaba su rostro, pero nunca mostraba la menor ansiedad. Entonces, un día, lo ví. En el hotel de al lado entraba un grupo de personas, alegres y quizás algo bebidas, acompañaban a una pareja: la mujer era rubia y pecosa, extranjera, indudablemente; el hombre vestía un saco carmelita no muy nuevo y recibía con gran euforia los manotazos de sus amigos en la espalda; parecían celebrar algo. Al principio no noté nada de especial en el grupo, tan abstraída estaba en él; luego, el mismo hombre que llamó mi atención se volvió hacia mí, sin verme. Era él, no cabía la menor duda. Por primera vez yo estaba sobre aviso, podía prever el futuro; tenía la esperanza de llevarle esa ventaja.

No le dije nada a Frida por no asustarla, pero evité salir de ahí en adelante, sin embargo, no podía seguir así. Hablé con Landrove sabiendo de antemano que no me haría caso, por eso me asombré cuando me puso el cuchillo en las manos y sin perder su acostumbrada impassibilidad me dijo: "Hazle frente".

Nunca más hablamos de ello. Trabajábamos en el taller bajo una luz incierta. No quería decidirme, pero temía por Frida, temía que saliera sin advertírmelo. Una semana después lo ví en la esquina: me daba la espalda, la rubia con-

versaba con él mientras registraba en la cartera, luego ella se alejó y él se quedó de pie un segundo frente al escaparate. Echó a andar. Lo seguí. “Mientras me dé la espalda —pensé— no hay problema”. Su rostro, esa brutalidad de su rostro me era totalmente insoportable. “Si me mira de frente estaré perdida” . . . Mi fuerza estaba en su ignorancia, me mantenía oculta entre la gente persiguiendo aquella espalda cuadrada, bajo un sol asfixiante, calle tras calle, porque uno de los dos tenía que vencer, uno de los dos tenía derecho a la vida y los minutos contados se me apuraban en las sienas y me latía en el cerebro el ruido de las últimas horas pasadas y la esperanza de algunas más que quizás estarían por venir. Lo alcancé tres cuadras más adelante, en un parque desolado, frente a una capillita blanca, bajo un álamo. No sé cómo no lo habían hecho mis manos hasta ese instante. Entonces, el cuerpo ya en el suelo, ligeramente ensangrentado aún, le dí vuelta para cerciorarme y fue como si su rostro se borrara de mi memoria poco a poco, perdiendo la certeza de que era él, y me sentí las manos manchadas de sangre como si en verdad hubiera asesinado, como si no estuviera salvando mi derecho a la vida.

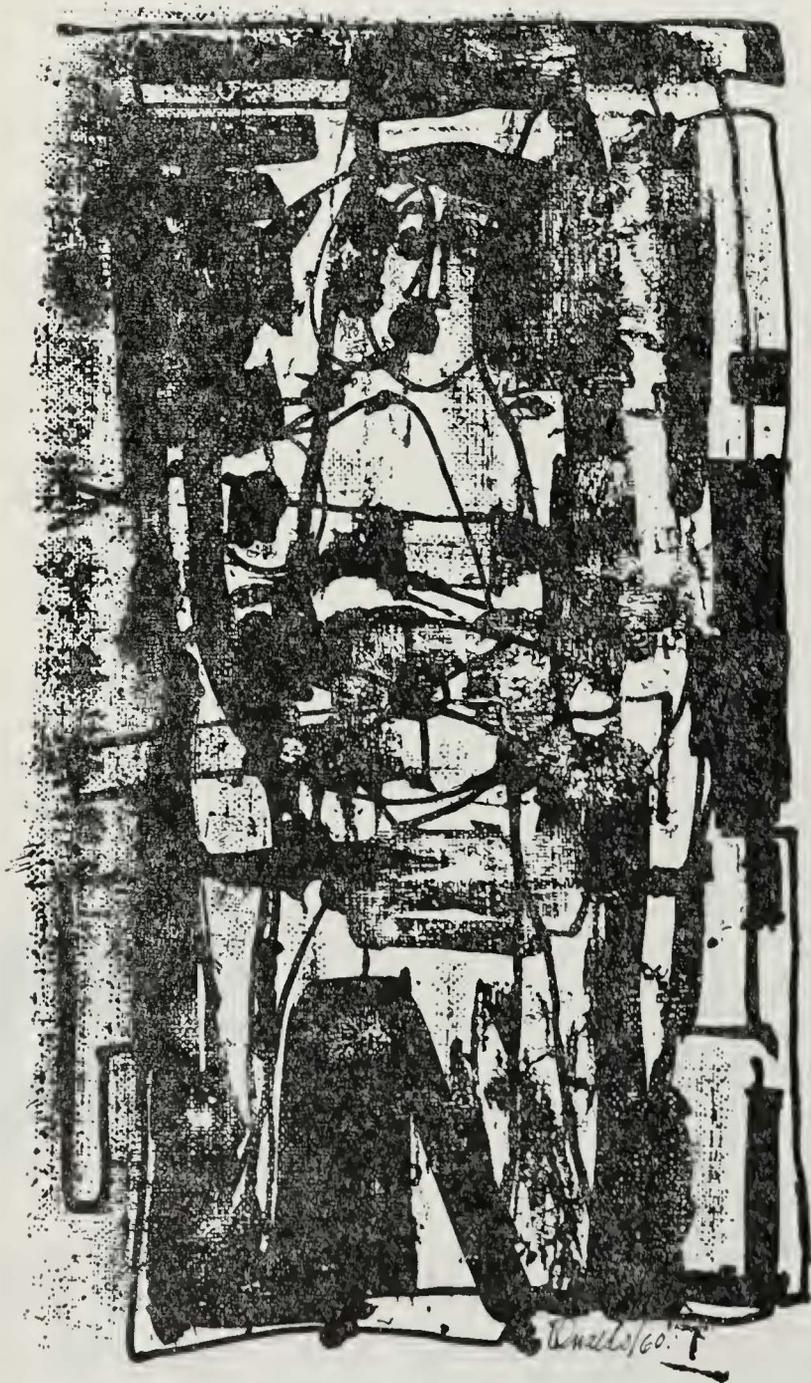
Cuando regresé, Landrove no me hizo ninguna pregunta, sin embargo sabía, puesto que yo estaba allí frente a él y había perdido el cuchillo. Le conté a Frida lo ocurrido, le conté sólo los hechos. Pareció respirar feliz. Se marchó al día siguiente ignorándolo todo, creyendo saberlo todo, dejándome la duda totalmente, con ese abandono inconsciente propio de las criaturas que inician la vida, sin explicarse por qué me quedaba allí, en la galería oscura que hacía las veces de taller.

Sólo Landrove puede adivinar lo que me ocurre, creo que lo sabe, pero nunca pregunta; yo, por mi parte, casi ni le hablo. Continuo trabajando de ocho a seis, no me asomo a la calle, quizás algún día conoceré la verdad, quizás nunca. ¿Vivirá todavía . . . ?



JUEGO INOCENTE

Jesús Abascal



W. H. H. / 60. T

ACABO de llegar y no me siento muy bien. Tengo fatiga...

Sabía que la cosa no iba a ser fácil, ni mucho menos. Y ahora nada de lo que me habían dicho tiene la menor importancia. Se trata de “mi” problema y nada más. Hay que arreglarlo como sea.

Manos viscosas, sudadas. En adelante serán catapultas y se aferrarán a todo como yo mismo. Asonantes los pares y libres los impares. La métrica del espacio... Ahora soy el lugar común de los puntos cardinales. “Rosa Náutica o de los Vientos”. Izquierda. Derecha. Delante. Detrás. Y con cuidado. Es tarde para vivir con la presión de una nueva circunstancia. El tiempo. Cada minuto será inexorablemente mío, sin hipotecas comprometedoras ni rentas abusivas. “Mi tiempo”, así, definitivamente propio... Te distribuyen las horas a voluntad y uno tan tranquilo. Por lo menos eso me queda.

Probablemente han abierto la ventana para que sienta más fresco. Y si me ayudan en eso tendré que agradecerles con una sonrisa vacía, invisible... “Te respetan o te tienen lástima”. ¡Qué remedio! Cada cual tira para sí. “Apretaré las tuercas al infeliz que me caiga debajo”. Pero conmigo no hace falta eso.

¡Es allí, no?... Sí, me parece que sí... No quisiera hacer el ridículo delante de ellos. Comeré con naturalidad. Ni ahora ni después me quitarán los ojos de encima. Soy todo un espectáculo, claro está. Sobre todo por la ventaja que me llevan. El juego sería delicioso si lo aprendieran. Yo lo em-

pecé a practicar en un ómnibus. Aquel tipo me llamó la atención de repente y me dí cuenta que no podía quitarle los ojos. Se rascó la oreja, tosió, se palpó los bolsillos de la camisa, se alisó el pelo. . . Cada gesto que hacía era una revelación. Me estremecía de satisfacción aquello de ser fotógrafo y juez de sus reflejos. El fulano no podía escapar. Jugar, jugar, jugar siempre para no perder la costumbre. Ni la ventaja. Una vez conocí a una experta. La rubia aquella de cara bondadosa. Estaba junto a mí, mirando una vidriera. El mendigo se acercaba lentamente, por la acera. Ella lo vió también. ¡Había que ver con qué compasión sacó unos centavos del bolso! El viejo miserable pasó sin mirar para nosotros y se alejó en silencio. La experta hizo un gesto vago, como excusándose conmigo. . . ¡Descarada! Abrió la cartera y guardó las monedas. A viaje.

¿Por dónde empezar? Tengo que recorrer la casa, habituarme a sus rincones, a los marcos de la puerta, a la mesita con el radio, a la taza del inodoro, al refrigerador. . . Es cuestión de pensar en estas cosas. De ahora en adelante el lavabo tendrá personalidad. Porcelana blanca. . . Tiene gracia. Es más importante un jabón de olor penetrante.

Al fin encendí un cigarro y eché una bocanada de pedantería. Exhalaba el humo constantemente y sentía que me acariciaba las narices, que me rozaba el pelo y que se perdía luego, como una sombra gris. Gris. . . Tenía que evitar eso también.

—¿Quieres un poco de café?

No me vendría mal. Pero no es cosa de ceder inmediatamente. Tendrán que acostumbrarse a odiarme primero, para luego ir justificando su impaciencia, su desazón, su “calvario” como le llamarán. . .

—¡Vete a la porra!

Me levanté del sofá donde me había sentado cuando llegué. Inmediatamente sentí el aire pesado a mi alrededor. Si yo hubiera estado en la banda de ellos, habría contenido la respiración. Lo disfrutaba mejor así. Ellos no. Ninguno sabía jugar. Resoplaban como bueyes, preparados como si fuesen un hato de imbéciles. Estaban pendientes hasta de la más mínima posibilidad. Lancé una carcajada que retumbó

en toda la sala. Debía mantener en tensión a los vecinos. Poco a poco empezarían los saludos y las presentaciones y las visitas que llegan con cualquier pretexto . . .

Los libros, mis libros . . . No quiero ni acercarme a ellos. Para mí son tan imprescindibles como inútiles. No hay nada que hacer. Como no sea hostigarlos hasta la saciedad y provocarlos hasta la desesperación. ¡Que rabien todo lo que quieran! No he dado ni dos pasos y ya siento que alguien jadea detrás de mí. ¡Será un sollozo? No estoy seguro. Aquí nunca me consintieron tanto como para eso. No obstante, soy como un héroe recóndito que les azota el presente. La casualidad me escupe sus miserias. Pero yo les escupo a ellos mi pequeño infierno, aunque tenga que soportar el baboseante andar en torno mío, aunque tenga que tragarme su constante traginar para alcanzarme las cosas.

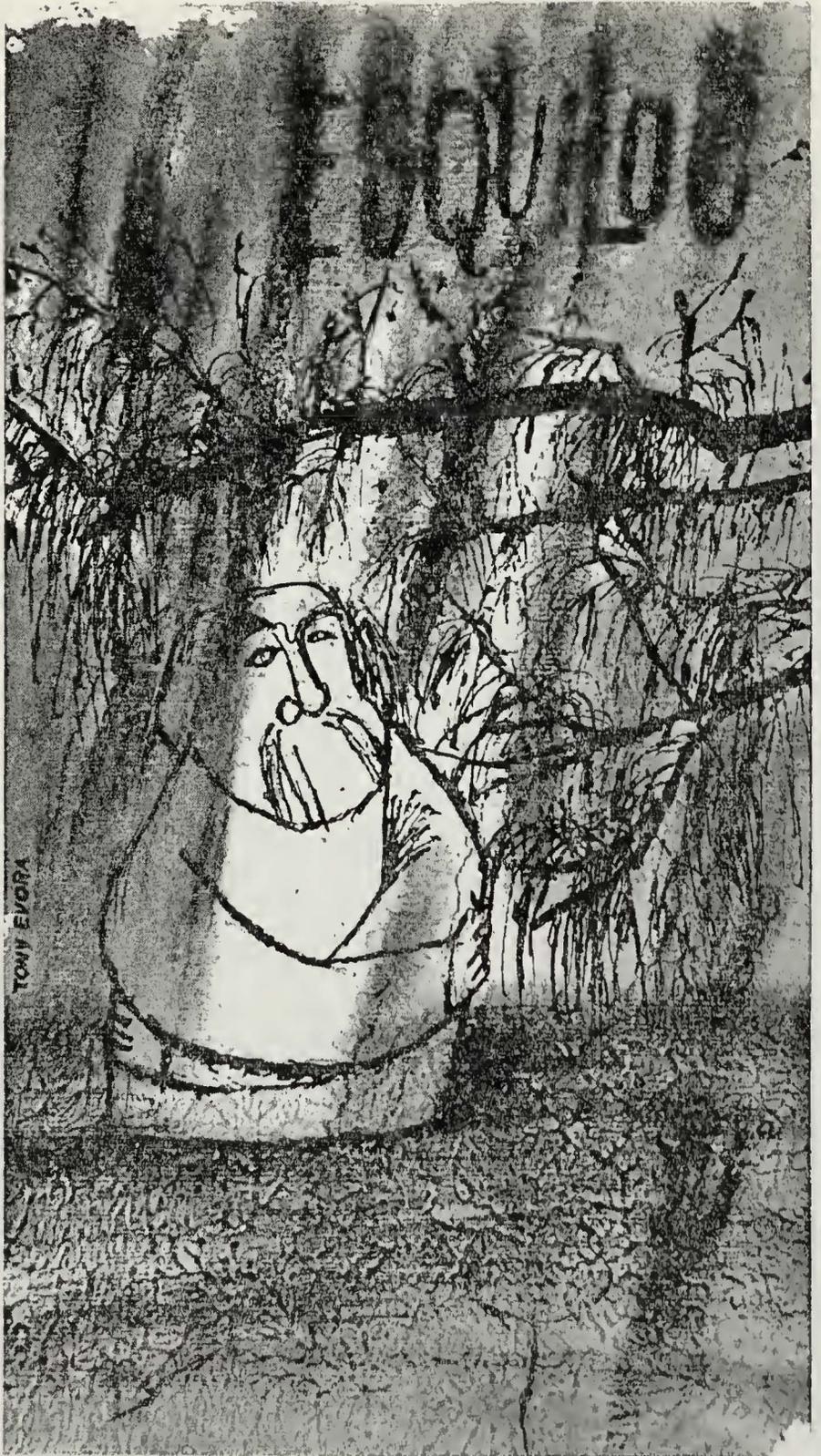
¡Me tienen lástima, verdad? Ya lo creo que sí . . . Pero después, cuando pase un tiempcito . . . entonces van a saber lo que es tener un ciego en la casa.





ESQUILOC

Fausto Masó



TONY EVORA

ESQUILOC buscó su paraguas, no lo encontraba.

Cada día era peor el orden en su casa, las nuevas criadas etíopes, no eran como las antiguas, se había hecho muy mal en pasar a cuchillo a los niños y las mujeres de Sedoac y Sedooc, los últimos pueblos vencidos por los israelitas. Cuantas buenas criadas. Cuantos brazos perdidos. Horas de trabajo que más nunca recuperaría la nación. La pasión al imperar sobre la lógica hacía terribles estragos.

Decidió dar su paseo sin el paraguas. ¿Se quería un día más bello? Su esposa, obstinada como todas las mujeres, le advirtió la presencia de una nubecita negra en el horizonte. Le volvió el rostro despreciativo y encaminó sus pasos por el sendero de piedra.

Cómo iba a llover un día como ése, cuando la Providencia derramaba sus dones sobre la tierra. Junto a los árboles, las flores con sus múltiples colores disponían el camino, recreando la vista y sosegando el espíritu. La vida era bella.

No cabía duda que la razón estaba de su parte. No importaban los desastres de Sodoma y Gomorra. El accidente de la torre de Babel, pudo haber sido evitado. Si se hubiera hecho oblicua sería una anticipación de la de Pisa, y si además los diccionarios hubieran sido confeccionados a tiempo, la confusión de las lenguas no habría creado las dificultades que paralizaron la construcción de la torre.

Había que seguir. Esquiloc estaba de acuerdo en no dar el brazo a torcer. El hombre no debe darse por vencido. Se pierde una batalla, pero no la guerra, lo importante es el espíritu de pelea. Era enemigo de los grandes heroísmos y

las palabras excelsas, pero no se deblegaba tampoco ante la imposición y la fuerza desprovista de argumentos.

¿Y por qué Israel no iba a seguir su propio camino, en vez de dedicarse a cumplir misiones ajenas? ¿Qué le importaba a él, Esquiloc, la redención del género humano y el problema de Adán y Eva? Estaba dispuesto a sostener ese punto de vista hasta sus últimas consecuencias, aunque lo calificasen como quisieran.

Miró hacia el cielo y vió que ahora eran varias las nubes negras. Se había alejado de su casa. Su alarma aumentó al sentirse mojado, caían gotas. Su esposa tenía razón, iba a llover; las mujeres tienen un sexto sentido especial; a falta de inteligencia, el instinto funciona.

Apresuró sus pasos, llovía más fuerte.

Molesto se encogió de hombros y se subió el cuello del traje para evitarse un resfriado.

No tenía deseos de mojarse. Si hubiera encontrado su paraguas. Le desagradaba llegar a su casa empapado, con la ropa interior pegada al cuerpo y las medias mojadas.

Caminó más rápido.

Pero nunca llegó. Había comenzado el Diluvio Universal.



KILOMETROS,
KILOMETROS

Fausto Masó

KILOMETROS

KILOMETROS

KILOMETROS



0553

TONY EVRA



PASAN los 200 kilómetros, aumentando los gritos del público. Una mujer da saltos, y un hombre excitado, arroja contra el suelo el programa de las carreras. Entran en una curva, y los automóviles no disminuyen de velocidad. En primer lugar va el número uno, lo sigue el dos, el tres, el cuatro, así en ese orden hasta el número 28.

El conductor aprieta el timón. El aire en el rostro lo reanima, poniéndolo de buen humor. El premio es cien pesos. En la curva agarra fuertemente el volante y sonríe. Es un gran chofer, un posible ganador, y lo contemplan miles de personas. Si triunfa es la fama y el dinero, el dinero y la fama. En el público una mujer gruesa de anteojos, se abanica y suda sin cesar. A sus pies se ha formado un charco de grasa derretida.

Pisa el acelerador, pero comprende que ha perdido el control del vehículo, las gomas giran libremente, y ante sus ojos, como en el cine, desfilan dos imágenes en una fracción de segundo. Una es la del público loco de entusiasmo, gritando en un arrebató de frenesí, y la otra es la de un muro que bordea la pista.

El muro es de concreto, el público no.

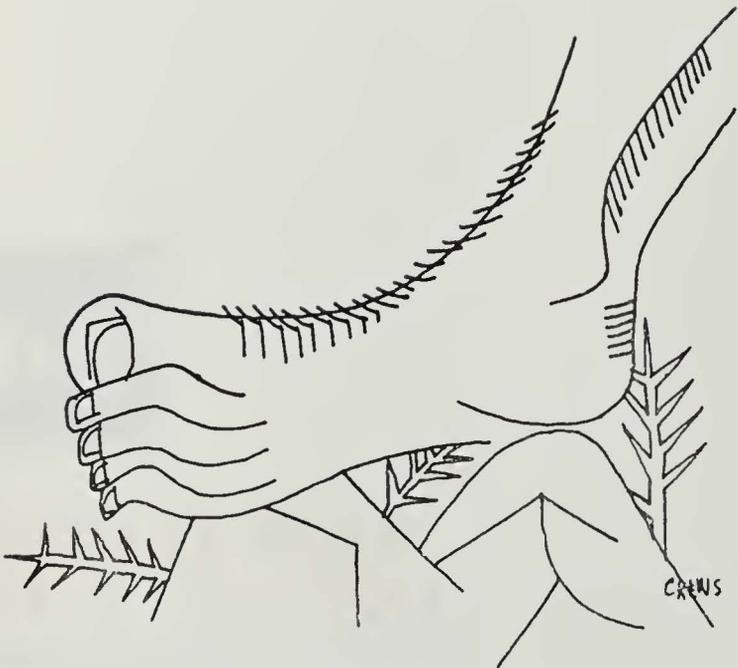
Piensa, reflexiona, y . . .orienta su carro que estrepitosamente frena en un desbarajuste de fémures, omoplatos, falangitas y pectorales.

Sale del automóvil.





LOS POBRES
ANDAN A PIE
Mariano Rodríguez Herrera



YO he andado a pie, arrastrando el cuero de mis zapatos sobre asfalto y cemento, y muchas veces, sobre la tierra seca. Pero a pie, siempre a pie. Si alguna que otra vez descansaba mi cuerpo sobre veloces ruedas, me sentía fuera de la realidad. No es fácil imaginar que la corteza terrestre se desplaza velozmente bajo nuestras suelas, mientras contemplamos dos cosas inútiles al final de las piernas. Sabía que allí, sobre alfombras, estaban los pies que me llevaban por el mundo, unas veces sanos y alegres, otras adoloridos, pero siempre soportando su destino.

Les cuento esto para que me comprendan...

En una fábrica me daban los tabacos, los sacaba a la calle en una maleta y regresaba al atardecer entregando los paquetes que no había podido vender, luego de separar mi comisión. No era mucho, pero no es cuestión de exigir cuando es tan difícil encontrar otro trabajo. Nuestro organismo requiere vitaminas y le tiene sin cuidado su procedencia. A veces pienso que la naturaleza debía volvernos a fabricar de nuevo, según las necesidades de la vida moderna. Parece que esta sabia madre no tuvo en cuenta ciertas circunstancias actuales.

Todos los días, de mañana, alrededor de las ocho, iba por los paquetes, para comenzar a venderlos sobre las nueve. Era imposible hacerlo antes por el movimiento de las bodegas, había mucho público y no me podían atender. Pues bien, ya en posesión del tabaco, comenzaba a pensar en quiénes hacía tiempo no me compraban y que pudiesen necesitar nuevamente. Iba entonces a visitarlos. Pérez tenía, Juan también, "La Milagrosa" otro tanto, "Bar Prieto",

“Dos Hermanos” . . . ¡Ya estoy!, pensaba, comprendiendo que estaba cogido en las redes del desgano, y recordaba las palabras de Cardoso: “No pierdas el aliento, hijo mío, que Dios nunca abandona”, pero, ¡qué sabe Cardoso! . . .

Cuando calienta el sol los pies, las calles de tierra, las calles de asfalto, parecen chupar hasta el último líquido de nuestro cuerpo. Caminar sobre el polvo que despiden un vaho asfixiante . . . el pelo caliente . . . el peso de la maleta . . . la cara febril . . . y la idea atroz: “A lo mejor no vendo nada”. ¡No! En estos casos el aliento nada puede. Si lograba hacer una operación, la esperanza regresaba a mí, sólo para engañarme y que continuara luchando contra fuerzas invencibles.

Caminando a diario fui dividiendo a los hombres en dos bandos: los que andan a pie y los que no. Los de mi posición andan a pie y a pie cargan sus hijos, hacen sus visitas, van al trabajo, a las fiestas, a la iglesia, a pie van al cementerio (no cuando van cargados). Los de a pie no podrán despegar sus extremidades de una tierra que los sabe suyos, y los prende a ella como con enormes imanes, más poderosos que toda lucha, aunque esta sea la batalla final de un desesperado.

Cada vez le fui tomando mayor aversión a caminar y, porqué negarlo, si he de ser sincero, a todos los que caminaban como yo. Sólo un deseo me obsedía: dar el salto, ir sobre ruedas, viajar en automóvil. A veces creía que podría sacarme uno en alguna rifa, pero temía gastar el dinero que costaba participar en ellas. Tenía que encontrar otro camino. Comencé a interrogar a los ricos comerciantes sobre la mancha en que habían hecho sus capitales. Generalmente, lucía fácil, pero comparado con mi caso particular las circunstancias eran diferentes y no ofrecían las mismas posibilidades. Quería hacerme rico, pero ¿cómo? ¿Sabe alguien cómo?

Como les decía, cada vez detestaba con mayor fuerza caminar. Me torturaba la idea de continuar así toda la vida, año tras año. En mis pesadillas me veía, blanco en canas, vendiendo tabacos por las calles, sin poderme ya casi sostener sobre mis pies.

Cuando cruzaba un coche a mi lado me apresuraba a ob-

servar en su interior, mirando con interés a su ocupante. Me parecía un genio feliz, un mago dichoso, dueño de la casualidad. Hacía conjeturas sobre la forma en que podía haber hecho su fortuna. Miraba su rostro satisfecho y quería verle hasta los pies descansando sobre la alfombra mullida del automóvil. A veces estos "seres superiores" reparaban en mí, y yo bajaba la cabeza temeroso de ofenderlos con mi mirada. Vivía en el mundo de la envidia. Lo digo así porque soy sincero, porque quiero serlo con todos, hasta conmigo mismo.

Mi cerebro comenzó a imaginar planes desesperados. Vender drogas, hacer política, robar grandes cantidades impunemente. . . Pero, ¿cómo iniciarme? No conocía, desgraciadamente, a ningún traficante en estupefacientes y, para robar, no tenía más que gallinas a mi alcance. Si hay que ensuciarse las manos no debe ser por menudencias, decidí, y olvidé el asunto para mí muy complicado.

Opté por un pequeño negocio. Para realizarlo necesitaba algún dinero y no lo poseía, naturalmente. Pensé en el señor Cardoso, que hasta el momento se había interesado por mí y era dueño de un almacén de víveres. Era probable, pensaba, que pudiera facilitarme algunos pesos y mercancía, lo necesario para comenzar. Así podría demostrarme, con hechos, aquello de "no perder la fe".

Fuí a verlo. Me recibió amablemente y, confiado, le conté de mis ideas y aspiraciones. Se mostró todo noble. No podía prestarme el dinero, pero me prometió que apenas yo tuviera un local me surtiría de productos, aunque fuera a consignación. . . Sí, fue muy noble.

Luego hablé con el propietario de la tabaquería. Hablé con entusiasmo de las pingües ganancias que obtendría si me compraba un carro para viajar por la provincia. Hablé de lo mucho que vendería. . . Pero el propietario habló de los riesgos, habló de que más tarde, de que con el tiempo, que si el negocio mejoraba. . . Bueno, ya ustedes saben.

La vergüenza me anonadaba. Concluí en pensar que nadie era bueno sobre la tierra. No hay quien ayude a un desgraciado, a un hombre repudiado por la casualidad. Hubiera querido pararme frente al mundo y gritar: "¿Por qué tengo que andar a pie?". Mostrarles mi desesperación, mis manos

encadenadas, impotentes, mis pies adoloridos. Hubiera querido llorar sobre la tierra para que mis lágrimas abrieran las puertas que parecían cerradas para siempre.

Ya no tenía esperanza. Viviría siempre a pie de un lado al otro. Había perdido la fe en los hombres, y por tanto, alcé mis ojos al cielo. El oíría mis ruegos. Sentí, de pronto, la seguridad de haber sido escuchado. Algo vino a confirmarlo.

Uno de los comerciantes que yo visitaba, vendía mercancías por las tiendas del campo. Cargaba un enorme camión todos los lunes y personalmente salía a colocarlas entre sus clientes, regresando el viernes al pueblo. Me extrañó que siendo el dueño, saliese a negociar en vez de quedarse a cargo de sus propiedades. El motivo lo supe de sus propios labios. No podía soportar permanecer encerrado, bajo techo, en un mismo lugar; razón por la cual dejaba a su cuñado al frente de sus negocios y se iba por los caminos, camión abajo. Vi escuchadas mis plegarias el día que me dijo, luego de liquidarme unos tabacos:

—¿Te gustaría trabajar conmigo?

Le miré, desconfiado.

—Es en el camión. . . Necesito un ayudante que sepa vender y creo que tú podrías servirme. ¿Aceptas?

¡Ni que decir! Podrán figurarse mi felicidad. Era el logro de mis sueños. ¡Andaría sobre ruedas! Dios había puesto oído a mis súplicas. Ya no andaría más a pie. Todo me lucía hermoso.

Fueron nueve días. Al décimo, el camión, muy cargado, pasaba por un puente de viejas y podridas tablas que no resistieron el peso, y caímos, entre un estruendo de maderas rotas.

Mi jefe, el hombre al que no le gustaba estar bajo techo, ni solo, está ahora bajo tierra y no podrá más nunca guiar su camión. Yo. . . Dios escuchó mis ruegos, nunca más andaré a pie, como los pobres. . . tengo una silla. . . la hago rodar con mis manos.



ENTONCES

Aristides Arche



NACIO y se crió en el seno de una respetable familia

de la clase media. Su padre era un empleado público cuya honestidad y ahinco en el cumplimiento de su deber lo habían llevado a ganarse la estimación de sus muchos superiores. Nació en medio del cariño y las esperanzas de todos. Desde pequeño aprendió a querer y respetar a sus padres, que cuidaban de él y lo alimentaban (y que según se le dijo más tarde, “lo habían traído al mundo”), y a sus mayores que con tanto desinterés velaban por él. Pronto fue a la escuela. Todos estaban orgullosos de él. Luego se le enseñó a distinguir entre lo malo y lo bueno (entre las malas costumbres y las buenas). Para esto ya había terminado su bachillerato. Conoció a una buena muchacha de su clase. Entró en la universidad. Estudiaba de noche para poder trabajar de día (desde hacía mucho conocía la importancia del dinero). Mantuvo relaciones el tiempo debido (con la muchacha). Se comprometió. Terminó sus estudios de contable. Se casaron. El día de la boda se hicieron fotografías. Pasaron la luna de miel en algún lugar tranquilo y cercano. También allí se hicieron fotografías (él pertenecía al Club fotográfico). Se hizo solo. Llegó a ser persona acomodada. Tenía casa propia en uno de los nuevos repartos suburbanos. Entonces tuvieron hijos. Estos crecieron alimentados con el respeto y cariño de sus padres. Fueron a un colegio católico. Los enseñaron (en la casa) a tomar

ejemplo de su bienamado padre. Fueron grandes. Terminaron de estudiar. Trabajaron. Se casaron y se comprometieron a su vez con buenas muchachas. Y tuvieron hijos. Y él tuvo entonces nietos. Y para este tiempo estaba ya algo viejo y enfermo. Y murió. Fue enterrado, y a su entierro fue mucha gente, no le debía a nadie (no tenía enemigos). Y su muerte causó mucha pena. Todos lo querían. Descansa en paz (en un panteón pagado al contado).

1956



MI AMIGO JUAN

Arístides Arche

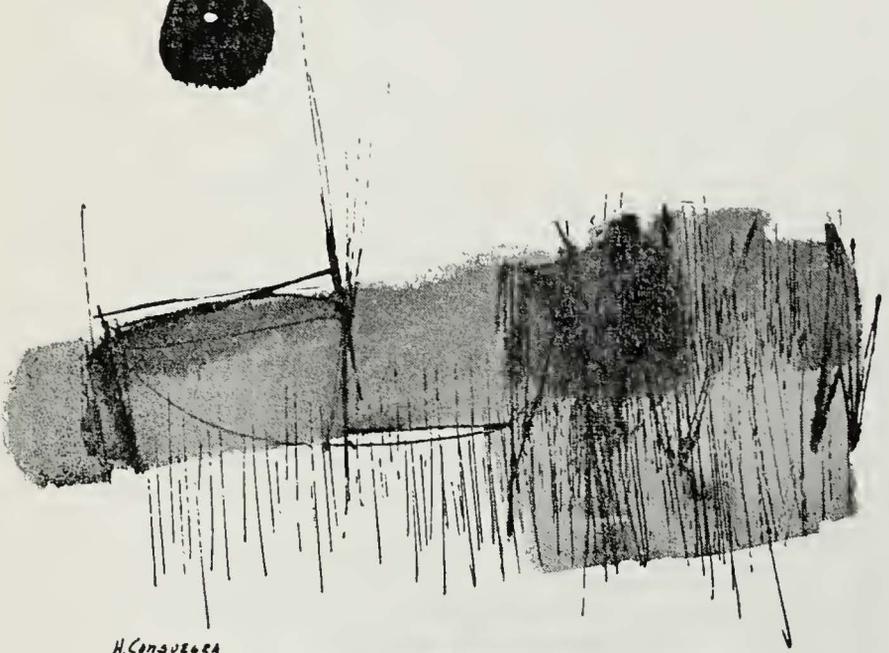
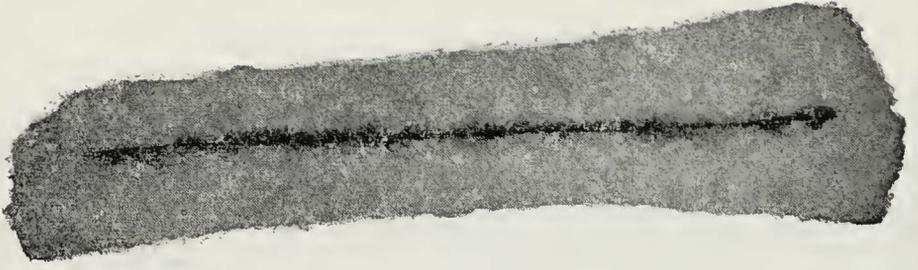


JUAN era un tipo que valía lo que pesaba en oro; buen compañero, arriesgado en el deporte, joven y hábil; en fin, el acompañante ideal para una excursión de caza submarina. Antes de lanzarnos al mar aquella mañana, nos hablaron de los tiburones que pululaban por las aguas en las cuales habíamos decidido cazar. No hicimos caso. Siempre era igual, los viejos nos decían que había muchos tiburones, pero nunca veíamos uno. En fin, haciendo gala de nuestro valor (yo me sentía seguro al lado de Juan) nos lanzamos al agua y comenzamos a nadar, atentos a los movimientos del fondo, que en apariencia estático, podría en cualquier momento descubrirnos el lomo apetitoso de un pargo o la cabezota con ojos saltones de una cherna. Llevábamos ya algún rato (Juan siempre delante de mí. El era más experto), cuando impulsado por mi costumbre de mirar hacia atrás, no por nada, sino porque uno nunca sabe... noté la presencia ominosa de una enorme cornuda que se nos acercaba nadando velozmente. (En esos momentos hace falta una gran presencia de ánimo). Tomando una rápida decisión, aumenté mi velocidad, pasando junto a Juan que se entretenía en mirar el hermoso fondo marino. Lo dejé atrás... La familia de Juan era pobre. Lo querían enterrar en una cajita pequeña. Yo, que como ellos mismos dijeron me había portado muy bien (soy amigo de mis amigos), dí el dinero que faltaba para la "standard".

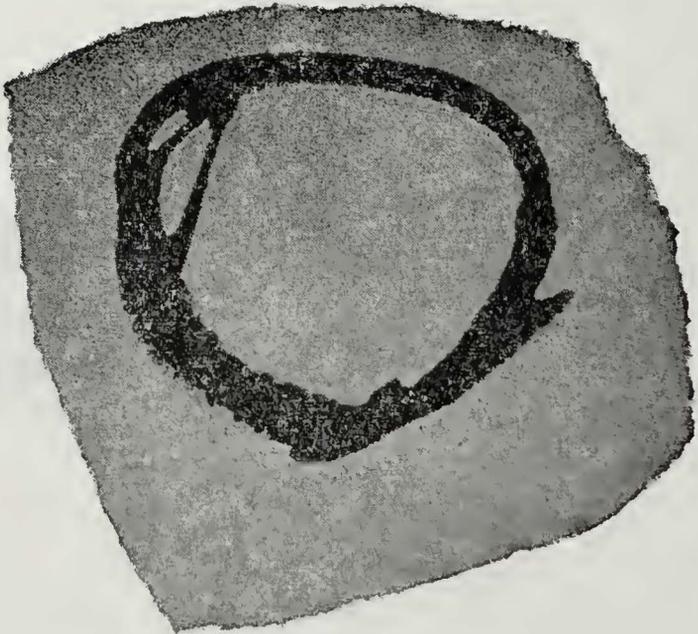


EL VIEJO

Antón Arrufat



H. CONSUEGRA



FLORENCIO se había acostumbra-
do a esperar las

últimas sorpresas de su vida, ya bastante avanzada, por medio del correo. Todos los días por la mañana temprano se asomaba a la ventana de su cuarto para esperar el paso del cartero. Florencio vivía en un hotel, en uno de esos hotelitos habaneros que alquilan habitaciones amuebladas a bajo precio. Lentamente su vida se fue reduciendo, fue llegando a sus límites. Había sido empleado de los ferrocarriles, y después de mucho pleitear logró que la compañía le concediera un exiguo retiro que, no obstante, cubría todas sus necesidades.

Se había casado muy joven. Su esposa era una mujer pequeña, gorda y con grandes ojos que parecían asombrarse de todo. Reía constantemente y sin venir al caso. Toda su vida padeció de extraños mareos que lo obligaban a acostarse a cualquiera hora del día. "Tengo falta de estabilidad", afirmaba con las manos extendidas y entraba en su lecho. Nunca supieron con exactitud qué le ocurría. Murió de un ataque al corazón, repentinamente, hacía unos diez años. Florencio se estremecía al recordarlo. Escuchó aquella noche que su esposa lo llamaba desde el baño: "¡Florencio, Florencio, me ahogo!". El corrió y la encontró sobre el bidé, el rostro amoratado, las manos sobre el pecho jadeante, semidesnuda, mojada por el chorro de agua. Las gotas le corrían por la nariz, le salpicaban el pelo. Fue sólo un momento, luego se desplomó hacia atrás, su cabeza golpeó la pared con un ruido seco, y quedó muerta. Florencio la levantó por debajo de los brazos y la sacó del baño, acostándola en su cama. Después la enterraron y Florencio se mudó para el hotel, solo.

Tuvieron una hija que se casó con un médico que fue a ejercer su profesión en un pueblo del interior. "La Habana está infestada de médicos", afirmó mientras subía al tren. A Florencio le llamó la atención aquel "infestada" en boca de un médico, y se quedó pensando cómo sería posible que los médicos infestaran una ciudad.

Después de casada su hija venía a verlos una vez al mes. Se quitaba el sombrero y lo ponía sobre el sofá de la sala. Siempre bajaba con sombrero a la ciudad. Parecía que acababa de llegar de un largo viaje, que acababa de descender del barco o del avión. Después de la muerte de su madre venía cada dos meses a ver a Florencio, que ya vivía en el hotelito. Fueron años de un estricto cumplimiento matemático. Florencio sabía el día que le tocaba a su hija visitarlo, y la esperaba. Pero con el tiempo, las obligaciones de su casa, la crianza de dos hijos, decidió desaparecer por tres o cuatro meses seguidos. Cuando reaparecía con su sombrero de siempre, inundaba la habitación con excusas y sonrisas. Los niños gritaban y se peleaban sin cesar, transformando el cuarto en un campo de batalla. Las flechas, las pistolas, las persecuciones, el estampido de los "fulminantes" atronaban el espacio, y dejaban atontado a Florencio.

Su hija colocaba paquetes de compras en el suelo, sobre la mesa; se despojaba del sombrero, que ya tenía el velillo un poco gastado, y se sentaba a conversar con su padre. Lo ponía al corriente de todo cuanto había sucedido en su casa desde que no se veían. El escuchaba los mil detalles abrumadores de la vida cotidiana: si habían pintado los muebles, si tuvo a uno de los niños con diarrea, si la cocina no funcionó y la vecina, que era muy atenta, le prestó una cocina de luz brillante, así y así, hasta lo que habían almorzado esa tarde antes de salir para La Habana.

El casi no tenía nada que contar, salvo ligeros achaques. Se revolvía en el asiento buscando algo que contarle a su hija y narraba las cosas más disparatadas e inconexas. Sentía esa opresión en la garganta, esa molestia en el cuerpo que se experimenta cuando estamos obligados a conversar con alguien que no veíamos desde tiempo atrás. Sin embargo, su hija lo contaba todo con verdadera pasión de mujer

que está entregada por completo a la vida que hace. El parecía escucharlo todo desde la gran distancia de sus setenta años, como si ella estuviera hablando sentada al final de un largo corredor.

Luego venían los apretones de la despedida, los besos (“vamos niños, besos para el abuelo”), sus nietos sudorosos del juego se precipitaban sobre su cara y después le sacaban algunas monedas del bolsillo. Se oían los gritos en el pasillo y la vecina del cuarto de enfrente se asomaba para saludar a su hija, pasarle a los niños la mano por la cabeza y regalarle cuatro caramelos viejos. Se escuchaban en la escalera los gritos de los niños y los regaños de su hija para que tuvieran cuidado al bajar y no se fueran a romper una pierna.

No obstante, a pesar de estas molestias, cuando pasaban los meses y su hija no volvía a verlo, Florencio se instalaba en una guagua y llegaba al pueblo, que no era otro que Hoyo Colorado, a quejarse del olvido en el cual lo tenía su familia. Cuando regresaba al hotelito se preguntaba, extrañado, por qué había ido a verlos si la guagua se demoraba muchísimo para su edad, los riñones le dolían de estar sentado tanto tiempo, el polvo y la tierra colorada le ensuciaban la cara le irritaban los ojos, y por qué se quejó que lo olvidaban si él estaba también como olvidando. . . Pero aquí se detenían sus pensamientos y de pronto sentía miedo. Entonces iba al café de la esquina y pedía un café con leche y tostadas.

Si esta era su vida, ¿qué podía esperar todas las mañanas al paso del cartero? Su hija, naturalmente, nunca le escribía; sus otros parientes estaban muertos o no tenían interés en hacerlo; sus amigos de otro tiempo andaban por ahí perdidos, cada uno en lo suyo. A los setenta años la muerte lo había dejado bastante solo. No se puede vivir tanto tiempo sin quedarse solo. Una tarde, entre muchas tardes iguales, tuvo esa experiencia. Tomó su bastón y su sombrero y fue a la acera del Louvre para ver si se topaba con alguno de sus viejos amigos que tenían por costumbre encontrarse en aquel lugar. Se paró cerca de una columna, apoyado graciosamente en su bastón, mirando a la gente pasar por el soportal, y de espaldas a la calle repleta de máquinas. La famosa acera estaba llena de gente que pasaba de un lado

al otro, pero a las cuales no conocía. Esperó y esperó, y no vió a nadie. Regresó a su hotel. Al entrar el muchacho de la carpeta le entregó una carta. Esa carta le dió la solución de su problema.

Subió a su cuarto presa de gran agitación y la abrió. Era una simple nota de propaganda de la sastrería del barrio. Volvió a bajar y fue a la sastrería. Nunca había estado en ella. Entró nerviosamente, le sudaban las manos. Se acercó a un dependiente y le pidió una camisa blanca de cuello, que no le hacía ninguna falta, por supuesto. Con gran esfuerzo recordó la talla que usaba. El dependiente, antes su vacilación, le puso la cinta métrica para cerciorarse.

La camisa estaba ya frente a él, sobre el mostrador de cristales iluminado, cuando pensó que su plan tendría mayor efecto si compraba dos camisas, en vez de una. Así lo hizo. Detrás del mostrador el dependiente se inclinó a llenar el vale de compra, cuando él con voz temblorosa se apresuró a darle su nombre y dirección. El dependiente escribía y Florencio insistía en que deseaba hacerse cliente de la casa, renovar toda su ropa vieja, pasada de moda. . . Insistió en que continuaran enviándole por correo los futuros anuncios de la sastrería. El era un hombre muy ocupado y no podía estar al tanto, tal como eran sus deseos, de todas las ventas y liquidaciones de la casa, pero que no dejaran de informarle por correo. . . Y salió con sus dos camisas bajo el brazo.

Bajó al centro de La Habana. Compró todas las revistas, periódicos y folletos que encontró. Se sentó en el Parque Central y comenzó a ojearlos minuciosamente. Se detenía en todos los anuncios que le interesaban, doblaba la punta de la página, y continuaba revisando la revista. Luego pasó por una carpintería y entregó al carpintero el proyecto de un mueble que él mismo había diseñado momentos antes. Le suplicó que lo tuviera terminado en veinticuatro horas. Prometió pagarle el doble de su precio. El carpintero observó el diseño, entró en el taller, volvió a salir y con una sonrisa en los labios le prometió entregarle el mueble en veinticuatro horas.

A la tarde siguiente los vecinos de la barriada vieron llegar a la puerta del hotel un camión cargando un gigantesco escritorio, barnizado de oscuro y con veinte gavetas. Lo subieron con sogas al cuarto de Florencio. El indicó a los "agencieros" el lugar y allí lo colocaron. Cuando se fueron, fijó en cada gaveta unos cartoncitos que decían: "viajes", "folletos", "catálogos"...

Su proyecto estaba convirtiéndose en realidad. La noche anterior había recortado cuidadosamente todos los anuncios y cupones de las revistas que había comprado, echándolos al correo. Después de sacar sus cuentas cuidadosamente, cuanto le quedaba, pagados el cuarto, la comida y la ropa limpia, había comenzado a invertirlo en suscripciones de todo tipo y lugar, de acuerdo con el descubrimiento de aquella tarde, ya memorable en su vida. No estaba dispuesto a perder el incentivo de lo inesperado. Unas revistas traerían otras, nuevos cupones que llenar, nuevos anuncios, las cuentas, los acuse de recibo, las cartas solicitando otros pedidos. Era como una reacción en cadena. Empezando no se sabía ya dónde terminaría. Y él no quería que terminara nunca.

Luego, a la semana, descubrió los cursos por correspondencia. Recibió: "Aprenda usted dibujo comercial en un mes"; "Hágase de un cuerpo de Atlas"; "Estudie radio mecánico en su casa"; "Somos la palabra de Dios"; "Inglés en veinte lecciones"; "Aprenda el secreto de la mente y su dominio", y muchos más. Cumplía con todos los requisitos de los cursos, mandaba el dinero puntualmente y contestaba los exámenes. Debido a su edad, lo único que no podía hacer eran los ejercicios calisténicos de "Charles Atlas". Una vez tan sólo se atrevió a tocarse la punta de los pies, y cayó en la cama con fuertes dolores en la espalda que le duraron una semana. Sin embargo, nadie podía sorprenderlo en la mentira, y escribió afirmando que alcanzaba un gran desarrollo en los músculos del pecho y los brazos.

Su único interés residía en recibir correspondencia, en el hecho de recibirla, fuera lo que fuese; lo demás le era indiferente. Cumplir los requisitos, llenar los exámenes y mentir de vez en cuando, era el modo de continuar recibiendo las lecciones por correo, el modo de hacer triunfar su plan de entretenimiento. Como se supondrá, el colmo de su exci-

tación, y por tanto de su felicidad, consistía en esperar el cartero todas las mañanas. Se levantaba temprano y se vestía. Ya había realizado sus observaciones. Por ejemplo, sabía que el cartero pasaba bajo su ventana a las nueve rayando los días sin lluvia, y cerca de las diez los días de lluvia. Aprendió a distinguir la capa de agua del cartero. Había observado también que el cartero repartía la correspondencia del siguiente modo: primero, en las casas de la acera de enfrente hasta la mitad de la cuadra, luego pasaba a la acera del hotel y repetía lo mismo. Cuando su reloj marcaba las nueve, se asomaba a la ventana antes de que el cartero entrara al vestíbulo. Así tenía la oportunidad de mirar al interior de la bolsa del cartero. Esto le permitía observar cuál de los sobres, por su tamaño y color, podría ser para él. Era casi una apuesta consigo mismo que se decidía al bajar a la carpeta y recoger la correspondencia. "Es cierto, aquel sobre amarillo era para mí". Cada equivocación le descubría que un nuevo pedido, una nueva suscripción, un nuevo curso comenzaba a llegarle desde esa mañana feliz.

Cuando recibía correspondencia subía a su cuarto, se sentaba junto a la ventana en un cómodo sillón, y abría los sobres con delicia. Al encontrar algo que le convenía, un nuevo curso, el anuncio de alguna compañía de pasajes que regalaba una guía de Roma a quien la solicitara, se levantaba inmediatamente y sentándose al inmenso escritorio escribía una carta solicitándolo, con su letra clara y precisa. Hacía el sobre y lo colocaba debajo de un cenicero, que representaba un caballo galopando, hasta el atardecer en que iría a depositarla personalmente en el buzón de la oficina de correos. Jamás echó nada en el buzón de la esquina del hotel. Después de hacer esto, ordenaba la correspondencia en los respectivos cajones del escritorio. Se preparaba el desayuno y salía a dar una vuelta por el barrio.

Al atardecer levantaba el cenicero, tomaba la carta, cogía su sombrero y empuñando el bastón salía rumbo a la oficina de correos. Allí compraba el sello y echaba la carta. Luego en el salón central, frente al gran reloj de pared, extraía su reloj del chaleco y consultaba la hora en ambos relojes. Los dos debían marchar conjuntamente. Así no habría equivo-

cación con la hora cuando se asomara a la ventana al día siguiente a esperar el paso del cartero. Todas las noches hacía lo mismo. Después iba a comer y regresaba al hotel.

Con cada nuevo envío comenzaba los cálculos de tiempo. Apuntaba en una libretica la fecha en que depositaba la carta; los días que se demoraría en llegar a su destino. Calculaba el número de días que se tomarían en contestarle y lo apuntaba al lado. Estos cálculos le permitían estar informado. No quería dejarle nada al azar. "Los viejos no tienen tiempo que perder", pensaba.

Pero la vida está llena de imponderables, y el correo también. A pesar de sus cálculos, las cosas no le salían siempre a pedir de boca. A veces su correspondencia se interrumpía, el cartero pasaba de largo. Su inquietud lo arrastraba a esperar que el cartero repartiera la correspondencia en toda la cuadra, a sabiendas de que nunca volvía sobre sus pasos. Pero él quería negar esa certeza, resumen de sus muchas observaciones. Cuando ocurría esa catástrofe, se sentía aplastado, enfermo, abandonado. Optaba por acostarse y no se levantaba de la cama. "Esta es mi manera de protestar". Pero las interrupciones en su correspondencia no duraban más de un día o dos, felizmente.

Pero una vez sucedió algo imprevisto, terrible, algo que no pudo explicarse. Pasó una semana entera sin recibir ni una carta. Su casilla en la carpeta del hotel estaba vacía un día y otro. Era algo que nunca le había pasado. El correo funcionaba mal, pero no tanto. Un día o dos, podía soportarlo, pero una semana era imposible, intolerable. Su impaciencia se volvió febril. Fue a la estación de correos a preguntar qué sucedía con sus cartas. El había llenado todos los requisitos, su dirección estaba correctamente escrita, pagadas puntualmente las mensualidades de los cursos... ¡No podía haber error! El empleado lo escuchaba con la boca abierta. Florencio esgrimía el bastón, lo agitaba como un director de orquesta. El empleado revisó el libro de la correspondencia retenida, pero su nombre no aparecía allí. Florencio le suplicó que buscara en otros libros. El empleado respondió que no había otros libros. Floren-

cio levantó el bastón, amenazante, y gritó que le ocultaban sus cartas, que se las robaban; que él recibía la mayor cantidad de cartas del barrio, que era un hombre muy ocupado, y se negaban a entregárselas por envidia o haraganería. Amenazó con quejarse al mismísimo Ministro de Comunicaciones en persona; dijo que tenía amigos influyentes... De pronto se dió cuenta que el empleado de la taquilla le daba la espalda y hablaba con otros, sin hacerle caso, como si fuera un loco o un pordiosero. Indignado, bajó el bastón, lo empuñó contra el suelo... y salió de la oficina rápidamente. Al recoger la llave de su habitación, clavó la vista en la casilla: nada. Con aire falsamente distraído, le preguntó al empleado de la carpeta: nada. Subió a su cuarto.

Apenas había entrado cuando salió de nuevo. Necesitaba hacer algo. No podía quedarse con los brazos cruzados. El remedio de acostarse todo el día era un engaño demasiado pueril ante la magnitud de su situación. ¡Una semana, una semana! Era para enloquecer. Lo que nunca le había ocurrido. Si se acostaba sería peor. Se pondría a cavilar. Debía distraerse hasta la mañana siguiente. “¡Me están olvidando, me están olvidando!”. Tomó la guagua para Hoyo Colorado.

Estaba sentado en la sala de la casa de su hija, conversando distraídamente, escuchando la relación pormenorizada de su vida, cuando llamaron a la puerta. Ella se levantó y él pudo reconocer desde su asiento la figura del cartero, su traje azul, la gorra, la bolsa de cuero, que entregaba a su hija un número de sobres de diversos tamaños y colores. Convulso, se puso de pie. Su hija cerró la puerta y entró al despacho de su marido. El fue tras ella y entró también. Escuchó vagamente que su yerno lo saludaba. Sintió que le ponía una mano en el hombro; pero él no contestó al saludo; no apartaba sus ojos de los sobres. Allí, junto a otros, había uno grande, amarillo, idéntico al sobre donde le enviaban los cursos de inglés. Una sospecha lo hirió. “¿Es éste para mí?”, preguntó jadeante. Su hija lo miró y le dijo que ella estudiaba inglés por correspondencia, y quería que sus hijos lo aprendieran también. Creyó escuchar que le pedía disculpas por no contárselo antes, pero ella quería darle la sorpresa al llegar un día a su habitación hablando inglés... El había tomado ya el sobre entre sus manos y lo abría nervio-

samente. “Es mío”, pensó. “Supieron que iba a estar aquí y me lo enviaron a esta dirección. Hice muy bien en venir, creo que fue una corazonada”. “¿Tú también recibes el curso, papá?”. Vió que una mano le quitaba el sobre. “Déjame ver cuanto me dieron en el examen”, dijo su hija. El vió como el sobre se alejaba y levantó la vista, alhelado. El médico con su bata blanca se había vuelto a sentar. Detrás de su cabeza había un enorme librero negro pegado a la pared. Florencio alargó la mano violentamente para retener el sobre que se alejaba y rompió el cristal del botiquín. Cayeron con estruendo algunos pomos haciéndose añicos. Una mancha azul de metileno se extendió tenazmente por el suelo. Florencio escuchó sus voces, alarmadas por lo que ocurría. Había gotas azules en la bata blanca. “Voy a inscribirme en los cursos de inglés”, dijo.

Su yerno se acercó y le tomó el pulso. El apartó la mano bruscamente y salió de la habitación. Su hija lo siguió. Ya afuera, Florencio pidió disculpas por lo que había sucedido. Se excusó. Dijo que a veces se le nublabla la vista. Prometió pagar el gasto del vidrio. Prometió regalarle un sombrero nuevo a su hija. Ella le pidió que se quedara en la casa hasta que se sintiera mejor, después su marido podría llevarlo a un oculista muy bueno que vivía en el pueblo y era amigo de la casa. El insistió en marcharse. Recordó que ella le había dicho que los niños regresarían de la escuela a las cuatro, y la proximidad de esa hora fatal, su reloj marcaba las tres y media, lo determinó a marcharse de una vez. Tomó su bastón, su sombrero y salió. En el portal se topó con una mujer que entraba en la consulta, vestida de azul. Se estremeció y recordó la mancha en el piso del despacho. Subió a la primera guagua que pasó hacia La Habana.

Ya en la ciudad, al pasar por el Prado, le sorprendió el ajeteo y el bullicio. Los policías cerraban las calles con largas barreras amarillas. Vió que habían puesto gradas a lo largo de las anchas aceras del Capitolio, donde la gente comenzaba a sentarse. Los heladeros y granizaderos tocaban sus campanillas y voceaban. Pasaban la calle negritos llevando en las manos cubos repletos de hielo y refrescos. Al bajarse de la guagua pasaron varios muchachos junto a él con pitos, matracas y gorros en la cabeza. Uno le arrojó a

la cara un puñado de confetti. Era la primera semana de carnaval, y él ni se había dado cuenta. "Vivo como un animal encerrado", pensó.

Cuando caminaba hacia el hotel vió varias máquinas convertibles y camiones parados junto a las aceras, llenas de gente disfrazada, con máscaras y guindajos, que adornaban los carros y se preparaban para el desfile. Al entrar al hotel un camión pasó pitando; una muchacha le gritó "¡Oye, viejo, quítate la careta!", y le arrojó una serpentina que cayó a sus pies con un ruido seco. Florencio bajó la vista y vió que la serpentina ocultaba una piedra. "Coño, esta gente quería matarme", y entró en el vestíbulo del hotel. El muchacho de la carpeta no estaba en su puesto, y aprovechando la ocasión, fue directamente a su casilla. No encontró más que la llave. Registró febrilmente en todos los lugares, pero no había nada que se pareciera a un sobre. Cogió la llave y subió. "Se están olvidando de mí, se están olvidando de mí".

Esa noche al acostarse sintió que tenía un poco de fiebre, el pecho oprimido. Ya en la cama repasó todos los errores posibles que pudo cometer al llenar los cupones o solicitar una suscripción cualquiera. No podía recordar exactamente cuál de esas suscripciones había fallado. Eran casi infinitas. . . Las inmensas gavetas de su escritorio estaban atestadas de papeles, sobres, guías, cursos, lecciones. Casi no se podían cerrar. Esa noche había tratado de buscar en ellas alguna orientación, algo que le explicara la causa de la interrupción en su correspondencia, y no pudo hacerlo. Ahora desde su cama las veía abiertas, hinchadas, algunos papeles en el suelo. Nunca tiró al cesto nada de lo que recibía, y no estaba tampoco dispuesto a hacerlo. Calculó el tiempo de su última carta consultando su libretica de apuntes a la luz de la lámpara del velador, y supuso, con esfuerzo, que a la mañana siguiente recibiría algo al fin. Ese pensamiento optimista lo calmó un poco. Le permitió dormir unas horas. Soñó que la mancha azul del despacho se transformaba en un cartero que le extendía un sobre blanco, y él luchaba por alcanzarlo, y nunca lo lograba. Soñó que un cartero lo perseguía por callejones oscuros, y él quería detenerse y no podía. De repente, abrió los ojos sobresalta-

do, como si le hubieran tocado en el hombro. Se incorporó en el lecho y encendió la luz. Tenía la garganta reseca y sudaba copiosamente. Escuchó las risas lejanas de personas que pasaban por la calle y el ruido del automóvil. Recordó que estaban en carnaval. Se levantó y tomó un vaso de agua. Cuando volvió a acostarse pensó en lo que le traería el cartero mañana. Después una indiferencia tenaz se apoderó de él, y se quedó dormido.

¿Era la luz que entraba por la ventana? Florencio acostado, respiraba fatigosamente. Llamaron a la puerta. Alguien se estaba quejando, sí, se quejaban. ¿Quién sería? Escuchó voces en la escalera. Esa maldita vecina metiendo las narices en todo, mirando sin cesar, regalando caramelos viejos. Golpeaban, golpeaban. ¿A quién, a quién estaban golpeando? “Sudo demasiado. Ya es de día. ¿Qué haces ahí sentada en el sillón?”. “Te estoy tejiendo un abrigo para este invierno, Florencio”. “Cuántos esfuerzos y fatigas para conseguir la pensión... Tengo que ir hoy para cobrar este mes. Me hace falta dinero para el curso de Charles Atlas. Debo revisar mi libreta. El cartero vendrá. Son cerca de las nueve. Voy a levantarme, voy a levantarme”. Y murió. Esa mañana el cartero dejó para él varios sobres. Todo parecía volver a su curso normal.

1957





INSUBORDINACION

Manuel Díaz Martínez



C. G. G.

EN uno de sus frecuentes y fructíferos viajes al extranjero, mi padre trajo del Perú un enorme reloj de pie. Contaba que se lo había regalado, luego de cerrar la espléndida transacción, un comerciante limeño a quien había ido a vender una importante cantidad de tabaco en rama.

El reloj era hermoso: un mueble imponente, unos solemnes péndulos dorados y una esfera complicada que parecía la misma cara inmortal del tiempo. Creo que a mi padre le costó más el flete del dichoso reloj que lo que en realidad valía éste; pero ni en ello hubo de fijarse, pues desde el primer instante —según él mismo decía— quedó sujeto a los trágicos caprichos de la inexorabilidad.

Sin duda, del reloj lo que en principio más gustaba a todos era el aristocrático gong con que anunciaba las horas. Después, con el correr de los años, fue gustando menos, hasta el climax del disgusto, por los acontecimientos que será necesario que ustedes pasen a conocer.

Desde que recuerdo haber empezado a tener uso de razón, no he visto que hubiera en mi casa objeto ni tema capaces de absorber tanto el seso de mi padre como el reloj y cuanto le concerniera.

El reloj llegó a casa mucho antes de que yo naciera, lo cual quiere decir que fue uno de los tantos contratiempos que ya me esperaban en el mundo. Me contaban que mi padre, siendo yo pequeño aún, se enfermó cierta vez que se descompuso el mecanismo del gong, y que cuando llegaban las horas en punto, se desesperaba como si, al no oír el golpe sonoro del gong, se le hiciera un doloroso vacío en el cere-

bro. Hubo menester de una urgente reparación del reloj para evitar que mi padre cayera en el vacío de su cerebro.

Las amistades que nos visitaban —hasta entonces bastante numerosas— optaron saludablemente por no frecuentarnos; y alrededor de nuestra casa, de nuestra familia, de cada uno de nosotros, se fue creando una nebulosa de opiniones sombrías. Fuimos entrando, lenta y singularmente, en los círculos del misterio, cosa ésta que, si en otra época y en otros países no significaba nada, en nuestra época y en nuestro país es casi peligrosa.

Desde que nací, pues, estoy viendo el reloj y oyendo hablar de él. Era algo, en nuestras vidas, tan inevitable como la muerte y tan autoritario y decisivo como la misma vida. Por ejemplo: la mayor esperanza que con respecto a nuestro futuro abrigaba mi padre era la de que, a su muerte, el reloj pasara a nuestro poder, a lo cual le daba un sin duda positivo carácter simbólico. Aún recordamos con escalofríos las amonestaciones que nos echaba delante del reloj, y ahora comprendemos todos que lo hacía con el fin de dejar un ejemplo más duradero que los corrientes.

El caso fue que mi padre murió. Sus últimas palabras, después de los consejos que repartió entre los que estábamos rodeando su agonía, fueron para el reloj. Dijo:

—Quedarás ahora en manos de los demás. Ellos te respetan como yo y sabrán seguir respetándote. En ti quedo para ellos. Ellos saben. . .

La casa, con la definitiva partida de mi padre, quedó como deshabitada, y nosotros quedamos prácticamente como sonámbulos, como si hubiéramos marginado nuestra existencia, nuestro sabor de vida, es decir, hasta cierto punto, nuestro misterio. El era, entre nosotros, el poder mayor de toda sensación hogareña, la fuerza de la cual emanaba la unidad de nuestro hogar, no obstante haber sido inflexible su severidad para con nosotros.

La muerte de mi padre dejó algo más que tristeza vulgar; algo mucho más agobiante, poderoso, tiránico que el dolor de la pérdida absoluta; algo que se nos antojaba árido y brutal.

Nuestros amigos continuarían notando nuestras incomprendibles anomalías, porque ni aún después de la muerte

de mi padre se atrevieron a reanudar sus visitas. Los que conocían de nuestros problemas, en cualquier parte nos observaban con reserva y extrañeza, y sus ojos parecían responder nerviosamente a preguntas inexpresables.

El reloj siguió con nosotros algún tiempo, y más lo hubiéramos tenido si, a través de los días, de las horas, de los minutos, no hubiera ido creciendo hasta llegar a desplazarnos hacia el piso y las paredes. Su terquedad mecánica llegó a pasar por sobre el amor de mi madre. A media noche, parecía transmitir las órdenes de un pasado angustioso. La casa se achicaba y agrandaba en nuestras venas de acuerdo como el pasado nos reducía el corazón o nos lo agrandaba mediante el gong del reloj. Los viejos retratos se animaban groseramente en sus marcos y nos hacían vivir insomnios desdichados. Los sollozos de la noche llovían torrencialmente en nuestro ser. Los que en casa estudiábamos llegamos a aborrecer las tragedias griegas.

Un día, mientras reía, quedé crucificado en el triángulo sonoro de las tres.

En un momento, mis primos y yo salimos del sopor de los péndulos del reloj y, sin más preámbulo, alzados en nuestros sentimientos y en toda nuestra indignación, derribamos el reloj a pedradas. Desde entonces sabemos que mi padre descansa en paz y que vivimos sin márgenes patéticos.

1958





LUIS FELIPE

Manuel Villabella



H. K. H. ii

EXISTIO o no existió Luis Felipe?... A veces yo mis-

mo lo dudo y me quedo clavado en esa pregunta como el que está metido en un hoyo sin poder salir. Luis Felipe tendría unos 32 años, era alto y fuerte; su cara negra como el azabache brillaba cogiendo un tono extraño con los ajetreos del trabajo. Se diría que toda esa cara se trazó de un solo golpe; porque cuando Luis Felipe hacía por reír se estiraban con él los ojos, que se ponían chiquitos, tan chiquitos que casi no se veían y entonces se entreabría su boca sólo un poco (esta era su forma de reír para dejar ver los colmillos grandes y blancos.)

¿Qué si hace años que lo conocía?... Figúrate: llevo doce años en el negocio del lavado de ropa y estos doce años me los pasé a su lado por las mañanas, porque era en su carretón que repartíamos la ropa. ¡Este Luis Felipe tenía cada cosa...! Figúrate que a veces me violentaba con él y mucho que pensé buscarme otro “planchero” porque se hacía muy tarde: el pobre negro tenía consideraciones hasta con el mulo; no quería darle golpes. Antes yo creía que me gustaba conversar con Luis Felipe; pero en verdad me di cuenta que sólo era porque yo conversaba solo. El se limitaba a su “sí, sí” y a su “no, no”, habituales en él. Un día le pregunté:

—Luis, ¿dónde tú vives?

—Hum...lejos, muy lejos...

Y no contestó más nada: fue cerrando la boca poco a poco (su boca no parecía nunca cerrada totalmente porque quedaba así, como entreabierta), se aguantó más de las rien-

das del mulo y no le salió ni una nueva palabra. Estaba quieto como un poste y yo me fijé que ni los ojos se le movían.

A mí me dijeron una vez que Luis Felipe no tenía casa ni familia y dormía en una sociedad donde le daban albergue, tirado en el suelo. . . . Si es verdad, nunca lo supe. Pero era lo más seguro.

Mis conversaciones con Luis Felipe en estos doce años fueron grandes, no vaya usted a creer; y hablamos de la situación, de la vida y le hablé hasta de mi familia. O mejor dicho, yo hablaba solo; porque en realidad Luis Felipe siempre con su "sí, sí" y "no, no"; pero yo me creía que él contestaba y ahora me hago esta pregunta: ¿cómo yo podía hablar solo tanto rato? . . . No sé. . .

Cuando yo bajaba los cestos llenos de ropa, Luis Felipe no se movía del carretón y se quedaba muy quieto, como el que mira un punto fijo no sé donde. Al irnos, le decía:

—Cuando quieras, Luis Felipe.

El contestaba con un movimiento de labios que se abren sin abrirse y se cierran no sé como. Era un ruido más bien que le salía de su boca. Y entonces echaba a andar el carretón con un orgullo que se reflejaba en su rostro. Sólo recuerdo que en una ocasión bajó del carro: fue para mi cumpleaños. Yo estaba alegre porque no era para juego: ya eran los 39. Y me había dado cuarenta "palos" por todos los "cafeses", cuando llegamos a la fonda de los chinos a entregar las ropas. Yo le dije:

—Luis Felipe, baja, vamos a darnos un trago.

No sé qué contestó, o si no contestó no me di cuenta; pero bajó del carretón y entró conmigo en la fonda, se tomó una cerveza, no sé ni qué marca, porque cuando yo le dije: "Luis, pide la marca que quieras", se limitó a reír, o a mover los labios así, en la forma que él lo hacía y cogió la que el chino le puso encima del mostrador. Aquel día la entrega fue rápida y algunos se quedaron sin la ropa limpia; total, una vez al año no hace daño, y yo estaba contento, más que por mi cumpleaños qué sé yo. . . . Son de esos días que uno tiene "abiertos".

La mañana del robo al "Banco Industrial", nosotros salimos juntos, lo recuerdo claro. Cuando llegamos a la Plaza

de las Mercedes, se empezaron a oír los comentarios. Recuerdo que un hombre me dijo: "Entraron armados hasta los dientes un moreno y dos más. Se llevaron más de cien mil pesos".

Cuando monté en el carretón se lo repetí a Luis Felipe: "Eran un moreno y dos más y se llevaron más de cien mil pesos". Yo creo que él me dijo algo o no sé si respondió así con su abrir y cerrar de labios. Los comentarios eran varios: cada uno tenía a su manera. El dueño de una cafetería me dijo: "Mira muchacho, no seas bobo; eso fue una combinación entre gente grande para quedarse con la plata y dar la mala. ¿Tú crees que estamos en Chicago?... Armados hasta los dientes y de día... ;que vayan con el cuento a otro lado!..." Este comentario lo escuché nuevamente al pasar los días; porque los periódicos seguían hablando de las pesquisas y la búsqueda de la policía. Pero nada más...

Luis Felipe era un hombre cumplidor. Por eso me extrañó no verlo aquella mañana y tuve que buscarme a otro planchero, a Lucas, para poder repartir la ropa.

—¿Y Luis Felipe?

—No sé —me contestó Lucas—. Debe estar enfermo; es raro...

—Primera vez en doce años —dije yo.

Al otro día tampoco ví a Luis Felipe y me extrañó, aunque todo es posible y cualquiera se enferma.

Yo nunca compro periódicos. Las noticias me llegan según lo cuenta uno y después el otro. Total, uno siempre se entera; pero aquel día me dió por comprarme uno, pues en primera plana venía con letras grandes: "Muerto en forma misteriosa el ladrón del Industrial". Abajo venía algo más con letras más chicas: "Fue identificado el occiso como el popular asaltante conocido por "El Moro".

"El Moro"... Sí; yo muchas veces escuché ese nombre. Estuvo complicado en asaltos sensacionales. Era un pandillero de esos que nadie conoce y que sólo se sabe de ellos de oídas. Dicen que hacía años que lo buscaban; pero nunca lo encontraban. Cuando seguí revisando el periódico y ví la fotografía de "El Moro", con la boca a medio cerrar, fue que me sorprendí... ¿Cómo, adivinó usted? Aquella fotografía

era de Luis Felipe; yo lo vi muy bien, aquel era Luis Felipe. Si hasta la camisa que traía me era conocida. Oigame, ver eso y correr para la casa de los chinos fue una misma cosa. Cuando entré, José Lee estaba fregando los cacharros...

—Capitán, mira periódico, mira foto!

—Hummm, ¿quién pasa a tí? Foto... sí... ¿y qué?

—¿Quién es este hombre?

—Ese son "Molo", pandillero, ese roba banco...

—Capitán... ¿tú no te acuerdas del "planchero" que venía conmigo siempre? Luis Felipe...

—Lui... Felipe... ¿Quién son Lui Felipe?

—Capitán, ¿tú te acuerdas del día de mi cumpleaños que tomamos una cerveza...?

—Tú tate quieto, yo no sé cuando son día de tu cumpleaños. Tú trae ropa limpia, yo paga dinero, yo no sé más na...

Cuando agarré el periódico otra vez, que lo había abierto en el mostrador, no paré hasta que vi a Gómez, el gallego encargado del hotelucho donde dejaba yo la ropa.

—Gómez, ¿tú te acuerdas de Luis Felipe?

—¿Quién es Luis Felipe?

—El carretonero que reparaba mis ropas... Un moreno alto...

—Qué sé yo; tú has cambiado muchas veces de "planchero".

—No. Siempre era el mismo.

—¿El mismo? ¡Caray, es verdad que todos los negros se parecen!

No le pregunté más nada a Gómez. ¿Para qué?... Seguí indagando; pero nadie conocía a Luis Felipe. Después hablé con Lucas. El ya había visto el periódico. Dijo que se le daba un aire a Luis... pero, que va... esa expresión en la cara de criminal, ¡aquel era El Moro!... Yo quise denunciar el caso, declarar que aquel no era "El Moro"... pero,

¿y quién era Luis Felipe? ¿Dónde vivía? ¿Su apellido? No sabía; entonces ¿Qué denuncia formularía yo?

Compadre, yo le puedo decir que el negro que andaba conmigo en el carro era un buen hombre; el que anduvo conmigo en el carro mucho tiempo; porque el del periódico dicen todos que es "El Moro". ¿Ahora tú comprendes lo que te dije al principio? . . . Porque aunque la camisa y el rostro se parecen, el del periódico es "El Moro". Lo dice el chino, el gallego, Lucas y todos . . . ¿por qué no he de decirlo yo? . . .

1958





EL RESPONSABLE

Armando Entralgo



ME duele la espalda. Me duele también la cabeza. Sentado el santo día, esperando, no es raro que todo me moleste. Se mece en un butacón de balance mi compañero de acción. (Qué palabra esta . . . si hace un chorro de semanas que no ponemos una).

—La vieja de los bajos tiene un cerebro de mierda. Me preguntó si no teníamos familia.

—¿Cómo puede alguien tener un cerebro de mierda?

—No puede ser de otra cosa. Apenas piensa algo que sirva. El otro día quise que me preguntara una “bola” a la estación de policía y no se atrevió.

Me quedan tres calzoncillos limpios. Un par de medias. Una camisa. El saco que me regaló Erlinda. ¿Pesos? No, pesos no hay.

Desde la ventana, el panorama es poco sugestivo. Una pared que se derrumba con la humedad, el patio con lavadero, la caseta de un perrito que nunca está en la caseta. ¡Que perrito tan dichoso que teniendo caseta no tiene que estar en la caseta! Asomado, miro como de costumbre. Escupo para vengarme de los que están afuera rindiendo la pava. Cae la saliva, y la tarde incolora. Los escritores hablan casi siempre de la tarde. De que es gris, de que la mujer amada, de que los últimos rayos, etc. Veinte porquerías. Estos escritores se deleitan hablando y embaucando a los demás. Mi mamá se lee dos novelitas de esas cada hoja del almanaque. ¿Sabrán algo los literatos del polvo que cubre esta ventanita en que me apoyo, una de las diversas cosas en que sigo apoyado para no perder la paciencia?

Por cierto que hoy hace un mes que no veo a mamá. Desde que vine para el reparto a esconderme. Estará engordando como siempre que anda nerviosa. La pobre vieja . . .

Atrás siento al Rey haciendo bulla. Se zarandea con las manos en la cintura y cierra los ojos. Parece como si estuviera besando una hembra. Lo que quería era hacerse notar por mi. Sale corriendo hasta la ventana.

—¿No te acuerdas de como se baila, Tony?

—Claro que si.

—No puedes acordarte. Tú no tienes cara de bailador.

—¿De qué tienen cara los bailadores, Rey?

—Deja eso. No hay plata ni mujeres ni podemos hacerlo aunque tuviéramos ambas cosas. No podemos, idiota.

La cabeza se me parte en dos pedazos. Dos pedazos grandes también y del tamaño de una calabaza partida. Por un rincón hemos levantado lo que sobró de un espejo normal, en el que el Rey se peina mañana, tarde y noche. El Rey se hace la idea de que está libre y que va a salir y que buscará a su mujer para irse de rumba. Hoy está peligroso. Se regocija desde temprano con esas anomalías de los buenos momentos. De un instante a otro, se pone peor. Tiene cara de añoranza, cara de anormal. ¿Acaso no es anormal querer lo que no es probable?

—Hoy viene.

—¿Quién?

—La única que puede venir aquí.

—¿A traer qué? . . . A chibar seguro.

—Quizás te arrepientas . . .

—Vaya

— . . . quizás te arrepientas cuando veas el fajo de billetes . . .

Este hombre y las nubes. Ni pesos ni nada. El clandestinaje es miedo. Por afuera piensan que es guapería, pero en realidad es miedo. Miedo a no dar la talla, a aflojarse de piernas, a salir corriendo. Miedo a no tener una mujer por la noche. Y a no tener noche mañana. El miedo es el arma que mejor combate. Yo tengo miedo a veces. No me preocupó, porque me ha servido para tres o cuatro acciones que solo con miedo hubiera podido realizar.

—Le dije a la vieja de abajo que la llamara por teléfono.

—No juegues.

—Ya debe haberlo hecho.

—Mira, no juegues que tengo el día terrible.

—Pues sigue durmiendo de ese lado. Que la llamara, que yo quería verla, que tenía ganas de...verla.

—Ojalá venga “acompañada” para que seas tan imbécil. Esa mujer de abajo la conociste hace un mes y ya la quieres de toda la vida. Si te cogieran solo... pero me agarran contigo.

—Ah, ¿y qué querías? ¿Qué no la viera nunca, que no me sienta hombre nunca? Yo soy hombre, mira los pantalones. “Ay, muchacha, ¿y tu blusa, muchacha?”

(Confiar a la vieja que estamos imposibilitados de salir a la calle para hablar por teléfono. Pedirle a su mujer que venga por aquí). Ella es más loca que él mismo. Se dejará seguir. La seguirán. Estoy listo. Frito en la sartén... Bueno, por lo menos veré a otra persona. Ganas que tengo de ver una mujer, aunque sea la de otro. El color del sillón es genérico para mí. Lo veo dominante, me guía la vista a donde le place. De vez en cuando me dejo caer sobre él para aplastarlo.

—Un niño bobo y una niña boba se casan. Otro bobo se esconde con ellos en la clandestinidad y a los tres los lleva la policía. El tercer bobo sabía de antes que eso iba a pasarle. Pero bobo al fin...

—Tony, tú eres buena gente, por eso te hicieron responsable de acción. No quisiste ir a la embajada cuando otros se asilaron. Yo tampoco. No estoy “quemado” todavía. Me gusta La Habana.

¿Seré yo tan listo como dice el Rey? Si supiera las veces que se me traba la razón. Me pesa la pistola. Empiezan a tirar sobre mi de un lado y de otro. Ellos no saben que tengo trabada la razón. Como no decido, me pongo tieso como un palo de escoba.

Al principio fue peor. Cargado de rebeldía y sin práctica. La seguridad de que estaba haciendo lo justo me imponía coraje. Después se abrió paso la confianza en mi mismo. Y para cuando me invade el descontento, para cuando sufro por las demoras y los riesgos innecesarios, entonces pongo la mente en blanco. Apelo a la canción que tanto sonaba en

la victrola de la Universidad. La he tarareado en situaciones que bordeaban la muerte.

En el reloj son las siete. A esta hora se come. Nosotros no. Comemos lo mismo a las cinco de la tarde que a las tres de la mañana. Depende de que haya comida y alguien cocine. La vieja luego manda una lata de dulces, coco y queso crema. Al Rey no le quita el sueño la crema. Para mí, doble ración de queso suavecito.

El Rey es un hombre de esos que los cubanos llamamos fáciles, dispuestos, despreocupados, amigos de la aventura. Me acuerdo momentáneamente de su familia. Mucho que había sufrido durante el año último: el padre, la madre, los hermanos del Rey. La dignidad es difícil de llevar adelante en este mundo. El padre, cesanteado por las acciones del hijo, fue varias veces a entregar al Rey sus ahorros. Su vida llegó a ser tan provisional como la nuestra.

Cuando uno habita junto al terror, la puerta es un símbolo: separación entre el presente, el pasado y el futuro. El presente es de la puerta a las paredes. Y quien se queja... peor es el futuro, insabido, imposible de saberlo. Un buen día se abrirá esa misma puerta y saldremos de aquí con el rostro tranquilo. O con las manos en alto. O ni así ni asao: a patadas, dejando la huella de sangre en el piso, con los ojos abiertos, sin rumbo. Me enredo con frecuencia en estos pensamientos. Ahora tocan a la puerta.

—Llegó —el Rey se agita. Le pido que me deje abrir. —Es el toque suyo — asegura. Pero a mi nadie me coge de bobo. Es un toque que alguien puede repetir de pura suerte.

Subo en una silla y miro por la rendija. En realidad que su mujer es bonita. Tiene blusa nueva, saya que ya he visto, y una cara de seguridad que da lástima.

No me deja el Rey bajar de la silla. —Ya ves — y se tira a la puerta.

La hala hacia el cuarto. La carga, le besa el cuello, baila, vuelve a besarle el cuello, un cuello con talco.

—Ponme en el suelo, Rey.

—Estás muy linda o estoy muy loco.

Desde el balance, los observo.

Ella se vira y hace como si fuera a lanzarme un zapato. Trae el paquete de siempre y una cartera. Suelta ambas co-

sas sobre la cama, la sola cama del centro. Nuestro apartamento es amplio y con los escasos muebles luce abismal. La cama la usamos en común, y el sueño inquieto del Rey ya arroja sus dividendos en mi cuerpo. La noche anterior chocó el puño en pleno estómago. Desperté rabioso. Siguió durmiendo como un lirón.

—Carterita de mi vida, dime qué tienes dentro... —de lado en la cama, acaricia el bolso de su mujer.

—Abre.

—Antes dime que hay.

—No, no. Abre.

Lo veo tembloroso, con ojos saltando como pelotas. Encuentra lo que busca arriba. Tengo que hacerme el indiferente. Reviso el cielo raso. Camino del sillón a la ventana. El hambre me duele.

—Rey, si me están haciendo una broma, paren a tiempo.

—Es plata.

—Tírala para verla.

—No puedo, Tony. Se vuelan los “verdecitos”.

Tiene sesenta pesos en la mano. Los devora con la vista fija en el mayor de ellos. Rey tiene dinero que le trajo su mujer. Ese es el resultado de ser casado. Si yo me tropiezo con una esposa no la suelto.

—Te exprimo, mi china.

—Aguanta, no soy una naranja.

—Eres para el Rey la gallina de los huevos de oro, seguro.

Hace una semana que no como carne de res. Soy una lata de “Spam” con figura de hombre. Le pido a la mujer que traiga filete. Si, dos o tres filetes enormes, rojos. El Rey se recuesta sobre la almohada. Está pensando y sé de sobra que el pensar en él es catastrófico.

—No compres filetes, china.

Tengo la intención de hablarle de su mamá.

—Si quieres comerte el dinero, por mi parte...separa lo de siempre y trágate el resto, mentecato.

—No compres filetes, china... —se incorpora—. Voy a salir con ustedes a comer en el centro de la capital y a darme cuarenta tragos. Con cuarenta pesos me doy cuarenta tragos.

Imagino que pierdo irremisiblemente la carne de res. El

Rey delira. Su hambre, vieja como el tiempo, seca como un invierno de Groenlandia, lo trastorna. Caigo sobre el pedazo libre de la cama. Ni se mueve.

—Vamos a salir, Tony.

—Quiero vivir.

—Por dos horas nada nos pasa. Tomamos, bailamos...

—Yo me quedo.

Coge un par de zapatos sucios y se los coloca en un instante. Abre la puerta del escaparate y elige entre dos camisas estrujadas. (Aparta la payama, escupe talco sobre su pecho. La mujer observa incrédula. Se mete la camisa por dentro). Aquello iba en serio. Mientras se pasa el peine frente al espejo, su boca se retuerce de gusto.

—Estoy listo para la rumba.

—Buena suerte.

—Mira que tú te lo pierdes, Tony...

—Afuera, vaina, afuera.

La mujer se ríe ruidosamente, bajando la escalera. Los miro un rato. Como un matrimonio normal, conocido de la gente sencilla, que marcha al cine tras un día de labor agotadora.

Tiro la puerta con furia. Sin filete, sin dinero, sin compañía. La otra camisa estrujada se mece con aire de noche. Queda una camisa. La otra la lleva el loco que me acompaña en esta lucha feroz por la justicia, sin sol, sin aliento, sin fin. Con tenacidad, con la sangre de hermanos sirviendo de noble abono. Yo, el que decide... (En verdad, los momentos deciden por mi).

La noche deja de soplar sobre la camisa. Me cubro. Aliso el pelo. Torpe con la prisa, abro la puerta nuevamente. No veo nada.

Una risita me pega en la cara. Y otra, y otra...

—Psst, psst. Baja, estamos esperando desde que cerraste la puerta.

Los dos están escondidos en el descanso. Lívido de soberbia, no me apuro. Pero en el segundo piso, la cosa se va relajando.

—Bien, mi hermano, eres un loco con plata. Tomar es la orden del día.



ESTE PEQUEÑO PUEBLO

Luis Aguero



LA gente de este pequeño pueblo es gente pintoresca.

Todavía recuerdo con cierta nostalgia lo sucedido con el Padre Padilla:

Todo el pueblo estaba en movimiento. Esa mañana llegaba el nuevo cura, hecho que resultaba un verdadero suceso. Máxime si se tiene en cuenta que el Padre Damián había sido el párroco de este pequeño pueblo durante casi treinta años seguidos.

El movimiento comenzaba en la Iglesia. De la Iglesia llegaba hasta la acera. De allí hasta las casas y, en definitiva, hasta todo el pueblo que, de una u otra manera, esperaba ansioso la llegada de quien sería, desde esa mañana, su común sacerdote.

En la Iglesia los caballeros católicos entraban y salían y las damas católicas salían y entraban. Se detenían en el atrio, conversaban un momento y seguían trajinando, ultimando los detalles para el recibimiento. Interiormente todos se preguntaban las mismas preguntas.

(No se sabía casi nada de este nuevo cura. Solamente su nombre: Reverendo Ramón Padilla, o sea, el Padre Padilla. También se sabía que venía de La Habana).

Resultaba lógica la impaciencia. Todos continuaban preguntándose las mismas preguntas:

—¿Cómo será el Padre Padilla?...Será joven o viejo, simpático o pesado, gordo o flaco, hombre o...

—¡Reglita!, como dices esas cosas.

—...o santo, mamá. O santo. Deja que termine y luego habla.

Hacia cerca de dos meses que había muerto el Padre Damián. Fue lo que puede llamarse un buen sacerdote. Respetuoso y respetado. No cedía un ápice, pero no se excedía un ápice tampoco. Nunca tuvo desavenencias con nadie. Ni siquiera con los masones o los protestantes. Recuerdo que en cierta ocasión el Padre Damián asistió a una velada celebrada en la Logia. Las damas y los caballeros católicos lo criticaron duramente, pero con el tiempo se olvidó el asunto.

Ultimamente el Padre Damián, viejo y enfermo, no podía ocuparse plenamente de sus oficios religiosos, que quedaron en manos de una respetada señora de cabeza encanecida, bien entendida en todos los rezos.

Un día el Padre Damián murió y su muerte no sorprendió a nadie.

Todo el pueblo, y las damas y los caballeros católicos, especialmente, hacía bastante tiempo que la esperaban.

En el velorio, las lágrimas no escasearon, pero dentro de sí, las damas y los caballeros católicos, sintieron una íntima y bien justa complacencia: En lo adelante tendrían un verdadero sacerdote —no una Doña Concepción improvisada— que le brindara la hostia con la religiosa frecuencia que ellos necesitaban para redimirse de los pequeños pecados que tiene todo humano.

Serían cerca de las diez de la mañana cuando un auto negro y cerrado se detuvo en el costado izquierdo de la Iglesia. Las damas y los caballeros católicos corrieron hasta el costado izquierdo de la Iglesia y todas las miradas se amontonaron en la portezuela trasera de la máquina, con tanta insistencia, que pareció abrirse bajo su influencia. El auto negro y cerrado dejó que descendiera un hombre joven y moreno de negra sotana. Allí estaba el Padre Padilla.

Aquello era mucho más de todo lo que pudiera esperarse. Las damas y los caballeros católicos quedaron boquiabiertos y un callado suspiro se generalizó en la religiosa concurrencia. Y hasta hubo alguna que se llevó la mano a la boca, tratando de que no se le escapara un:

—Ave María, ¡que hombre!

Pero a nadie importó la exclamación de aquella dama católica. Todos estaban casi embobados contemplando la joven y morena figura del nuevo sacerdote.

Y no era gratuita la admiración: El Padre Padilla era un magnífico ejemplar de hombre: De elevada estatura y poderosa corpulencia. Los cabellos negríssimos daban paso a la frente ancha y despejada que tenía como frontera dos bien arqueadas y negras cejas. La nariz afilada y los labios gruesos y seguros. Y la sotana le sentaba bien; le otorgaba una extraña presencia de solemne elegancia.

Las damas y los caballeros católicos todavía no comprendían como para un pueblo tan pequeño habían enviado un cura como el Padre Padilla.

En lo primero que se fijó el Padre Padilla, fue que la Iglesia estaba sucia.

Naturalmente que él no había sido el primero en fijarse en esto. También se había fijado el Padre Damián y las damas católicas y los caballeros católicos, también. Y todo el pueblo se había fijado que la Iglesia estaba sucia porque, realmente, la Iglesia estaba sucia.

Pero ahora se había fijado el Padre Padilla y ya eso era otra cosa.

Casi de inmediato las damas y los caballeros católicos organizaron una Comisión para que se ocupara de este asunto. A los dos días recorrieron el pueblo, de casa en casa, con unas laticas y unos papelitos que decían:

“Coopere con el Padre Padilla. “Allude” a que se pinte la Iglesia. Imprenta “El Paraiso”. Con la falta de ortografía se responsabilizaba la Imprenta “El Paraiso”, que para eso ponía su nombre en el extremo izquierdo de la tarjeta.

A los seis días, cuando terminó de contarse la recaudación, Pepe “El Bizco”, se encaramó en un andamio y empezó a pasarle brocha a las descascaradas paredes de la Iglesia.

También se organizó otra Comisión para discutir el color más apropiado.

El pueblo continuaba cooperando voluntariamente. Todos querían congraciarse con el Padre Padilla y de esa forma se arreglaron los altares, se vistieron las imágenes, se barnizaron los banquillos y hasta hubo un obeso y desprendido terrateniente que donó unos cuadros costosísimos donde se representaba la Pasión de Cristo.

Las actividades religiosas tomaron un auge insospechado. Todos los domingos los banquillos de la Iglesia se llenaban de velos, rosarios y suspiros.

Ahora la misa sonaba distinto. Y, sin embargo, era la misma misa que decía el Padre Damián y provocaba bostezos.

Las miradas se apartaban de los breves libros de misa y se reunían en el púlpito. Allí estaba el Padre Padilla diciendo la misa, con sus cabellos negros y sus negras cejas y sus ojos negros y su negra sotana.

Apuraban el último bocado de la comida, porque a prima noche también había función en la Iglesia: se rezaba el Rosario. Y también se llenaban los banquillos con la misma prisa que se llenan las butacas de un teatro en una noche de estreno.

En la primera fila siempre estaba Rosita, la hija de Benigno Orta, prestigioso abogado y futuro Representante. Rosita jamás había sido una ferviente amante de la Iglesia, sin embargo, en los últimos meses no se perdía un Rosario. Ya ni siquiera se ocupaba de las fotos de Rock Hudson, que aparecían en las revistas de chismes cinematográficos, con que llenaba las rosadas paredes de su cuarto. Terminado el último Amén, levantaba la barbilla y pedía con toda devoción:

—Dios mío, concédemelo que está monísimo, monísimo.

En uno de los bancos transversales, Cuquito le halaba la túnica a su abuela y le decía:

—¿Cuándo se acaba esto abuela?

—Cállate niño.

Y Cuquito estiraba los labios y decía bajito una mala palabra y se sacaba el chicle de la boca y lo pegaba en el banco.

Matilde, la Profesora de Geografía, siempre sentada, correctamente, en la cuarta fila. Soltera y como consecuencia beata. Era la Presidenta de las Damas Católicas. Tenía el rostro liso y en sus ojillos, que se ayudaban con unos lentes montados al aire, que no se sabe por qué milagro de equi-

librio se mantenían en la misma punta de sus narices, se reflejaba una cierta esperanza.

De pie, en el fondo, estaba Guillermo, el casinovio de Rosita. Su mirada solo sabía un recorrido: comenzaba en Rosita, iba hasta donde el Padre Padilla y volvía a Rosita. Y trataba de animarse diciéndose:

—“Yo no le veo nada de ‘bonitillo”.

En las filas centrales estaba Tomasa, la cocinera, ardiente fanática de las películas mejicanas. Tocaba con el codo a su acompañante y le decía:

—“Verdá” que se “parese” a Jorge Negrete. Si tuviera bigote fuera igualito.

Las voluminosas hermanas Medina, llenaban la segunda fila. Beatas y como consecuencia solteras. Estaban satisfechas; se pasaban el día y la noche enteros en la Iglesia.

Comentaban:

—Fíjate en el escote de Berta.

—¡Qué indecencia!

—No debían permitirle la entrada en esa facha.

En un costado, arrodillados y con las manos enlazadas y los ojos perdidos, estaban dos caballeros católicos. Uno bajito, trigueño y de bien cuidado bigotito. El otro alto, rubio, lampiño y colorado:

—Uhhh, qué espaldas...

—Cállate Robertico, que me vuelves loco.

Todo el pueblo se sentía contento: Tenían un verdadero cura.

El Padre Padilla caía bien y no solamente a las mujeres, sino también a los hombres que veían en él un sacerdote respetuoso y correcto, y en su sotana un impedimento para cualquiera otra cosa. Aunque, naturalmente, no faltaban los malintencionados que aseguraban que en la sacristía ocurrían cosas que no eran las más propias de una sacristía, precisamente.

—Yo no sé lo que le pasa a María. Se pasa todo el día

metida en la iglesia y no le queda ni un momentico para atenderme. Llega uno de la carnicería, cansado de tanto trabajo, y la comida en el fogón, ¡tiesa que no existe humano que se la empuje!

También Luisito estaba enojado con el Padre Padilla. Desde que llegó el nuevo cura, todas las noches lo vestían de limpio y se lo llevaban para la Iglesia. Casi había aprendido de memoria el Ave María de tantas veces oirlo. Y afuera, en el parque, los otros muchachos correteando.

Manolo, el sacristán, también refunfuñaba. Tenía demasiado trabajo y no le alcanzaba el tiempo para atender su negocito. Cuando el Padre Damián vivía, se buscaba unos kilos extras con sus merenguitos y sus cusubés.

El otro inconforme era Perico, el tintorero, que, además, era dueño de un pequeño cine donde tres veces a la semana se exhibían películas de vaqueros e indios y los domingos un estreno de Ninón Sevilla o Arturo de Córdoba. Sus incómodas butacas servían para que la gente de este pequeño pueblo descansara su acostumbrada monotonía, pero desde que llegó el Padre Padilla nadie se interesaba en el cine de Perico:

—Si la cosa sigue así me arruino— repetía y repetía Perico.

Sin embargo, hablando en justicia, los disgustados eran los menos. La mayoría adoraba al Padre Padilla y prueba de ello eran los abarrotos en la Iglesia y la eterna coletilla que lo seguía siempre.

Un día llegó la noticia y se regó como pólvora: El Padre Padilla sería trasladado de nuevo a La Habana. Algún escéptico dijo que ya le parecía demasiado aquello y las damas y los caballeros católicos se movilizaron rápidamente. Se organizó una Comisión; mandaron cartas a todas partes; visitaron, personalmente, a las más altas personalidades religiosas y casi hasta protestaron públicamente. Pero todo fue inútil: Dos meses después de su llegada, el Padre Padilla tiró la portezuela trasera de un auto negro y cerrado que se alejó rápidamente. En la puerta de la Iglesia quedaron las damas y los caballeros católicos y en las puertas de sus

casas la gente de este pequeño pueblo, casi llorosos, pensando que jamás tendrían un sacerdote como el Padre Padilla.

Poco tiempo después se anunció la llegada de un nuevo párroco. Sólo algunas damas católicas fueron a recibirle. Todavía quedaba una esperanza porque tampoco nada se sabía de este Padre Crespo. Pronto moriría esa esperanza: El Padre Crespo era pequeño y regordete, gritaba y discutía de pelota y de política con demasiado entusiasmo, y, todas las tardes, se tomaba su buchito de café con unos camioneros en la vidriera de la esquina.

—“Que desfachatado”—pensaban las damas y los caballeros católicos.

Estaban convencidos de que sólo existía un Padre Padilla y ellos ya lo habían perdido para siempre. Nunca más tendrían un sacerdote como el Padre Padilla, tan respetuoso, tan elegante, tan delicado, tan correcto, tan simpático, tan buen mozo. Pasaron los meses y Rosita, la hija de Benigno Orta, el Representante, le dió el ansiado “sí” a Guillermo. Ahora llenaba las rosadas paredes de su cuarto con fotos a colores de “Lucho” Gatica y se levantaba molesta todos los domingos para una misa indeseable.

Pedro, el carnicero, ya no se quejaba. Desde que se fue el Padre Padilla, María no salía de la casa y le tenía preparada la comida cuando regresaba de la carnicería.

También Luisito estaba contento: Todas las noches se iba para el parque con los otros muchachos.

Cuquito, sin embargo, seguía halándole la túnica a la abuela y preguntándole que cuando se acababa aquello y estirando los labios y diciendo bajito nuevas malas palabras que se había aprendido y pegando chicles en los bancos.

Tomasa, la cocinera, no se perdía una sola matinée. Y Perico se sentía satisfecho, de nuevo, con sus ganancias.

En la Iglesia, en la cuarta fila, seguía todavía Matilde, la Profesora de Geografía, que también seguía soltera y como consecuencia beata. Seguía siendo la Presidenta de las Damas Católicas y sus lentes seguían manteniéndose como por

arte de magia en la misma punta de sus narices. Pero en sus breves ojillos ya no había el más ligero reflejo de esperanza alguna.

Los dos caballeros católicos, el bajito de bigotito y el alto y colorado, permanecían arrodillados y con las manos enlazadas y los ojos perdidos.

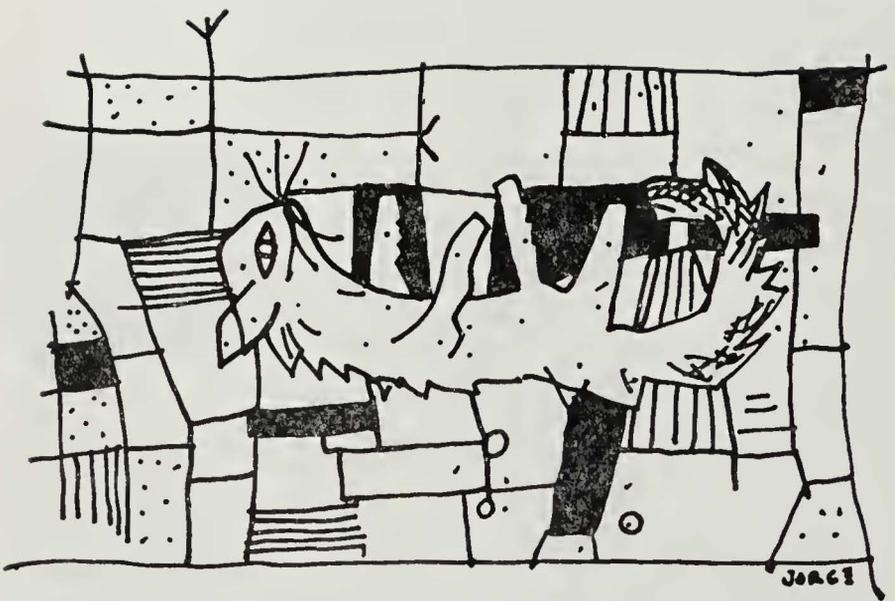
Y así siguió todo, sin que nada cambiara mucho en mucho tiempo. Y un día el Padre Crespo se fijó que la Iglesia estaba sucia y gritó que la Iglesia estaba sucia. Y las damas y los caballeros católicos se fijaron que la Iglesia estaba sucia. Y todo el pueblo se fijó que la Iglesia estaba sucia porque, realmente, la Iglesia estaba sucia. Pero, en esta ocasión, no se organizó una Comisión para que se encargara de ese asunto, ni se hizo una colecta, ni se recorrió el pueblo de casa en casa, ni se hizo absolutamente nada. Y la Iglesia siguió sucia durante muchos años más.

1958.



EL GATO

Frank Rivera



ESTABA debajo de la mesa del comedor, pasando la lengua sobre el plato de comida con movimientos rápidos, una y otra vez. Era gordo y gris, con el cuerpo lleno de manchas oscuras y el rabo terminado en un mechón negrísimo. Los pies de ellos le daban ligeras sacudidas cuando se recostaba demasiado a alguno, pero él seguía impasible, devorando el resto de la comida. Cuando hubo terminado, salió velozmente por la puerta de la cocina hacia el patio.

Ellos quedaron en la mesa, silenciosos. El la miraba disimuladamente, evitando su vista, pero ella comía con los ojos fijos en el plato. Estaban en la pieza de la casa que hacía las veces de comedor y cocina: una habitación amplia, de paredes manchadas por la humedad, donde reinaba una especie de desorden del que no podía asegurarse a ciencia cierta si era producto del descuido, o si ésa era la forma en que se habían dispuesto los objetos intencionalmente.

El hombre se levantó por fin y se apoyó en el reborde de la ventana. Había dejado la carne sin probar.

—¿No comes más?

—No tengo hambre.

—Pareces pálido. ¿Te sientes mal?

La voz de él temblaba un poco.

—No, mujer. . . Es solamente que no tengo deseos de comer hoy.

—¿Por qué no comes aunque sea . . . un poco de carne?

El la había visto hacer la comida esa tarde. Muy despacio, con toda pulcritud, hasta llegar a la carne. Fue entonces cuando llegó Rebeca y él tuvo que salir a la sala hasta que su mujer pudo atenderla. Se ausentó un buen rato de la cocina . . .

Al principio le pareció una cosa absurda y casi ridícula, pero luego, poco a poco, la idea primitiva se fue convirtiendo en una obsesión que no lo dejaba vivir tranquilo. Y esa noche, el miedo —sin que él mismo pudiera decir por qué— había crecido hasta convertirse en pánico.

Debió haber sido aquella noche que pasó con otra mujer lo que comenzó a inquietarla a ella y lo que encendió en él la angustiada sospecha. Todo no pasaba de ser una simple hipótesis, pero ¿y si estuviera en lo cierto? Sobre la mesa de la cocina había visto el pomito. Tenía un nombre raro, que él no entendió bien, pero a un lado estaba la etiqueta roja con la calavera y los dos huesos que significan veneno. Era un polvillo blanco sin olor y tal vez sin sabor alguno. Ella lo había traído de la farmacia una tarde, y al día siguiente, cuando él se levantaba y salía para el trabajo, la vió poner con cuidado un poco del polvo en forma de bolitas mezcladas con azúcar —que era el modo como las indicaciones del frasquito decían que debía hacerse para obtener un resultado “rápido e inmediato”— por todos los rincones de la casa. Por la tarde, cuando él regresó, había cerca de ocho ratas muertas en la cocina y en el patio.

—El veneno es magnífico. Mira como las mata en seguida.

El, claro, no contestó. Sin embargo, eso no impidió que ella estuviera durante quince minutos hablando de las estupendas cualidades del matarratas . . .

Sí, ella lo había sospechado desde el primer día. El estaba seguro porque cuando llegó, casi al amanecer, ella tenía los ojos abiertos y los cerró rápidamente apenas él entró en el cuarto, fingiéndose dormida. Luego, por la mañana, ella no le había preguntado nada, pero no cesaba de mirarlo, observando detenidamente sus dedos que temblaban un poco al tomar la taza de leche y sus ojos que querían cerrársele de

sueño. Después, las demás noches, ni siquiera lo esperaba despierta. Y por la mañana le dejaba desayunar completamente solo.

Ella no era una mujer fácil de engañar: eso él lo había presumido siempre, aún antes de casarse. Pero si de veras lo sabía todo, ¿por qué no había dicho una sola palabra de protesta? ¿Era ella en realidad tan hábil como para provocar aquella situación sin sentido, que tal vez le hacía ver las cosas diferentes de como eran en realidad? Fuera lo que fuese ya él se había decidido a romper con la otra. Esa misma noche se acostaría en la casa temprano. Haría ver que todo estaba concluído.

—Pablo... ¿no me oyes? ¿Por qué no comes un poco de carne? No te vendría mal. Parece que disminuyes de peso por día. ¿Te has vuelto sordo de repente?

Y luego esa insistencia. Esa ridícula insistencia en que debía probar la carne. No podía afirmar que obedeciese a un plan determinado, pero tampoco podía asegurar lo contrario. Era el eterno juego de las posibilidades, con una variante: que en una de ellas peligraba su vida.

Dirigió una mirada a la mesita de la cocina.

No, ya no estaba allí el pomito del veneno. Seguramente ella lo había guardado en un lugar menos visible, o lo habría tirado a la basura, —después de haberle puesto un poco del contenido a la carne, claro está. De otra forma, ¿cómo explicarse ese súbito interés de ella en que rompiera el régimen vegetariano que llevaba desde que comenzó a asaltarle el temor de morir como aquellas ratas? Porque, desde luego, era difícil poner en un vegetal las bolitas de polvo sin que él se diera cuenta. En cambio, en aquel pedazo de carne que tenía sobre el plato era muy fácil hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta la espesa salsa que la cubría. Y él estaba aún muy joven para morir, aunque fuese de la muerte más misteriosa o complicada. De una vez por todas había que admitir que en aquella insistencia de su mujer... allí había gato encerrado, sin duda alguna.

“Gato”. ¿Cómo no lo pensó antes? Ya tenía la solución. Claro. El fin de tanta duda y de tanto martirio: ¡el gato!

La voz se le quebró un poco cuando respondió a su mujer:

—Está bien. Me la voy a comer para complacerte. Pero mira, ya que tú has terminado, por favor, tráeme la cajetilla de cigarros que está en el cuarto. . .

Ella levantó la cabeza. Tenía facciones delgadas e inteligentes, y una mirada profunda que se clavó por un momento en los ojos inquietos de su marido. Era bella, sin duda, pero, además, de toda su persona emanaba un algo decididamente indefinible.

Se levantó y salió de la pieza. El, a su vez, caminó despacio hasta la puerta del patio.

—Misu, misu. . .

El gato apareció sacudiendo la cabeza en el umbral.

Pablo no perdió tiempo. Cortó la mitad del bistec y lo arrojó hacia el patio. El gato cayó junto a la carne de un salto, mordisqueándola con ostensible voracidad.

La mujer apareció en la puerta de la habitación. Cuando él oyó su voz no pudo reprimir un leve sobresalto, que con seguridad ella notó. Estaba aún de pie, junto a la silla, con el cuchillo y el tenedor que había usado para cortar la carne todavía entre sus manos. Se sentó.

—Aquí están. ¿Te has comido ya todo eso?

—Sí. Está muy sabrosa. . .

Ella le pasó las manos por el pelo negro, saturado de grasa.

—Te estás poniendo muy delgado. Casi no pruebas alimento desde hace unos días. Come un poco más, ¿eh?

Ahora no tenía más remedio. Cortó un pedacito pequeño. Su mujer lo observaba con atención. Masticó una y otra vez. Ella, con un gesto de extrañeza en los labios, no le quitaba la vista de encima. Tragó. La mujer se dió vuelta y salió del comedor.

Gruesas gotas de sudor corrieron por su frente. Una rara humedad le enfriaba los labios, todo el rostro. Trató entonces de vomitar, pero no sabía cómo hacerlo. Se introdujo dos dedos en la garganta y consiguió un súbito ataque de tos que hizo venir corriendo a su mujer otra vez. Se maldijo a sí mismo.

Fue hacia la sala y trató de concentrarse en la lectura de

una revista, pero los pensamientos inquietantes lo asaltaron de nuevo. Sin embargo, ahora giraban en torno a su plan.

Ya mañana sería distinto. Si el gato amanecía muerto... Sintió un súbito dolor en la parte superior del estómago y un frío intenso le subió desde las piernas. Si aquel gato amanecía muerto al día siguiente, él estaría en las mismas condiciones, puesto que había comido de la misma carne. Aunque, naturalmente, cabía una nueva posibilidad: la de que no hubiera veneno en el pedazo que él comió y sí en el del gato. También podía considerarse la posibilidad inversa: que él amaneciese muerto y el gato vivo. En ese caso particular no habría que preocuparse mucho para saber en qué parte de la carne estaba el veneno...

Se sentía peor por momentos. Trató de aparentar calma, pero no podía lograrlo: sus dedos temblaban al pasar las páginas de la revista y las letras danzaban ante sus ojos como poseídas de un espíritu demoníaco.

La voz de su mujer vino a sacarlo del extraño mundo en que se había internado.

—¿No sales esta noche?

—No. Prefiero acompañarte.

—Pero yo no tengo miedo a quedarme sola, te lo aseguro.

—De todas maneras, me siento cansado... Hoy he tenido demasiado trabajo en la oficina, como todos los sábados. Creo que voy a acostarme.

—Como quieras. Yo demoraré un rato todavía.

Se acostó. Dió vueltas y más vueltas en la cama, pero el sueño no lo abordaba. Confusos recuerdos comenzaron a asediarse. Rememoraba sus primeros tiempos de casado, la espera del hijo que nunca llegó, las desavenencias con el jefe de la compañía por dejar olvidadas las cosas en cualquier sitio últimamente...

Comenzó a dormirse varias veces, pero siempre desper-

taba sobresaltado, temeroso de que aquel sopor pudiera ser el inicio de la muerte. Por fin, cuando la claridad del alba comenzaba a dibujar los objetos del cuarto, cayó en un profundo letargo y perdió la conciencia de sí mismo.

II

Eran cerca de las diez de la mañana cuando Pablo despertó. Se sentía cansado, deprimido. Un ligero dolor de cabeza hizo su aparición cuando se incorporó de golpe en la cama.

Se asomó a la puerta de la cocina. No había nadie en toda la casa. Una extraña atmósfera de tranquilidad invadía los objetos. La casa entera parecía como si volviera a tomar su verdadera forma. Ahora le parecía que todo aquello no había sido más que una historia desagradable escrita por alguien que quería burlarse de quienes la leyeran, y en la cual él no tomaba parte. Se vistió lentamente.

No obstante, la ausencia de su mujer le inquietaba un poco. Sin duda él no estaba muerto todavía, pero sabría Dios qué estaba haciendo ella en esos momentos. Poco a poco, las ideas de la noche anterior reaparecieron con nitidez.

Cuando salió al patio, una oleada de terror invadió su cuerpo.

Allí, sobre el césped, estaba el gato muerto, definitivamente muerto, patas arriba.

Corrió a la calle, desesperado. Ahora estaba en posesión, al fin, de la verdad. Su mujer estaba comprando verduras en el establecimiento de la esquina. Pablo la tomó por un brazo y la hizo volverse bruscamente.

—¡Ven!

—¡Pablo! ¿Qué te ocurre? ¿Cómo has salido a la calle sin peinarte?

—¿Qué importa eso ahora! Tienes que explicarme qué ha ocurrido con nuestro gato.

—¿Cómo?

La arrastró violentamente por el brazo hasta llegar a la casa.

—¿Te refieres al gato muerto?

—No hay otro.

—Querido, si te levantaras más temprano, sabrías un montón de cosas más.

—Los domingos por la mañana siempre me levanto tarde. Me paso el resto de la semana trabajando precisamente para darme ese gusto.

—Ya lo sé. Por esa razón fue por lo que no viste el accidente.

—¿El qué?

—El accidente.

Habían llegado ya al fondo del patio y el animal yacía ante ellos.

—Mira, esta mañana un auto mató a Puff.

La mujer volteó despacio el cuerpo del gato. Todo el cráneo aparecía destrozado y sangriento, al igual que el resto del lomo.

Pablo miró a su mujer: tenía en las manos varios cartuchos de ensaladas y frutas.

—¿Qué habías comprado hoy para el almuerzo?

—Vegetales, sólo vegetales. Tú ya no quieres probar otra cosa y yo no quiero que vayas a enfermarte y...

De pronto, Pablo comprendió. Se vió a sí mismo como un ser ridículo, de esos que aparecen en los cuentos, que sufría delirios de persecución. Apartó la idea bruscamente con un ademán y estrechó a su mujer por la cintura.

—Si supieras el infierno en que he vivido desde hace ocho días...

Se besaron. Luego Pablo salió a la calle, más contento que

nunca, mientras pensaba que la verdad no era tan difícil de encontrar: todo consistía en saber buscarla.

III

Cuando la mujer se quedó sola, fue a la cocina y extrajo de un paño en que estaban envueltos, el martillo y las tablas con que había destrozado, con fuertes golpes, el cráneo y el dorso del gato, cuando lo vió muerto en el patio esa mañana, temprano. Los lavó cuidadosamente y los puso en la despensa otra vez. Envolvió luego el cuerpo del animal y lo arrojó al cajón de la basura. Entonces comenzó el almuerzo y sacó de un estante el pomito de polvillo blanco con la calavera y los dos huesos que significan veneno.

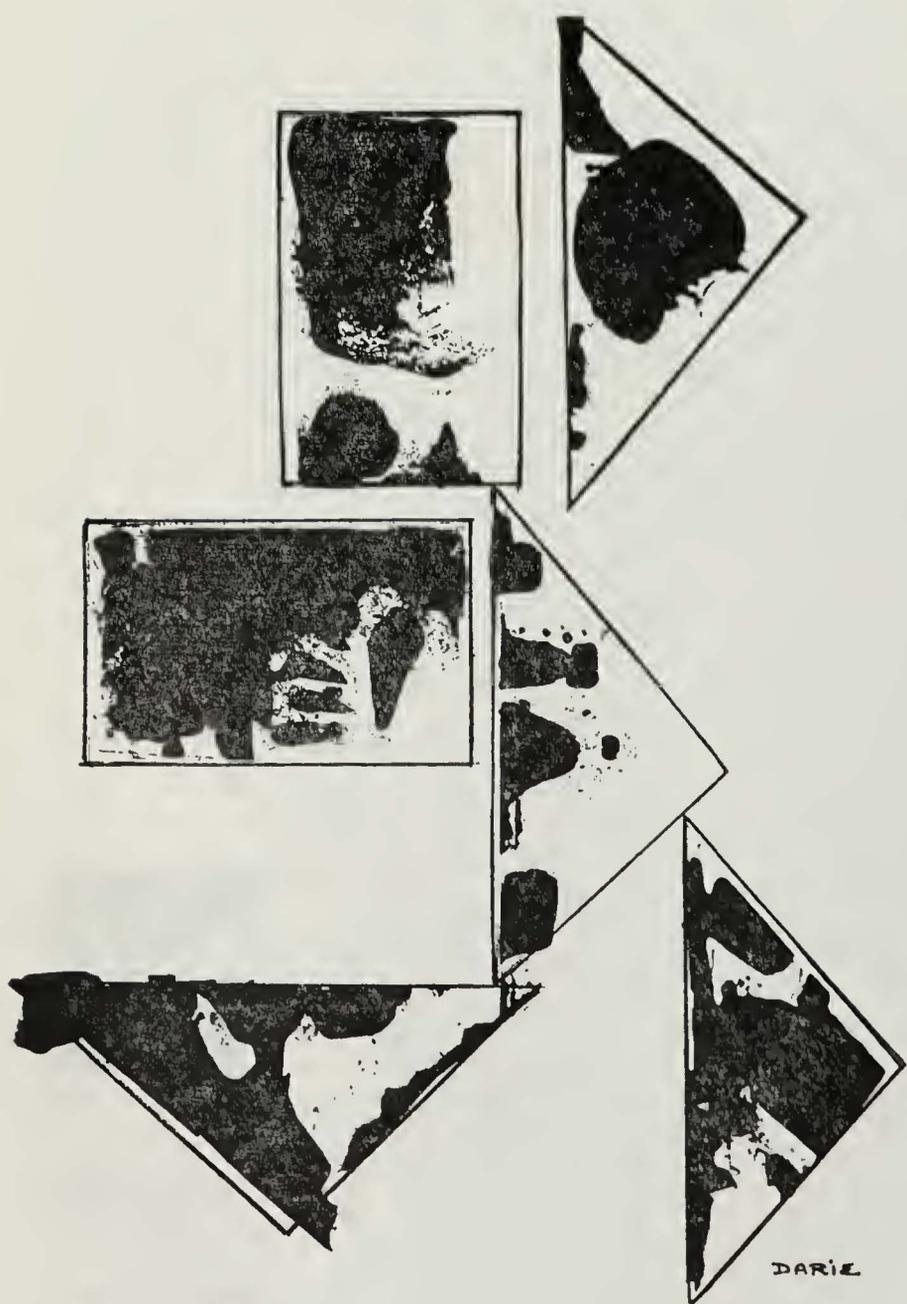
La segunda vez no fallaría. No fallaría por dos razones: en primer lugar, porque era casi seguro que ya Pablo no sospechaba de ella, y, además, porque de lo que no había dudas era de que ya el gato estaba muerto.

1957.



MUMSON

Leslie Fajardo



DARIE

MUMSON es un hombre alto y fuerte que posee una bella cara. Pero tiene unas piernas tan jorobadas, tan terriblemente arqueadas, que nunca se ha desnudado ante una mujer por miedo a que huya de espanto.

Mumson anda siempre con las cejas enar cadas, levantada la cabeza y mirando desde arriba. El es superior a todos los hombres, aunque hace mucho tiempo fue inferior. Por ser inferior luchó con su fortuna por llegar a donde llegó. Especuló y arruinó. También mandó cometer asesinatos. Pero él había leído a no sé qué escritor que decía que el fin justifica los medios. Mas la ambición de Mumson era infinita. Por eso seguía especulando, luchando y robando. Y cada vez que alguien caía bajo sus garras, Mumson enar cababa más las cejas, elevaba la cabeza y se estiraba otra pulgada sobre sus talones.

El miraba a la gente y la veía actuar y se preguntaba qué haría Mumson en el lugar de aquella gente. Mumson era el único y el todopoderoso y siempre pensaba en si mismo y nunca en más nadie.

La fábrica era grande. Era un almacén enorme y más enorme. Los obreros se dividían en dos bandos: los Superiores, que tenían barbillas fuertes y prominentes; y los Inferiores, con barbillas débiles, como vencidas. Mumson también tenía su barbilla vencida. Pero nadie lo sabía, porque su cara estaba cubierta por una barba hirsuta de pelos largos y relucientes.

(La ciencia había dicho que la voluntad y la superioridad del hombre no dependían de la mayor o menor prominencia

de su barbilla. Pero Mumson no estaba de acuerdo).

Los Inferiores pasaban el día trabajando y eran los peor retribuidos. Limpiaban los retretes con sus propias manos, porque él los había mandado construir especialmente para que tuvieran que utilizar sus manos; limpiaban los pisos, limpiaban las mesas y todo lo limpiaban; y debían dejar la fábrica reluciente para que enseguida otros la ensuciaran. Mumson los veía trabajar infinitamente, y se retorció de risa en su mesa más alta que las otras.

Los Superiores eran los encargados de ensuciarlo todo. Tenían otras funciones, pero la principal era ensuciar: ensuciar tan rápido y tan pronto como los otros limpiaban. Mumson los admiraba profundamente. Admiraba su fortaleza, su barbilla prominente, su capacidad de ensuciar. . .

Mumson estaba encaramado en su mesa, la más alta, cuando llegó corriendo el Primer Superior. El hombre jadeaba con los ojos muy abiertos. Mumson lo urgió:

—¿Qué sucede?

—Se han rebelado —dijo el otro.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Ellos. . . los Inferiores. Se han rebelado.

—¿Pues cómo es eso? —dijo mirando bajo sus pies—. Aún los veo trabajar como cerdos.

—No es aquí, señor.

—¿Dónde entonces?

—Más allá.

—¡Ah! Más allá. Vamos.

Estaban arremolinados en la gran plaza y se golpeaban con saña unos a otros. Eran hombres terriblemente pálidos o muy negros, que vestían ropas andrajosas y tenían los ojos torcidos y el cabello greñudo. Los más revoltosos saltaban pateando a los otros, y cada vez que uno caía se le echaban encima y lo aplastaban contra el suelo con el peso de sus cuerpos. El suelo estaba inundado de una sangre muy espesa que los hombres hacían salpicar con los golpes de sus botas.

Rodeando aquella multitud desenfundada había otros seres vestidos de azul y blanco que miraban los brincos y la sangre de los Inferiores con los ojos muy abiertos. Cuando un In-

ferior quería alejarse de la multitud, aquellos hombres lo azotaban con varillas muy delgadas, y lo hacían retornar al torbellino de golpes.

Mumson escaló la tarima situada a un extremo de la plaza, y se irguió muy alto sobre sus piernas curvadas.

—¿Qué sucede?— gritó con voz estentórea.

Los hombres inclinaron la cabeza y nadie quiso decir nada.

—¿Qué sucede?— gritó.

Nada.

—¿Qué sucede?

Nada.

—¿Qué sucede?

Nada.

—¡Respondan!

—No pasa nada, Señor —respondió un hombrecito alzando los ojos.

—Entonces, ¿por qué?

—Por nada, Señor —volvió a responder el hombrecito.

—¡Limpien! ¡Limpien! Ustedes sólo pueden limpiar.

—¡Limpien! ¡Limpien! —gritaron los Superiores estrechando a la multitud y pegándola con sus varillas.

Los hombres doblaron la espalda y comenzaron a limpiar la sangre que había sobre el suelo. Primero se quitaron las camisas y limpiaron la sangre. Después los pantalones. Cuando no tuvieron nada con que limpiar, se echaron al suelo y limpiaron la sangre con su propia piel.

Mumson reía viendo la plaza llena de hombres que se revolcaban. Los hombres alzaban las piernas y las volvían a hundir en el barro ensangrentado. Los Superiores también reían y corrían hacia los retretes, y Mumson siguió riendo durante mucho tiempo.

Después los hombres terminaron de limpiar. Todo estaba más limpio que nunca: las losas de la plaza brillaban, la tarima brillaba. Pero los hombres se habían quedado sin ropa y sin piel. La piel habíase triturado y mezclada con la sangre y el barro, y ahora formaba una costra rojiza que envolvía sus carnes y sus nervios.

Mumson estuvo quieto largo rato, y los miraba como sin comprender. Después alzó un brazo y cerró los ojos.

—Están sucios —gritó—. No los quiero ver.

—Nos limpiaremos. Señor. Nos limpiaremos —dijeron los hombres.

—Están sucios. No los quiero ver.

—Nos limpiaremos, Señor. Nos. . .

—Están sucios. ¡Fuera! ¡FUERA!

Los Superiores envolvieron a la multitud y comenzaron a pegarle con sus varillas delgadas. Luego la fueron empujando poco a poco hacia las puertas. Y los infelices despojos desaparecieron tras ellas.

La fábrica estaba limpia nuevamente.

Desde hacía algún tiempo Mumson venía oliéndose algo raro. No podía definir exactamente qué era. Pero lo sentía rondar en torno suyo, en el aire, o quizás en las caras de sus subordinados.

Una mañana en que estuvo caminando largo rato por la fábrica riéndose de los infelices que limpiaban, vió a varios Superiores ceñados en un rineón, jugando a las cartas, desprecupados de todo y sin ensueiar el área que tenían asignada. El primer pensamiento que acudió a su mente fue el de que aquellos hombres ya habían ensuciado su área con una rapidez increíble. Pero no. Una mirada le bastó para desechar aquel pensamiento. El área estaba tan limpia como si no hubiera transcurrido un solo instante desde que la habían limpiado. Mumson tornó al sitio donde estaban los hombres preocupados tan sólo por sus cartas.

—¿Qué hacen? —preguntó.

—Jugamos — dijo uno sin alzar la vista.

—Deberían estar ensuciando.

—¡Triunfo! —exclamó el que había hablado antes. —Ahora reparto yo.

—¡Pero qué hacen que no están ensuciando! —gritó Mumson irritado de veras.

—Perdió la vista — dijo uno de los hombres dirigiéndose a sus compañeros. —No vé que estamos jugando.

—Peor para él —dijo otro.

Mumson lo agarró por el cuello y lo lanzó contra la pared de acero.

Después se puso a dar gritos llamando al Primer Superior. Este llegó sudoroso acompañado de su guardia.

—¡Expúselos! —le ordenó Mumson señalando a los jugadores.

El hombre —era la primera vez que se le ordenaba la expulsión de un Superior—balbuceó sorprendido.

—¿Por qué, Señor?

—No le importa. Límitese a hacer lo que le ordeno.

El hombre trató de argüir en defensa de los jugadores.

—Expúselos.

—Pero. . .

—Expúselos.

Miró al grupo que formaban los condenados y sintió oprimirse la garganta. Después se plantó frente a Mumson.

—No quiero —dijo simplemente.

Mumson comprendió al fin qué era lo que había estado oliendo durante todo aquel tiempo.

—Pero estos hombres no han ensuciado lo que debían —arguyó.

—Tampoco yo quiero ensuciar nada más. Estoy aburrido. Y estos hombres también están aburridos y todos los hombres están aburridos. Conque no ensuciaremos nada más. Ensucie usted si quiere.

Mumson se encaró con el hombre, le miró a los ojos, y dijo suavemente:

—Ah! Se acabó todo. ¿Verdad?

—Sí. Se acabó todo.

Mumson le volvió la espalda y se dirigió a donde estaban limpiando los Inferiores. “Llegó el momento”, pensó. “Están aburridos de ensuciar, y alguien tiene que ensuciar”. Cuando llegó a los retretes hizo una seña con los brazos. Los Inferiores cesaron de limpiar y se congregaron en torno suyo. Mumson sacó entonces una afilada navaja que mostró a los circundantes.

—Vean —dijo, y comenzó a afeitarse la barba hirsuta.

La multitud dejó escapar un “Ah” de admiración al ver su pequeña y vencida barbilla.

—Soy uno de ustedes —dijo luego—. Soy el jefe de todos ustedes. Por eso les ordeno que peleen y venzan. Ahora son ustedes mis elegidos.

Los hombres de las pequeñas barbillas irguieron el pecho y marcharon en busca de los Superiores. La batalla fue sangrienta, pero al cabo triunfaron los Inferiores. Mientras tanto Mumson reía en su mesa, la más alta, viendo correr la sangre por el suelo de su fábrica.

Mumson es un hombre alto y fuerte que posee una bella cara. Pero tiene unas piernas tan jorobadas, tan terriblemente arqueadas, que nunca se ha desnudado ante una mujer por miedo a que huya de espanto.

Mumson es el dueño de una fábrica muy grande. Los obreros se dividen en dos bandos: los Superiores, que tienen barbillas débiles y vencidas; y los inferiores, con sus barbillas tan fuertes que parecen de roca. Mumson también tiene una barbilla débil y vencida.

Es una fábrica muy buena y los obreros son dóciles. Lo único malo es que de vez en cuando hay tremendas rebeliones. Pero Mumson es fuerte y sabe dominarlas, y siempre sale triunfante.

1955



IGUAL ES IGUAL
A MUERTE

Ana María Simó

mm

mm

mm

mm

mm

mm

mm

mm

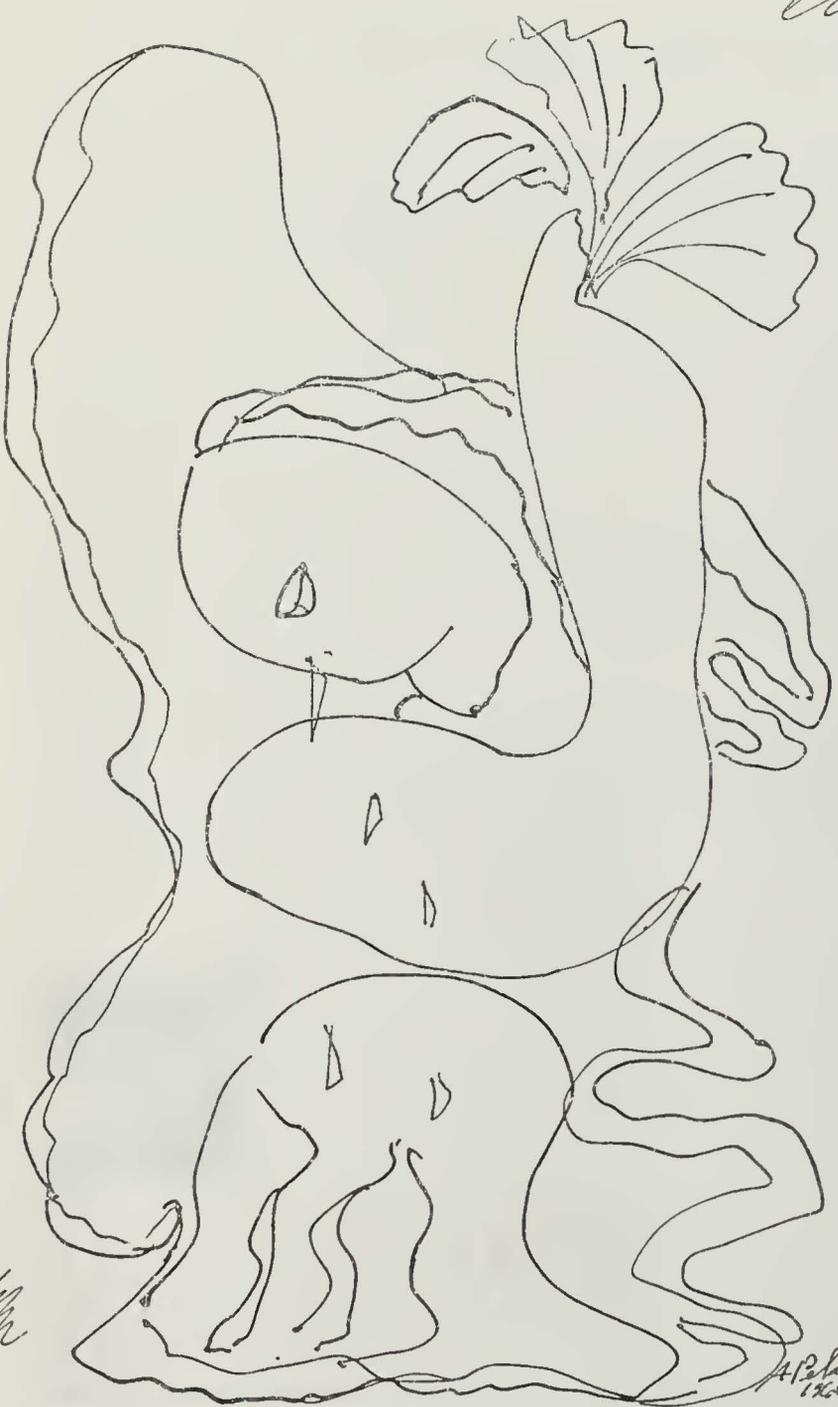
mm

mm

mm

mm

mm



A.P. 1960

EL radio seguía sonando.
“Mentiras tuyas”...

Aquel radio sonaba a lata, vaya, si lo sabría ella. Ya no sabía qué hacer con el dichoso radio, siempre en casa del mecánico. “Mentiras tuyas...mentiras tuyas”. Mi madre, ¿es que este hombre no se cansa de cantar? Se rió. Qué boba, si eso es un disco. María Rosa se bajó de la silla. Ahora el locutor recitaba los comerciales. No cambiaban aquellos comerciales nunca, pensó, recordaba haberlos oído siempre. La silla estaba sucia, con la marca de sus zapatos y María Rosa la limpió mecánicamente. Déjame quitar la mesa. Comenzó a quitar los platos sucios y los fue apilando en el fregadero de la cocina. “Hoy no los lavo”.

Se sorprendió al no oír su voz ronca. Ya me lo había dicho la vieja, “María Rosa, no cojas aire que te resfrías, hija...” Ella siempre se preocupa tanto por mí. No, ella sabía que no era sólo preocupación: era persecución, acoso, egoísmo por parte de su madre. Terminó de apilar los platos en el fregadero. Ya no se oía el radio, tendría que darle un golpe para que echara a andar otra vez. Entró en el comedor y subió el volumen.

Así, alta, la voz del locutor recordaba la de Emilio. Pensó en Emilio. Trató de convencerse: Nos hubiéramos casado. No sintió nada. Ya no sentía nada, por nadie. Los viejos habían salido, y Emilio tampoco vendría. Era mejor, así estaría sola. Estaba muy cansada, por dentro. Se imaginó que luciría como una viejecita, si el cansancio se pudiera ver. Una viejecita derrotada. Recorrió los cuartos y entró

en la sala. Se asomó a la ventana. El radio está muy alto. Qué dirán las Fraga. Se sorprendió al pensar eso. Recordó. Siempre decía lo mismo. Qué dirían las Fraga, qué dirían las Martínez, qué dirían los Santos. ¡Qué dirán las Fraga! ¡Quiénes eran las Fraga? Se sintió cansada de nuevo. Miró por la ventana. Allí estaban las Fraga sentadas en el portal. Todas las noches lo hacen. También el locutor hace lo mismo. Y ella, también. Se apartó de la ventana y se miró en el espejo que colgaba de la pared. Aquel espejo estaba roto. Habría que cambiarlo. Sabía que no podría hacerlo: era un recuerdo familiar, como todo lo demás. Se miró. "Creo que tengo una cana", y se volvió a mirar. Miró el almanaque que colgaba frente al espejo. ¿Qué día era? Cualquiera. Todos son iguales. Rió. . . Hoy, ayer. Mañana, mañana no será igual. ¿Qué haré ahora? Sabía que la pregunta era inútil. Ella, María Rosa Bermúdez haría lo mismo de siempre. Todos lo hacían allí. No iría al cine del pueblo. Total, la película mejicana esa ya la he visto dos veces. Pensó que podría sentarse con las Fraga en el portal. Hablar, puedo hablar.

Sabía que no era cierto. Podría criticar con las Fraga, podría chismear con las Fraga, con los Santos y con los Pérez. Pero no hablar. Ellos no sabían hablar más que de sí mismos, de sus vidas grises, y lo hacían complacidos, con orgullo.

Recordó el radio. Todavía encendido, voy a gastar mucha corriente. Iba a apagarlo. No lo hizo. Pensó cómo sería todo si se casara con Emilio. Supo que todo sería igual que ahora, o peor. Ella sería una esposa gorda, fiel y conforme. Se sintió más cansada. Miró el reloj. Ya eran las ocho de la noche. Dentro de media hora se acostarían las Fraga, y todos los demás. Pensó que podría ir a ver las vidrieras con cualquier vecina. No lo haría. Esas vidrieras son siempre iguales. Montones de ropa, una sobre otra, monótonos montones de ropa. Siempre iguales. Las vidrieras, el cine, el locutor, el pueblo, la gente y ella misma. El radio seguía sonando alto, con una música estridente. Las ocho y media. Las Fraga entraban en la casa, las puertas se cerraban. Comenzó a cerrar la ventana. Todo podría cambiar. Debe cambiar.

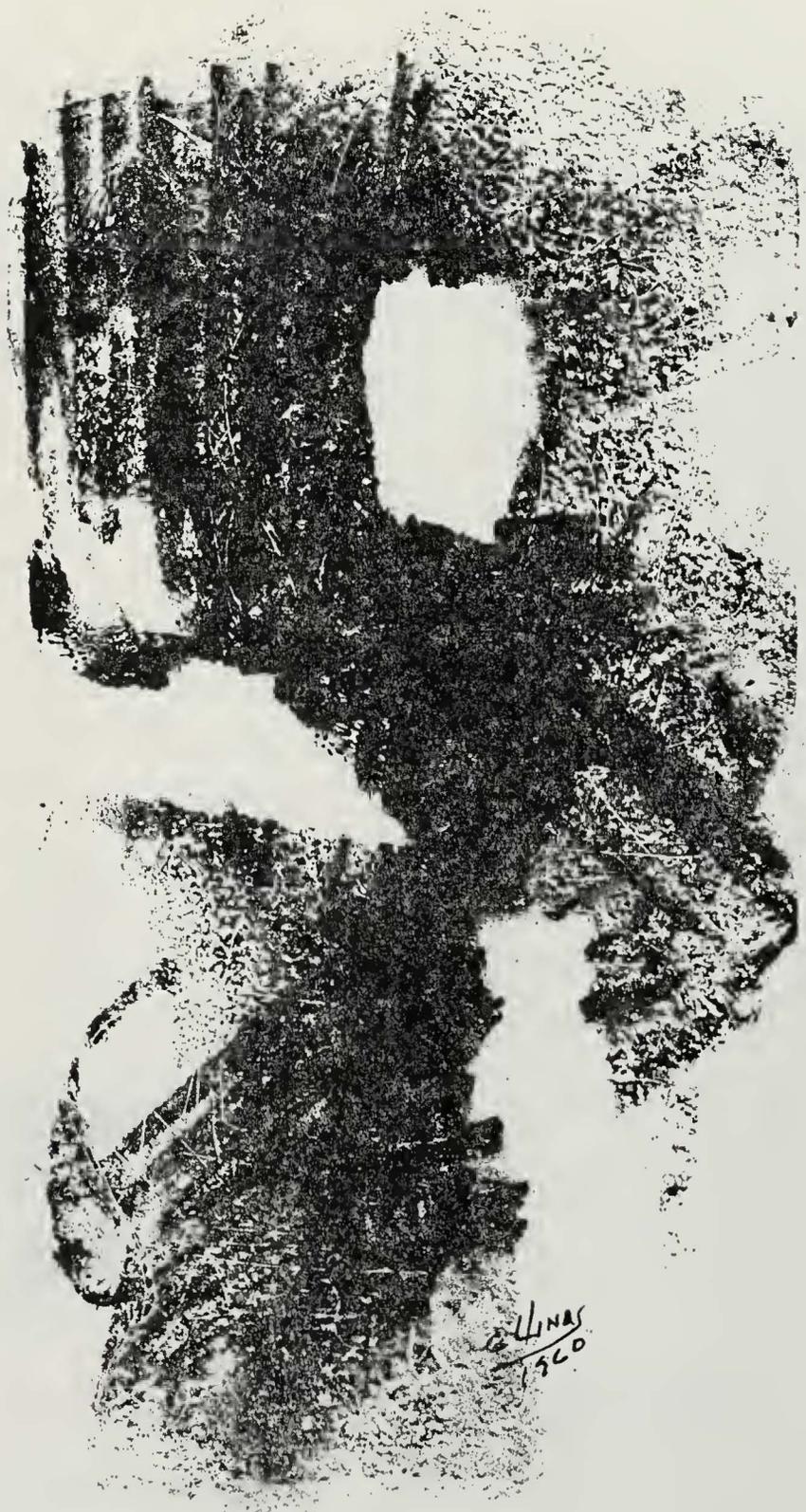
Abrió también la puerta. Encendió las luces de la sala. La corriente. Entró en los cuartos y encendió las luces. No importaba la corriente. Su madre decía que la corriente era cara. Entró en el comedor. Debería bajar la radio, era tarde. Supo que no lo haría. Subió la radio. Cambió el dial y oyó la misma voz de antes. "Mentiras tuyas... mentiras tuyas... mentiras tuyas..." Igual siempre. Rió. Mentiras tuyas... mentiras tuyas. Igual, igual, igual. Estaba derrotada.

Igual, murmuró. Se subió a la silla. Igual, siempre igual. Saltó de la silla. Se balanceó de la cuerda. "Mentiras tuyas... mentiras tuyas...". Las luces estaban encendidas en toda la casa.



EMETERIA URQUIAGA

Josefina Jacobs



WILLIAMS
1960

CUANDO me dieron la noticia de la muerte de mi prima Emeteria, no me sorprendió; era algo que se veía venir, pues de jamona apetitosa, —casada a última hora— se había convertido en chorizo reseco y duro de pelar. La gente del pueblo dió en decir que era que su marido, Policarpo Arencibia, por avaricia, la tenía a tan magras raciones, que la pobre cogió una anemia perniciosa que ni con todas las vitaminas logró agarrarse a la vida unos cuantos años más.

Ella conoció a Arencibia en una retreta; esto de las retretas en los pueblos de campo, es algo espectacular: se dan los jueves y domingos, los jueves en el parque de arriba, los domingos en el de abajo, pues los vecinos de los diferentes barrios no pueden admitir en esto discriminaciones. Emeteria no se perdía una, pues en el parque suelen surgir los “amores y amoríos” de las muchachas venidas a menos que saben, por dolorosa experiencia, que “el buen paño en el arca no se vende”. Policarpo era de Palmira, un pueblecito de Las Villas, que no se me olvida por aquello de las famosas ruinas; tenía un tipo corriente, hasta chusmón, encontraba yo. Al caminar rápidamente se inclinaba hasta formar una curva perfecta. Los muchachos le pusieron “Reverencia en Fuga”. Pero como en cuestión de gustos no hay nada escrito, mi prima, que había sido de muy buen ver —como dije al principio— lo encontró magnífico y como no tenía mejor palo en que ahorcarse, ni tiempo que perder, se casó con él.

Dejé de frecuentar regularmente su trato, pues, con el matrimonio, se volvió muy casa sola. De vez en cuando la

saludaba en la iglesia y aunque notaba su desmejoramiento, nada me hacía suponer la proximidad de su fin. Después de su muerte, Policarpo Arencibia me comunicó que ella me había dejado una cómoda vieja, y que la mandaría a casa. Esto no me sorprendió. Mi prima era de las que se permitían el lujo de tener una sola palabra.

El mueble en cuestión era viejísimo, había pertenecido a nuestra abuela, que, según memorias, había sido “una gran dama”, lo que equivale a decir, en términos más prácticos, que mis antepasados por lo menos tenían cinco millones de glóbulos azules, y aunque esto no tiene ningún valor en los días que corren, siempre es grato saber de dónde venimos aunque no sepamos —desdichadamente— a dónde vamos. Estaba sucia y deslustrada, pero tuve gusto en verla entre mis cosas antiguas; por curiosidad volví a repasar sus múltiples gavetas con agarraderas de plata y por curiosidad también descubrí el secreto que ocultaba hábilmente en uno de sus departamentos, especie de pequeño estuche, en el cual guardábamos de niños, mis primos y yo, esas mil fruslerías que forman el alma de la infancia: huevos de lagartija, lápices, cajitas vacías, rosarios, estampitas. Mi estupor fue grande al comprobar que no estaba vacío; en él había guardado un modesto diario: mi prima, como su nombre, no era nada sentimental pero al fin de cuentas su diario estaba bien escrito y con muy pocas faltas de ortografía, cosa muy de destacar porque en nuestra familia son tan notables esas fallas que, con ellas, podemos hacer un diccionario exclusivamente para nuestro uso. Me fue interesando vivamente su lectura. Fuí descubriendo cosas realmente asombrosas. Mi prima, tan rígida y pagada de sí, había vivido, “toda la vida”, enamorada de un refulgente astro de la pantalla norteamericana; al casarse con el vulgar Policarpo Arencibia, había tomado una resolución heroica, renunciar a esas locas quimeras y hacerse de un hogar decente y tranquilo; pero “el hombre pone y Dios dispone”: la comparación entre el astro y el marido era muy difícil de sostener y Emeteria se vió envuelta de lleno en una nueva llamarada de pasión por lo imposible. Se le hizo insoponible “Reverencia en Fuga” y más insoponible aún la exis-

tencia. Dejó de comer, y cuando lo hacía, a instancia de su marido, procuraba vomitar lo ingerido para llegar a una pronta y total desnutrición. Ese suicidio lento, —no muy elegante por cierto— pasó inadvertido para el médico que recetaba y recetaba simplemente para “echarle jeringas a un muerto”.

Todavía se le atribuyen al infeliz Arencibia maquinaciones interesadas respecto a la rápida desaparición de su mujer. Yo podría quitar ese feo lunar de la honra de Policarpo, haciendo público este diario, al mismo tiempo que levantaba la ortografía de la familia entera, pero me callo, todo lo aguanto antes de confesar a nuestras amistades que mi prima Emeteria Urquiaga, a los cuarenta y nueve años, era tan picúa que murió de consunción alentando un amor desesperado por Marlon Brando.

1957

NOTAS BIOGRAFICAS

VICTOR AGOSTINI nació en New York en 1908. Se trasladó a Cuba a los catorce años, y dos años después comenzó a trabajar en un Banco, donde ha seguido hasta hoy. Publicó en 1955 un libro de cuentos, "Hombres y Cuentos". Tiene dos novelas inéditas. Ha escrito ensayos y crítica literaria. Ha colaborado en "Ciclón" y "Casa de las Américas".

JORGE GUERRA nació en la Habana en 1916. Hizo estudios universitarios en Estados Unidos. Ha publicado en "Carteles" y "Lunes de Revolución". En 1959 publicó un libro de cuentos, "Nueve cuentos por un peso". Ha escrito ensayos y crítica literaria. Es ingeniero. Ha publicado algunos trabajos científicos.

OSCAR HURTADO nació 1919. A los doce años escribió cuentos imitando a Salgari. Su padre era pescadero en el Mercado del Polvorín, y lo obligó a aprender el oficio. Trabajaba desde las tres de la mañana hasta las doce del día, todos los días de la semana, manejando un vasta fauna marina de pargos, chernas, cabrillas, langostas, cangrejos y tantos otros seres increíbles de forma y color. "En este menester se emplearon mis años de aprendizaje, que no fueron, precisamente, los de Wilhem Meister. Esta frustración no me hizo acumular resentimiento contra el pez.

Prueba de ello es mi predilección por el pescado como plato favorito y por el mar, mi gran pasión. Agradezco, por otra parte, a mi padre el haberme enseñado un oficio que me vertebró en la comprensión de los problemas sociales". Ha escrito ensayos y críticas de pintura. Tiene un extenso poema, "La Ceiba" donde trata de interpretar la vida cubana mediante los símbolos de la palma y la ceiba. Tiene un libro de cuentos inédito.

EZEQUIEL VIETA nació en la Habana en 1922. Fué profesor de Español en el Instituto de Santiago de Cuba. Ha vivido en Europa. Colaboró en la revista "Ciclón". En 1954 publicó una colección de cuentos, "Aquelarre". Ha escrito artículos y ensayos. Tiene una novela inédita, "Pailock", y dos piezas de teatro en un acto, "Los inquisidores" y "Los Perorantes". Ha dirigido teatro en Santiago de Cuba.

JOSE MANUEL OTERO nació en Rodas, provincia de Las Villas, en 1922. Ha escrito un libro de cuentos sobre temas de la Revolución. Ha colaborado en la Revista de la Casa de las Américas y en "Lunes de Revolución". Ha publicado ensayos históricos. Trabaja en el periódico "Hoy".

CALVERT CASEY nació en Baltimore, Maryland, Estados Unidos en 1923. Recibió su formación en Cuba, de la que estuvo ausente de 1946 a 1957. Escribió una novela a los 16 años cuya primera y única edición fue oportunamente destruída por el autor. Durante su ausencia de Cuba vivió en el Canadá, los Estados Unidos y Suiza. Un cuento publicado en "The New Mexico Quartely", que premió la casa editora Doubleday Doran, se transformó más tarde en un libreto sobre el cual el compositor cubano Natalio Galán escribió su ópera "El Paseo". En Cuba ha colaborado en las revistas "Ciclón", "Lunes de Revolución", y "Casa de las Américas". Ha hecho periodismo y crítica teatral.

ROGELIO LLOPIS nació en Manzanillo en 1926. Vivió en los Estados Unidos más de veinte años de su vida. Trabajó en una oficina de publicidad. Ha publicado en "Carteles" y "Lunes de Revolución". Vive actualmente en Cuba y trabaja como traductor en "Prensa Latina". Tiene un libro de cuentos en preparación y una novela. Ha escrito ensayos, artículos literarios y políticos.

EDMUNDO DESNOES nació en la Habana en 1930. Vivió en Estados Unidos trabajando como periodista. Publicó un libro de cuentos, "Todo está en el fuego" (1952). Tiene una novela inédita "El aire hueco". Vive actualmente en la Habana.

ANDRES MORENO nació en Matanzas en 1932. Abogado. Trabaja en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Ha vivido en Estados Unidos y Canadá. Tiene un libro de cuentos en preparación, "Rumores del E.P.D." Ha hecho traducciones del inglés y del francés y escrito artículos de crítica literaria.

LISANDRO OTERO nació en la Habana en 1932. Recorrió Argelia en 1956, en los comienzos de la rebelión nacionalista. Su serie de crónicas "Lo que yo vi en Argelia" recibió el premio nacional de periodismo. Publicó un libro de cuentos "Tabaco para un Jueves Santo", en 1955. Tiene inédito otro libro de narraciones, "La tercera escalera". Durante la lucha contra la tiranía colaboró en la resistencia. Su libro "Cuba: Z.D.A.", reportaje sobre la Reforma Agraria, fué publicado por "Ediciones R", La Habana, 1960. Trabaja actualmente en el periódico "Revolución".

AMBROSIO FORNET nació en Veguita, en la provincia de Oriente, en 1932. Vivió en Bayamo. Matriculó Filosofía y Letras en la Universidad de la Habana y luego abandonó la carrera dedicándose a escribir en el tiempo libre que le dejaba

su trabajo como bancario, que desempeñó durante seis años en Bayamo. En 1957 se fue a vivir a New York. Más tarde estuvo en Europa. En 1958, la Editora Rumbos, de Barcelona, publicó su primer libro de cuentos. "A un paso del diluvio". Ha viajado por México y el Norte de Africa. Ha publicado en "Ciclón" y "Lunes de Revolución". Actualmente trabaja en una novela, "El inválido", cuya acción se desarrolla en Oriente, durante los meses posteriores al desembarco del "Granma".

SOCRATES COBAS nació en Santiago de Cuba en 1930. Fué maestro de Instrucción Pública. Estudió Arquitectura en la Universidad de La Habana. Ha vivido en México y Europa. Tiene un libro de cuentos: "Figuraciones" y dos libros de poemas. Vive actualmente en París.

CESAR LOPEZ nació en Santiago de Cuba en 1933. Estudió Medicina. Ha vivido tres años en Europa. La Sociedad de Hispanistas de Suiza editó su libro de poemas "Tiempos de muerte", traducidos por Comencioli. Ha colaborado en "Ciclón", "Lunes de Revolución" y "Casa de las Américas". Tiene un libro de cuentos, "Círculo cuadrado", y dos colecciones de poemas, inéditos. Abandonó la medicina por la literatura. Vive actualmente en la Habana.

ADA ABDO nació en la Habana en 1934. Estudió Farmacia. Tiene un libro de cuentos inédito. Ha dirigido teatro. Trabaja como bibliotecaria de la Escuela de Arte Dramático del Municipio de la Habana.

OSCAR RODRIGUEZ MIRABAL nació en Cienfuegos en 1934. Luego se trasladó con su familia a la Habana. Estudió Bachillerato. En 1959 publicó un libro de poemas, "Hombro Abierto". Ha vivido en México y los Estados Unidos. Tiene una novela inédita.

ESTHER DIAZ LLANILLO nació en la Habana en 1934. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de la Habana. Presentó una monografía sobre la obra de Jorge Luis Borges, como tesis de grado. Ha publicado críticas de libros en la Revista de la Casa de las Américas y cuentos en periódicos y revistas. Tiene un libro de cuentos, "Búsquedas", inédito.

JESUS ABASCAL nació en Matanzas en 1934. Al año sus padres se trasladaron a la Habana, donde ha vivido desde entonces. Su padre era obrero en los muelles y su madre maestra de escuela. "Por consiguiente, hemos vivido en la pobreza casi todo el tiempo". En 1941 se matriculó en las Escuelas Pías, donde cursó la primera enseñanza y el Bachillerato, que no terminó. Ha trabajado haciendo surveys por la calle, de office-boy en la droguería Sarrá y en una oficina publicitaria. Actualmente es vendedor de anuncios de Radio Mam-bí. Ha escrito una obra de teatro y tiene un libro de cuentos en preparación.

FAUSTO MASÓ nació en Camagüey en 1934. Editó las revistas literarias, "Fuácata", "Revista de Estudiantes". Participó en la resistencia contra la tiranía de Batista. Ha viajado por México, Inglaterra y España. En Inglaterra trabajó recogiendo manzanas y en Cuba fue declarado persona non grata por el pueblo de Bejucal. Tiene un libro de cuentos, "Como yo lo ví", y una novela, "La sangre de los justos", ambos inéditos.

MARIANO RODRIGUEZ HERRERA nació en Camagüey en 1935. Durante la tiranía de Batista trabajó en la resistencia. Vivió exilado en New York un año. Actualmente es vigilante de la Policía Nacional. Dirige la biblioteca de la Estación de Policía de Camagüey. Tiene una novela inédita, "Los que se arrastran" y un libro de cuentos.

ARISTIDES ARCHE nació en 1935. Estudiante de arquitectura de la Universidad de la Habana. El primer viaje que emprendió a Europa lo terminó en Jamaica. Se le fueron las ganas y volvió a Cuba. No ha emprendido aún el segundo, que sepamos. Escribe en los ratos libres.

ANTON ARRUFAT nació en Santiago de Cuba en 1935. Ha colaborado en revistas literarias. En 1957 se estrenó su obra de teatro, "El Caso se investiga". Fue asesor literario de "Las Américas Publishing", en New York. Actualmente trabaja en "Lunes de Revolución". Ha escrito ensayos, crítica literaria, y algunos poemas que el público no ha tomado en consideración. Tiene una novela inédita, "Expediente de un joven".

MANUEL DIAZ MARTINEZ nació en Santa Clara, en 1936. Ha publicado poemas y cuentos. Colaboró en "Ciclón" y "Lunes de Revolución". Ha vivido en Europa becado por el Gobierno Revolucionario. Tiene un libro de poemas y un libro de cuentos, inéditos. Actualmente trabaja en el periódico "Hoy".

MANUEL VILLABELLA nació en Camagüey, en 1936. Fue fundador del grupo literario "Tiempo nuevo" que publicó varios libros y realizó representaciones teatrales en la provincia. Ha escrito una obra de teatro, "Ambiente" y publicado un libro de cuentos. "Luis Felipe", en 1958. Trabaja como oficinista y locutor radial.

ARMANDO ENTRALGO nació en Trinidad, provincia de Las Villas, en 1937. Ahora vive en la Habana. Ha publicado en la revista "Casa de las Américas". Redacta la página internacional del periódico "Combate". Es empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores. Tiene un libro de cuentos, inédito.

LUIS AGÜERO nació en Consolación del Sur, Pinar del Río, en 1937. Ha publicado en "Lunes de Revolución". Escribela crónica de radio y televisión del periódico "Revolución" bajo el seudónimo "nada gracioso" de Luis Ortición. Trabaja en un libro de cuentos, "Los años juntos".

FRANK RIVERA nació en 1938, en San Diego del Valle, provincia de Las Villas. Luego se trasladó a la Habana, donde reside actualmente. Publicó su primer cuento en la revista "Carteles" en 1957. Ha colaborado en la revista "Ciclón", "Lunes de Revolución" y en la "Casa de las Américas". Tiene un libro de cuentos, "Silencio para cuatro" y un libro de poemas, "La Sangre Ausente", inéditos.

LESLIE FAJARDO nació en 1938. Comenzó a estudiar periodismo. Se suicidó en 1956, con el revólver de reglamento de su padre. Dejó algunos cuentos y poemas. Su breve obra queda como un documento de lucidez y de auténtica angustia.

ANA MARIA SIMÓ nació en Cienfuegos, en 1943. Vino a vivir a la Habana en 1957. Empezó a escribir en 1959. Ha publicado en "Lunes de Revolución" y en periódicos de provincias. Estudia actualmente en la Escuela de Periodismo. Tiene un libro de cuentos en preparación.

JOSEFINA JACOBS nació en Santi Spiritus. Es el único dato que conocemos sobre su vida. No hemos podido localizarla. Sabemos que publicó algunos cuentos en "Carteles". "Emeteria Urquiaga" fué enviado a Lunes de Revolución. De allí lo hemos tomado.

6144

11

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de
Tipografía Ponciano, S. A.
el día 29 de Marzo de 1961
en la Habana, Cuba.*

IN

9